



Sorpresa!

♥ esto es amor ♥

Rebeca B.

Sorpresa, esto es amor

Un romance con resultado inesperado

Rebeca B.

Título: Sorpresa, esto es amor

Copyright © 2020 Rebeca B.

Registro de la Propiedad Intelectual

Cubierta: imagen utilizada con licencia Shutterstock.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

CONTENIDO

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Andrés

Es muy posible que la razón por la que odio las corbatas de lazo sea porque odio los eventos que me obligan a usarlas.

Halé un extremo del lazo y empecé de nuevo.

Odiaba tener que atar este tipo de corbatas porque nunca lograba conseguir que los lados quedaran bien empatados. Necesitaba que quedara perfecto. Sabía que cientos de personas me tomarían fotos esta noche. Finalmente, después de luchar con los extremos, quedé satisfecho con el resultado.

Asistiría a un evento de la industria de Silicon Valley para celebrar los nuevos juguetes electrónicos creados por las empresas locales. Se suponía que debía entregar un premio a una compañía por el desarrollo una muñeca con inteligencia artificial, y odiaba ese concepto.

¿Qué tiene de malo una simple muñeca? Los niños necesitan desarrollar su imaginación, no tener una computadora que les hable.

Ahora sonaba como mi padre.

Él fundó Newbury Toys cuando era joven. Le apasionaba hacer juguetes buenos y anticuados con los que los niños pudieran absorberse en sus propios mundos mientras jugaban con ellos.

Lo hizo bien, pero no fue hasta que murió y tomé el control de la compañía que Newbury Toys se convirtió en la corporación multimillonaria que es hoy en día. Nada mal para un hombre de treinta y tres años, si se me permite decirlo.

Después de deslizar mis brazos en la chaqueta del esmoquin, me di una última ojeada para asegurarme de verme lo mejor posible, guardé la billetera en mi bolsillo y salí de la habitación del hotel.

En el ascensor, revisé el reloj y me di cuenta de se me había hecho tarde. Cuando se abrieron las puertas, me apresuré a atravesar el pasillo corto hacia el vestíbulo.

—¿Sr. Newbury?

Miré al alrededor para ubicar de dónde venía la voz.

Una mujer se levantó de su silla y no tardó en alcanzarme. No pude evitar pasear mis ojos sobre su cuerpo. Era exactamente mi tipo, rubia, de ojos azules, con tetas grandes y un trasero que provocaba apretarlo. Mi pene reaccionó con sólo apreciar su figura.

Pero, específicamente le había dicho al hotel que no necesitaba una acompañante para la

noche.

Normalmente, me gustaba contratarlas porque mantienen las cosas simples con el dinero. Todas las mujeres con las que había tenido una relación resultaron ser unas cazafortunas. Sin embargo, con una acompañante, tenía la posibilidad de pagarle mil dólares por adelantado y asegurarme de que no venderá su historia conmigo a algún sitio web.

Aprendí esa lección por las malas.

—Dejé claro que no necesitaría a nadie para esta noche —le respondí bruscamente y sin detenerme.

La rubia mantuvo su paso a mi lado, forzándome a inclinar mi cabeza para mirarla.

No parecía el tipo de acompañante habitual. Su escaso vestido no era el adecuado para una noche de premios, y su maquillaje era un poco exagerado. Pero algo en ella me hacía querer dar la vuelta y llevarla a mi habitación.

—Tenía muchas ganas de conocerlo.

—¿Con o sin ropa?

Tartamudeó un poco sin decir nada realmente. Parecía ser nueva en esto.

—Si pudiera regalarme un minuto de su tiempo podría explicarle.

—No hay tiempo, tengo prisa —respondí, mirando al frente mientras me acercaba a la salida.

Llegamos a la puerta giratoria al mismo tiempo, y nos metimos en la misma cuña pequeña. Su perfume llenaba el espacio, haciendo que mi pene se moviera de nuevo.

Mierda, no estoy de humor para socializar.

Por mucho que quería follarme a esa mujer, no estaba de ánimo para pasar tres horas con ella en la cena de entrega de premios.

Nos liberamos del encierro en la puerta giratoria y salimos a la acera. Un taxi estaba esperando. El portero me vio y abrió la puerta trasera enseguida.

—Mira, dile a la agencia que me gustaría que volvieras al hotel alrededor de las once, pero no te necesito ahora mismo —le dije, mientras subía a la parte trasera del taxi.

Cuando le indicaba al conductor la dirección, el portero del hotel cerró la puerta. De repente, se abrió nuevamente y la mujer se impulsó hacia el asiento trasero, aterrizando boca abajo sobre mis piernas y dejando su jugoso trasero a mi alcance.

Estaba demasiado sorprendido para reaccionar de inmediato. El empleado cerró la puerta nuevamente y el conductor inició su camino.

—Debes estar realmente desesperada por el dinero —le dije, evitando con todas mis fuerzas darle una nalgada.

—Lo estoy, en realidad —respondió, enderezándose incómodamente.

—Puedo pagar la cantidad total por la noche, pero como dije, no quería que estuvieras aquí hasta después de las once.

—Bueno, no estoy segura de que sea una buena idea.

Me deslicé por el asiento para hacerle sitio. Una parte de mí quería detener el taxi y echarla a un lado de la carretera. Pero la otra, esa mitad inferior, disfrutaba demasiado la sensación de su cuerpo contra el mío como para deshacerme de ella.

Con todos sus movimientos, su vestido se había deslizado hasta la parte superior de sus muslos. Me mordí el labio inferior y planté mi mano en su carne recién expuesta. El calor de su piel inundaba mi cuerpo.

Se estremeció cuando la toqué. Nuestros ojos se encontraron por primera vez, y el calor se convirtió en una llamarada ardiente.

—Soy Grace. Es un placer conocerlo, Sr. Newbury —alejó mi mano.

—Llámame Andrés.

—De acuerdo. Encantada de conocerte, Andrés.

—Ese es el nombre que quiero que grites cuando te folle esta noche.

Sus ojos se abrieron de par en par, y dirigió su mirada hacia los edificios que pasaban fuera de la ventanilla. Lo que era extraño, ya que a la mayoría de las acompañantes les gustaba bromear con una pequeña insinuación sexy. Definitivamente era nueva.

Me pregunto si soy su primer cliente.

—¿Soy el primero? —pregunté con una sonrisa tímida.

Su mirada voló desde la ventana hacia mí, y su boca se abrió ligeramente. Su lenguaje corporal lo decía todo. La pobre estaba nerviosa.

—No te preocupes, seré amable contigo. Guardaré las cosas pervertidas para la próxima vez.

—¿Cosas pervertidas? —su voz apenas era audible.

—Sí, mi pene ya está lo suficientemente duro para nuestro primer encuentro.

—¿Perdón? ¿De qué demonios estás hablando?

—Hablo de lo que haremos después, cuando termine esta estúpida cena de premios.

Arrugó la nariz y respiró profundamente. Volvió a mirar por la ventana, y entrelazó las manos.

—No creo poder hacer esto.

No estaba seguro de si me estaba murmurando a mí o a ella misma. Debía ser por los nervios. Yo también estaría nervioso en mi primera noche prostituyéndome.

La examiné mientras ella seguía mirando hacia otro lado. Todo era perfección. Era como si la mujer de una de mis fantasías se hubiera escapado de mi cerebro y entrado en el vestíbulo del hotel.

Lástima que su personalidad probablemente no coincida. Fantaseaba con una mujer inteligente, astuta, que se empeñara en hacer su propio dinero y éxito, y no en vivir bajo mi sombra. Una acompañante probablemente no tendría esas cualidades. Sin embargo, me la follaré de todos modos. Quiero oírla gritando mi nombre, al menos por esta noche.

Me aclaré la garganta.

—La cena va a ser muy aburrida. Espero que estés lista para eso.

—Por supuesto, podemos pasar el tiempo discutiendo los nuevos desarrollos en la industria de juguetes —dijo, sin apartar la vista de la ventana.

—¿Eh?

¿Qué clase de acompañante habla así?

Capítulo 2

Grace

—Ya casi llegamos —anunció Andrés, mientras el taxi doblaba a la esquina.

Mi corazón latía tan rápido que apenas podía respirar.

Andrés Newbury era una verdadera pieza de trabajo. Pero también un imbécil. Uno que era muy sexy y que olía delicioso.

Seguramente pensaba que era un regalo de Dios para las mujeres. No podía creer las cosas que me había dicho, y menos que asumiera que íbamos a tener sexo después del evento.

¿Y qué era todo eso de que era mi primera vez? ¿Cómo sabía que seguía siendo virgen? La única explicación era que Gloria se lo hubiera dicho.

¿Pero ella lo sabía? Mi cerebro se apresuró en analizar mis recuerdos. En el fondo de mi mente, recordé vagamente un caso confuso durante una noche de borrachera donde le dije a Kate, mi compañera de cuarto y amiga más cercana en el trabajo, que era virgen.

¿Me había traicionado contándole eso a Gloria? ¿O alguien nos habría escuchado hablar por casualidad?

¿Acaso importaba? Si mi jefa sabe que soy virgen, ¿por qué se lo diría a él?

El taxi se detuvo frente a la gran sala de conferencias.

—Hemos llegado al infierno de esta noche.

—¿Infierno? —repetí.

Andrés me ignoró y le pagó al conductor. Tenía el estómago revuelto, pero era mi deber hacer esto. Tenía que convencerlo de que nos dejara usar su marca para salvar nuestra empresa, Mini Motivations.

La empresa y todos nuestros trabajos, incluido el mío, dependían de ello. Esa tarde, la fundadora de la compañía, Gloria, me convocó para una reunión y me rogó que me acercara a Andrés Newbury en su hotel esta noche y lo convenciera de que licenciara nuestra marca de juguetes, Mini Motivations.

Era nuestra última oportunidad. La compañía se estaba quedando sin dinero y se hundiría en cualquier momento.

Habíamos intentado entrar a su compañía en el pasado, y hablar con sus varios vicepresidentes, pero no logramos llegar a ninguna parte.

Así que hoy, los altos ejecutivos me suplicaron que tomara estas medidas extremas para llamar su atención y convencerlo directamente. Sabían que estaba tan decidida como ellos a ser rica.

La única razón por la que me mudé a Silicon Valley fue para lograr hacer algo de mí misma. Gloria insistió en que la mejor manera de llamar su atención era usando un vestido corto.

Nunca dijo nada de que mi virginidad estuviera involucrada.

Suspire. Ignorando el temblor de mi mano, abrí la puerta y salí del carro. Andrés estaba de pie esperándome y con una mano extendida hacia mí.

Mantuve mi posición. No quería que se hiciera una idea equivocada, porque al parecer ya tenía una, así que no quería solidificarla. A las once en punto, de ninguna manera iría a su habitación.

Incluso si eso era lo que se necesitaba para salvar la compañía. Había una línea que no cruzaría, y el sexo estaba definitivamente más allá de esa línea. Llegué a los veintitrés evitando tener sexo sin sentido, y no iba a empezar ahora.

No es que era una mojigata, simplemente estaba esperando perder mi virginidad con el hombre perfecto. Hasta ahora, todos mis breves novios habían sido errores en mi vida.

Aunque no me acerqué más a él, Andrés vino a mi lado y envolvió su brazo alrededor de mi cintura, apoyando la palma de su mano en mi cadera.

El hombre era demasiado presuntuoso. Apenas nos acabábamos de conocer. Pero olía muy bien, y no podía ignorar el agradable calor de su toque.

—Acabemos con esto, y luego podemos pasar a las cosas divertidas —me susurró al oído, apretándome para acentuar sus palabras.

Caminamos juntos hasta la puerta. Estaba decidida a seguirle el juego a lo que sea que estuviera pasando en su cabeza. Sin duda, eso me daría mejor oportunidad de conseguir que hable de negocios conmigo. Si le decía quién era realmente, probablemente me dejaría allí. Y no podía arriesgarme.

—¿Adónde vamos?

—A una tonta cena de premios.

—¿Qué clase de premios?

—Alguna mierda de juguetes electrónicos. Tengo que dar un premio por una muñeca que funciona con inteligencia artificial. ¿Qué tiene de malo una simple muñeca normal?

Mierda, era la cena de premiación de los Juguetes Inteligentes. En Mini Motivations, soñábamos con ser invitados a ese evento.

—Una muñeca con inteligencia artificial suena genial. ¿Qué hay de malo en eso?

Se burló de mí, cuestionando mis opiniones. Así que decidí guardarlas para mí misma, ahora más que nunca, necesitaba asegurarme de no arruinar todo. Lo tenía, y también la oportunidad de relacionarme con otras empresas con las que nos encantaría colaborar.

Ojalá Gloria no me hubiera dado un vestido tan provocador. Seguramente no sabía adónde iba el Sr. Newbury esta noche. Los ejecutivos enloquecerán cuando se enteren.

Andrés me soltó para mantener la puerta abierta. Tiré del dobladillo de mi vestido, tratando de verme un poco más respetable. Aunque no había mucho que pudiera hacer con todo el tema del escote.

En cuanto cruzamos las puertas, me puso el brazo alrededor de la cintura, otra vez. Aunque estaba indignada por su comportamiento, el calor en mi cuerpo ardía más que antes.

Abrazándome a su lado, no pude evitar notar lo duro y musculoso que era su cuerpo. Y su olor. Todavía no podía creer lo bien que olía. Limpio y masculino al mismo tiempo. Definitivamente era un regalo de Dios para las mujeres.

Sacudí la cabeza.

Tenía que concentrarme en mi tarea. Y sobre todo, recordar la forma en como actuó en el taxi. No era ningún caballero.

Seguimos las señales que marcaban el lugar de la cena, y nos condujeron a los confines del edificio en expansión. Finalmente, llegamos al salón del evento. Había unas doscientas personas allí. Todos los hombres llevaban esmoquin, las mujeres usaban hermosos y largos vestidos de noche.

—No creo que esté vestida para esto —dije en voz baja.

—¿A quién le importa? Te ves hermosa.

No quería que sus palabras me afectaran, pero provocaron una reacción inmediata en mi entrepierna. El hombre más guapo que había visto en mi vida, me acababa de llamar hermosa.

—Gracias.

—Cuanta menos ropa tengas, mejor. No puedo esperar a arrancarte ese vestido cuando esto termine.

Tragué al escucharlo. Las palabras no podían ni siquiera formarse en mi cabeza.

—Sr. Newbury, estoy tan agradecido de que se haya unido a nosotros esta noche. Es una gran inspiración para todos en la industria de los juguetes —un hombre de cabeza afeitada, estrechó la mano de Andrés mientras sus ojos recorrían todo mi cuerpo—. No sabíamos que traería una acompañante.

—Siempre tengo una mujer hermosa conmigo.

—Y nunca la misma dos veces, ¿verdad? —respondió el hombre, riéndose.

—No si puedo evitarlo.

Me encogí de hombros ligeramente. Hablaban de mí como si no estuviera presente. Mis ojos buscaron la puerta, no quería nada más que correr a través de ella y volver directamente a mi pequeño apartamento. ¿Cuánta humillación sería capaz de soportar?

Volví a enfocar mi atención en Andrés y el hombre, atrapando a este último mirando mi escote. Lo miré fijamente.

—Soy Grace —le extendí mi mano derecha.

—Soy Martin. Es un placer conocerte, Grace —respondió, y guiñó el ojo. La furia reemplazó el nerviosismo en mi vientre.

—¿Estás en la industria de los juguetes electrónicos? —pregunté.

—Soy el presidente de la asociación.

—Pero, ¿has trabajado alguna vez en ella? ¿Estás familiarizado con los retos a los que se enfrentan los startups de e-toy?

—Oh, bueno, tengo muchos años de experiencia en muchas industrias.

—Pero los juguetes electrónicos se enfrentan a un reto particular porque nuestro mercado son los niños. Ellos han estado en contacto con la tecnología desde que nacieron, y no conocen otra cosa. Por lo tanto, el mayor problema al que se enfrentan las empresas de e-toy no es quiénes son nuestros clientes, sino quiénes son nuestros inversores. Los adultos son el problema. No entienden lo que los niños de hoy quieren —la pasión en mi voz era intensa, me mantuve firme con la frente en alto, con plena confianza en mis palabras.

Martin me observaba fijamente, con los ojos muy abiertos y la mandíbula floja.

Andrés colocó su mano en mi cintura nuevamente y devolví mi atención él, mirándolo directamente a sus ojos.

Sus gloriosos ojos azules.

Capítulo 3

Andrés

De todas las veces que había traído acompañantes a estos terribles eventos, ninguna de ellas había opinado sobre nada, y mucho menos sobre la industria del juguete.

Tal vez ese cuerpo de ensueño también llevaba a juego mi idea de una personalidad perfecta después de todo. Mi pene estaba tan erecto al punto de ser incomodo, obligándome a meter la mano en mi bolsillo para ajustarme discretamente.

Estaba listo para ver el reloj marcar las once en punto. Probablemente no teníamos que esperar tanto tiempo. Incluso podríamos salir una hora antes. Esperaba que entregaran los premios durante la cena, y así poder deshacernos de ese lugar justo después del postre.

—Mezclémonos —dije, y alejé a Grace de Martin.

El tipo era una comadreja, y nunca me había agradado.

—Ese hombre es un imbécil —siseó ella mientras nos alejábamos.

—Siempre lo ha sido.

—No es que tú seas diferente.

—¿Qué?

Ninguna acompañante debería hablarme así.

—Los dos hablaban de mí como si no estuviera presente.

—¿Eso te molesta?

—Por supuesto que me molesta. Molestaría a cualquiera.

En definitiva era extraño. Las acompañantes son ignoradas la mayor parte de la noche. Están ahí únicamente para endulzar la vista y para follar. Pero tenía que recordarme que esta seguramente era la primera vez que ella trabajaba en esa profesión.

—No lo volveré a hacer. Pero ten cuidado, va con la descripción de tu trabajo.

Arrugó la nariz.

—¿La descripción de mi trabajo? —preguntó, con un tono de voz alto.

Le guiñé el ojo y puse mi mano en la parte baja de su espalda. Nos las arreglamos para

caminar tres pasos antes de que nos rodearan media docena de rostros esperanzados.

—Sr. Newbury, si me permite un momento de su tiempo —dijo uno.

Sin necesidad preguntar, sabía que todos ellos eran de nuevas empresas de creación y buscaban mi dinero o mi consejo, o quizás ambos. Y yo no quería tener nada que ver con ninguno de ellos.

—Odio Silicon Valley —le dije a Grace en un susurro—. No es nada más que gente horrible colgando sus esperanzas de hacerse ricos en una idea tonta que tuvieron en medio de la noche.

Ella retrocedió, y mi mano perdió el contacto con su cuerpo. Se unió a las personas que estaban ansiosos por tener un poco de mi tiempo. Aunque todos sus rostros estaban cubiertos de sonrisas desesperadas, el suyo se veía tan duro como una piedra.

—Bienvenidos a la cena anual de premiación para Juguetes Inteligentes. Por favor, tomen sus respectivos asientos —se escuchó la voz de una mujer resonando en el altavoz.

Gracias a Dios. Eché la cabeza hacia atrás con alivio.

Sin importarme la expresión en su cara, la agarré de la mano y la llevé a la mesa principal.

—Siéntate —le dije, acomodando una silla para ella.

Me miró fijamente antes de tomar asiento, pero cuando al fin lo hizo procedí a sentarme a su lado.

Todos se habían acomodado en sus lugares. La mayoría de las miradas en el salón estaban puestas en mí. Sin duda, esperando lograr que los escuchara más tarde.

Lástima que no lo lograrán. Planeaba irme lo antes posible. Estaba tan cansado de que la gente siempre quisiera cosas de mí.

—¿Realmente desprecias a toda esta gente? —preguntó, con los brazos cruzados.

—Sí

No sentí la necesidad de explicarle más. Respiró profundo, y volteó la cabeza para alejar su mirada de mí. Exhalé lentamente con las cejas levantadas. Definitivamente era la acompañante más inusual que había tenido.

Llegó nuestro primer plato, un par de langostinos gigantes sobre una cama de lechuga. Extraño, pero sabía bien.

Grace continuaba ignorándome.

Traté de relajarla frotándole la pierna y los hombros. Pero cada vez que la tocaba, parecía que se retraía más y más en sus pensamientos.

El tiempo transcurría discutiendo la diferencia del clima en la Costa Este y la Costa Oeste con el desconocido a mi izquierda. Era una conversación dolorosa, pero al menos no me pedía dinero para un negocio.

—¿Disfrutando la comida? —le pregunté, tratando una vez más de entablar una conversación con ella.

—Es deliciosa...

Justo cuando creía que estaba a punto de relajarse, Martin puso su fea cara entre nosotros.

—¿Puedo traerte algo? —me preguntó, con su sucio aliento caliente en mi cara.

—No. Nada. Gracias.

—Quería hablarte de una pequeña empresa que he ayudado a cofundar.

Aquí vamos.

—No me interesan las inversiones, Martin —le dije, sin mirarlo.

Forzó un sonido que salió como una carcajada.

—Oh, no necesitamos dinero. Sólo un consejo de expertos. ¿Te gustaría ser miembro de la junta?

—No lo creo —regresé mi cuerpo hacia la persona sin nombre a mi izquierda y continué—. Elegiría el clima costero sobre el de montaña siempre.

—De acuerdo —Martin entendió la indirecta, suspiró y se marchó.

Finalmente, llegó el postre. Un arreglo de melocotón en una llamativa crema se había servido frente a mí.

Me incliné hacia Grace.

—Esto me recuerda lo que voy a comer más tarde.

Me miró, perpleja.

—¿Eh?

Me reí.

—Cuando tenga mi cara entre tus piernas. Vas a terminar mucho más cremosa que esto —dije, tomando un poco de crema con mi cuchara.

Su mano voló hasta su boca y abrió los ojos de par en par, fijándolos en los míos.

—Tengo muchas ganas de hacerte gritar mi nombre —le susurré, y llevé una porción de melocotón a mi boca.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—Por supuesto, he estado tratando de que hables toda la noche.

—Estoy realmente fascinada con la industria de los juguetes electrónicos. No sé por qué eres tan grosero al respecto.

—Los niños deberían jugar con juguetes de verdad, no con pantallas.

—Eso es tan anticuado. ¿Cuántos años tienes, noventa?

Me reí a pesar de que no me pareció nada gracioso su tono. Me miraba fijamente, y no pude evitar reírme más. Sus ojos se entrecerraron y arrojó la cuchara al plato.

—Tranquila, guarda algo de esa pasión para esta noche.

Esperaba que me disparara algún comentario de regreso. En vez de eso, su cara se esmaltó y una sonrisa apretada se extendió por toda su cara.

—Como dije, esta industria me fascina. Realmente me gustaría discutir sobre ello contigo.

—Y como dije, no me gusta esta industria. Lo último que quiero hacer contigo es hablar de juguetes —hice un círculo en su rodilla con mi dedo índice.

—Por ejemplo, conozco una gran aplicación que ayuda a motivar a los niños a hacer sus tareas y deberes.

—¿Qué me importa si los padres pueden motivar a sus hijos o no?

—¿Dinero?

—Ya tengo suficiente dinero.

—Damas y caballeros, si me permiten su atención, por favor —interrumpió Martin, de pie en el podio.

Ya era hora. No sólo iba a poner el espectáculo en marcha, sino que también me había salvado de cualquier cosa que Grace estuviera a punto de argumentar.

Nos sentamos a esperar por lo que parecía la entrega de demasiados premios. Por alguna razón, ella escribía continuamente en su teléfono mientras los premios eran entregados lentamente.

Esperaba que estuviera enviando mensajes de texto a otras acompañantes para recibir algo de apoyo moral. Seguramente era eso. A medida que nos acercábamos al momento de arrancarle la ropa, probablemente se ponía más nerviosa.

Debería ser más amable con ella.

—No te preocupes, yo seré el caballero ideal más tarde. Tu perfecta primera vez —le dije, en voz baja, mientras ella bebía un poco de agua.

Se ahogó y comenzó a toser al escucharme. Justo cuando comenzaba a frotarle la espalda, Martín volvió a interrumpir.

—Por favor, denle la bienvenida al invitado de honor de esta noche, Andrés Newbury.

Una gran ronda de aplausos estalló en el salón, con silbidos y alguna que otra persona gritando frases de ánimo para sobresalir. Grace seguía tosiendo, pero yo no tenía elección. Me levanté y me dirigí al podio.

Di el discurso estándar que suelo dar en estos eventos, evitando sonar falso mientras enumeraba elogios sobre los creadores de la muñeca de realidad virtual a la que le estaba entregando el premio.

Más aplausos.

Sólo podía pensar en salir de allí.

Miré a Grace y me conseguí con su mirada puesta en mí fijamente. Podría perderme en sus ojos, pero en vez de eso, paseé los míos sobre su cuerpo sentado e hice una cuenta regresiva de los minutos que faltaban hasta que pudiera desnudarla.

Quería ver esas tetas rebotando encima de mí cuanto antes. Incluso, le pediría que me hiciera un striptease antes de follar.

Bajé del escenario y caminé de vuelta a sentarme junto a ella, mientras Martín subía al podio y agradeció a todos por asistir al evento.

En el momento en que su boca dejó de moverse, me levanté de mi asiento. Teníamos que largarnos antes de que estuviera rodeado de más personas que quisieran obtener algo de mí.

—Vamos —tiré de la mano de Grace.

Se puso de pie, y una vez más no pude evitar admirar sus curvas en ese vestido tan ajustado que llevaba puesto.

—No creo que deba ir contigo, pero necesito hablarte.

Pensé que sólo estaba muerta de nervios, así que puse mi mano sobre su hombro.

—Todo va a salir bien. Te lo voy a poner fácil porque me doy cuenta de que es tu primera vez.

—¿Por qué sigues diciendo eso? ¿Cómo sabes que será mi primera vez?

—Es obvio.

—No. Esta no será mi primera vez. No voy a hacer esto. No puedo llegar tan lejos por ellos.

Las lágrimas estaban por rebotarse de las esquinas de sus ojos.

Capítulo 4

Grace

Era el final de la noche y no había logrado hablar con él sobre la empresa, por mucho que lo había intentado. Y ahora creía que me iba a llevar a su habitación a tener sexo conmigo. Eso definitivamente no sucedería.

Pero no podía rendirme tan fácilmente. Tenía que conseguir que aceptara licenciar nuestra marca.

Todo lo que sentía en ese momento era furia. Uno de los ejecutivos, probablemente Gloria, quien obviamente sabía que yo era virgen, me tendió una trampa. Alguien obviamente se lo dijo a Andrés, y ahora estaba claro que él sólo pensaba en la idea de ser el primero para mí.

Obviamente, eso no iba a ocurrir.

Una parte de mí pensaba que se podía ir al demonio la compañía, que merecían hundirse por haberme hecho esto. Pero al mismo tiempo, no podía olvidar a las doce personas, incluyéndome, que perderían sus empleos.

—Sr. Newbury —dijo un hombre con barba, interponiéndose entre nosotros. De pronto aparecieron más personas, todas gritando su nombre y pidiendo un minuto de su tiempo.

Andrés me tomó de la mano y me arrastró entre la multitud. Lo seguí sin resistirme, con la esperanza de poder lograr que hablemos de Mini Motivations en nuestro camino a la salida. Después de todo, estamos en la parte más alejada del edificio y era un largo camino hasta la puerta.

Entramos en el pasillo, y estaba desierto. Todos seguían en el evento. No era sorprendente, dada la increíble oportunidad de hacer contactos que había ahí dentro.

—Andrés —me detuve. En ese punto, pensé que sería mejor hablar con sinceridad—. Trabajo para una increíble compañía nueva, y realmente necesitamos que licencies nuestra marca.

—¿Qué? —rugió, girando para mirarme.

—Si pudiéramos hablar...

—Me mentiste y me engañaste toda la noche —dijo, con los ojos entrecerrados.

—No hice tal cosa. Sólo asumiste que me iba a acostar contigo. Eso no tiene nada que ver conmigo.

La gente empezó a caminar por el pasillo fuera del evento. Me sujetó del brazo y me llevó por un pasillo lateral.

—Viniste a mi hotel y te hiciste pasar por mi puta toda la noche.

—No lo hice —mi tono de voz era firme, pero con una ligera pizca de inocencia.

—Mira cómo estás vestida —siseó.

—¿Y qué? Eso no significa que sea una prostituta —grité.

La conversación de las personas en el pasillo principal cesó. La gente se dio vuelta para mirar, pero en cuanto notaron que se trataba de Andrés, comenzaron a acercarse hacia nosotros.

Tomó mi brazo y me arrastró, zigzagueando más profundamente en el edificio.

—Sr. Newbury —gritaban varias personas mientras nos seguían.

Algunos incluso comenzaron a correr, sin vergüenza, empujándose entre ellos para llegar a él primero. Mientras avanzábamos, más gente se daba cuenta de la conmoción y hacía lo mismo.

Había una puerta sin marcar a la vuelta de la esquina, él la abrió a la mitad y me llevó a través de ella.

Rápidamente, la cerró detrás de nosotros. Dentro estaba oscuro como una boca del lobo, excepto por una pequeña grieta de luz debajo de la puerta, pero por lo demás era el lugar más oscuro en el que recordaba haber estado. Ni siquiera podía distinguir su figura.

—¿Qué estás...? —empiezo a decir, pero rápidamente me pone la mano en la boca para silenciarme.

Traté de zafarme, pero me sujetó firmemente con su otra mano. Mi corazón estaba bombeando a mil latidos por minutos.

A través de la mano que me cubría la boca, solté un grito apagado.

—Shhh —susurró en mi oído—. Que no nos oigan. No quiero que nos encuentren.

Respirando profundamente, traté de calmarme. Tenía razón, era mejor que esa gente no nos encontrara. De esa manera lo tendría sólo para mí y podía hablar con él sin interrupciones. Era mi última oportunidad.

Mantuvo su mano sobre mi boca, pero su agarre se había suavizado por completo. Aunque lo único que podía ver eran las siluetas de nuestros pies, sentía su presencia a mi lado. Aparte de sus manos, nuestros cuerpos no se tocaban. Pero era palpable nuestra cercanía.

Su olor me envolvía.

Estaba en la oscuridad con el hombre más atractivo que había visto en mi vida. Un revoloteo me llenó el pecho, y sabía que no era por el nerviosismo de hablar sobre negocios importantes. Me sentía como una chica de secundaria jugando por primera vez a girar la botella.

Sus dedos sobre mi boca eran gruesos, y la tentación de sacar la lengua y saborearlos era abrumadora.

Luché por controlarme. Aunque en ese punto, él podía correr esas manos por todo mi cuerpo y yo no habría hecho nada para detenerlo.

Nos quedamos así, inmóviles.

Cuanto más tiempo pasábamos allí, más me enloquecía. Era como si la oscuridad hubiera agudizado todos mis otros sentidos. Especialmente mi olfato. Su olor era increíble. Cuanto más tiempo estaba cerca de él, más caliente me ponía.

Eventualmente el ruido de la gente en el pasillo disminuyó, y luego cesó por completo. Andrés apartó su mano de mi boca, y yo quedé sin aliento en mi intento de mantener la calma.

—Estarán afuera. Esperemos un poco más, pero encendamos la luz.

Apartó su cuerpo del mío, y pasó sus manos por la pared. Un interruptor hizo clic y el espacio se llenó de luz. Parpadeé repetidas veces, ajustándome al brillo repentino. Después de un momento, pude ver con claridad todo lo que me rodeaba. Estábamos en una especie de armario de conserje o área de almacenamiento.

La habitación era pequeña. Podía alcanzar ambas paredes al mismo tiempo. Quizás era de unos dos metros de largo, con un fregadero en el extremo opuesto. Las mopas y las cubetas estaban recostados al fondo. A lo largo de una de las paredes se encontraban montones de paquetes de papel higiénico.

Esta era mi oportunidad. La gran oportunidad que había estado esperando.

—El objetivo de Mini Motivations es ser la manera más efectiva y positiva para que los padres motiven a sus hijos en todo, desde las tareas domésticas hasta el trabajo escolar, pasando por un comportamiento simplemente gratificante.

—Por el amor de Dios —dijo, poniendo los ojos en blanco.

—Y se hace de una manera que es divertida para los padres y los niños. Pero en este momento necesitamos marcas reales para motivar de forma más eficaz, en lugar de nuestros juguetes y juegos virtuales creados internamente. Nos gustaría...

—No voy a discutir esto ahora —me interrumpió, moviendo la cabeza.

—Por favor escúchame, estoy segura que es algo de lo que te encantaría formar parte.

—Corrí a este armario para alejarme de la gente que intentaba presentarme sus ideas.

—Pero ésta es diferente —dije, en tono de súplica.

—No, no lo es.

—Si me escucharas, entenderías que lo es. Sólo estoy pidiendo una oportunidad.

—Me voy de aquí —agarró la manija de la puerta.

Su mano giraba en todas direcciones, pero la puerta no se abría.

—Nos dedicamos a hacer la vida divertida, incluso las partes aburridas de la vida.

—Maldita sea —luchaba más duro con la puerta, empujando y tirando la manija de todas las maneras posibles.

—Porque ¿qué sentido tiene vivir si todo es una tarea? Somos amados por niños y padres de todas partes, y haremos todo lo posible para asegurarnos de que nuestra aplicación sólo aumente el valor de su marca.

—¿Quieres dejar de hablar?!

—No puedo. Lo necesitamos para que nuestra aplicación sea un éxito.

Se giró hacia mí y me puso las manos sobre los hombros mirándome a los ojos.

—Estamos encerrados en un maldito armario. Tenemos que salir de aquí. Este no es el momento de hablar de cualquier idea estúpida que tengas.

Mis hombros se hundieron. Apenas había registrado la situación en la que estábamos. Estuve demasiado concentrada en representar a la compañía. ¿Era más importante para mí obtener la licencia que salir de aquí?

Abrí la boca de nuevo.

—Estaríamos dispuestos a tener un contrato a corto plazo, digamos, ¿un período de doce meses?

—¿Qué es lo que te pasa? Estamos atrapados en un armario.

—Si me escuchas, verás que nuestra idea es sólida.

—Ahorra tu aliento, no les voy a dar la licencia.

Capítulo 5

Andrés

Golpeaba la puerta tan fuerte como podía. Seguramente había alguien cerca que pudiera escucharme. Deseé no haberme ido por los pasillos desiertos. Estaba tratando de alejarme de esos buitres y ahora estaba atrapado en un armario con uno.

Saqué el teléfono de mi bolsillo y busqué entre mis contactos el número de Martin. Le di a la pantalla sobre el ícono de llamada, pero no había señal.

Moví el teléfono por cada centímetro de la pequeña habitación, desesperado por encontrar cobertura en cualquier punto.

No había.

—Inténtalo con tu teléfono.

—Me encantaría mostrarte cómo es nuestra aplicación —insistió, sacando su teléfono de su pequeño bolso.

—Grace —gruñí—. ¿Cuál es tu problema? Tenemos que concentrarnos en salir de aquí. ¿Tienes cobertura?

Su boca tembló. Me miró con sus grandes ojos, luego a su teléfono y finalmente a mí de nuevo. Sacudiendo la cabeza, volvió a meter el teléfono en su bolso.

—¿Qué hacemos? —preguntó, tratando de girar la manija de la puerta.

—Hagamos ruido.

Me alejé un poco y pateé la puerta.

—¡Auxilio! —gritó.

Continúe pateando y golpeando la puerta, mientras ella gritaba una y otra vez. Mis tímpanos retumbaban con sus gritos, pero lo ignoraba con la esperanza de liberarme de ese lugar.

—Es inútil —declaré, después de diez minutos.

—Mi garganta —se quejó, frotándose el cuello.

Se giró hacia el pequeño fregadero y abrió el grifo. Agachada, llevó un poco de agua a su boca. No podía dejar de mirar su delicioso trasero. Y agacharse hizo que su corto vestido se elevara un poco, revelando más de sus perfectos muslos.

¿Por qué también ella tenía que querer algo de mí? Todos los que conozco querían algo de mí, sin excepción.

Qué lástima. Tenía muchas ganas de cogérmela.

Se puso de pie y se dio la vuelta para mirarme. Respiró hondo y yo retrocedí contra la puerta, esperando a que empezara a hablar de su compañía de nuevo.

—Ya que estamos atrapados aquí y todo eso, más vale que escuches. Y mires —volvió a cavar en su bolso y sacó el teléfono—. Déjame mostrarte. Te encantará, te lo prometo.

—No lo hará, lo prometo.

La miré fijamente, deseando que se detuviera.

¿Qué clase de tortura era esta? Estar atrapado en un cuarto de almacenamiento con la mujer más sexy del mundo, sólo que no estaba interesada en lo que yo quería con ella. Todo lo que buscaba era mi dinero.

—Echa un vistazo, por favor.

Necesitaba salir de ese armario cuánto antes. Mi sangre estaba a punto de hervir, me volví hacia la puerta y empecé a patearla tan fuerte como pude.

—No tiene sentido, ¿recuerdas?

—Evito tener que escucharte.

—No sé por qué no me escuchas.

Dejé de patear y la enfrenté.

—¿Tienes idea de cuánta gente como tú intenta que invierta en sus empresas todos los días? ¿No viste a la gente tratando de obtener cosas de mí en ese evento? ¿Por qué crees que terminamos en este armario? Porque estaba huyendo de ellos.

—Sí, pero nuestra compañía es diferente.

—Todo el mundo dice eso.

—Pero en mi caso, es verdad.

—No, cariño, confía en mí, no lo es.

—Sólo echa un vistazo —dijo, señalando sus dedos hacia la pantalla.

No podía creerlo. La mujer no soltaba el tema. Tenía nervios de acero. Primero me acechó en el vestíbulo del hotel, y luego me hizo esta farsa de la cena mientras estaba consciente de que yo creía que era una simple acompañante.

Dios, no puedo creer las cosas que le dije, o las formas en que la toqué. ¿Por qué no me detuvo? Nunca trataría así a una mujer si no supiera que ellas deseaban que lo hiciera.

—Nuestro modelo de ingresos es sólido. Nuestro marketing es sólido. Todo lo que necesitamos de ti es tu licencia, y estamos cien por ciento seguros de que seremos un gran éxito.

Pateé la puerta, luego giré y la miré fijamente.

—Si accedo, ¿te callarás la boca?

Sus ojos brillaron ante mis palabras. Me miró fijamente, con la respiración acelerada y el aliento entrecortado.

Podría enterrarme en ese escote ahora mismo.

—¿Lo dices en serio?

Sacudí la cabeza, apartando la mirada de su pecho.

—¿Qué quieres decir? ¿Que nos darás la licencia de marca?

—Si eso es lo que hace falta para que te calles.

Abrió la boca para hablar, pero le tiré una mirada de muerte y la volvió a cerrar.

Me senté en el suelo, de espalda contra la puerta. Así podía oír si alguien pasaba por el pasillo. Ahora estaba a la altura de sus muslos, y mi mente deambula. Imágenes de nosotros mientras la desnudaba, fluían por mi mente. Toda la noche había estado pensando en las cosas que quería hacerle.

Mi pene se hacía cada vez más rígido con las imágenes. Debía parar, ¿pero en qué más se supone que debía pensar en una situación como esa?

¿Es gritona o sólo le gustará quejarse? Apuesto a que es ruidosa.

Por un momento consideré pararme y tirar de ella a mis brazos para averiguarlo. Pero probablemente hablaría de su compañía todo el tiempo que la follara.

Grace bajó la parte trasera de su vestido y se sentó en el suelo con la espalda contra las pilas de papel higiénico.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó.

—Alguien hará un barrido del centro de convenciones antes de que cierre.

Miré mi reloj, se acercaba a la medianoche. Habíamos estado atrapados en ese armario por lo que parecía una eternidad.

—Tu discurso fue bueno —dijo, rompiendo el largo silencio.

Mis ojos se movieron hacia ella, aunque me preocupaba que empezara a hablar de su compañía de nuevo.

—Fue realmente perspicaz, pero también divertido y entretenido. Estuviste genial —continuó.

Esperé, pero no llegó ninguna petición de dinero.

—Gracias, te lo agradezco.

—Supongo que ayuda a los nervios cuando sabes que todos en la sala te adoran.

Me reí entre dientes.

—Nadie me adora, ellos adoran mi dinero.

—No lo sé. Creo que eres más que un dólar.

—Ellos no, confía en mí.

—¿Es por eso que los acusas a todos de interesados?

—Más o menos. Lo aprendí por las malas.

Bajó su mirada y comenzó a jugar con el borde de su vestido.

—Puedo entender por qué reaccionas ante ellos de la forma en que lo haces. Debe ser frustrante.

—Especialmente cuando te quedas atrapado en una habitación pequeña con uno —dije, riendo.

Ella estalló en risa, y los dos nos reímos histéricamente. Parecía que no podía dejar de reírme de la ridícula situación en la que estaba.

Nos reímos y reímos hasta que de repente se apagaron las luces.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó, con un remanente de risa aún en su voz. Al encender la pantalla de mi teléfono, comprobé la hora. Era medianoche.

Levanté la pantalla para mostrársela.

—Supongo que se apagan las luces por la noche.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Rezar por conseguir señal? —dije, de pie y moviendo el teléfono para tratar de encontrar

al menos una pizca de señal.

Me tropecé con sus pies, que no podía ver en la oscuridad, y al bajar la pantalla del teléfono, vi su preciosa cara mirándome.

Capítulo 6

Grace

—Siéntate aquí —dijo Andrés, rompiendo el silencio.

Alumbrando con la pantalla de su teléfono, alcanzó uno de los paquetes de papel higiénico y me lo entregó. Lo puse en el suelo y me senté sobre él.

Apagó el teléfono de nuevo.

—Oh, eso está mucho mejor —admití, mientras mis nalgas sentían el alivio.

Había estado sentada en la oscuridad sobre el suelo duro y frío durante media hora. Ni siquiera quería pensar en lo sucio que podría estar.

Era raro, estar sentada en la oscuridad total así con Andrés Newbury. Desde que se apagaron las luces no habíamos hablado mucho, salvo para decirme que guardara la batería del teléfono para la mañana.

Todo lo que estuve haciendo fue preguntarme cómo me metí en esa situación. Y cómo había sido un total fracaso en mi intento de salvar nuestra compañía. Por mucho que lo intenté, ni siquiera conseguí que escuchara sobre Mini Motivations.

No había forma de que saliéramos de allí esa noche. Estaba agotada y asustada por estar atrapada en ese lugar, sabía que no lograría dormir.

Otro paquete de papel higiénico sonó contra el suelo a mi lado, seguido de Andrés que se acomodaba sobre él. Su brazo rozaba el mío. Estábamos bastante cerca, pero no había muchas otras opciones en este pequeño espacio.

—Lo siento si te hice sentir incómoda en la cena con la forma en que te hablaba y te tocaba.

—Está bien, pensaste que era tu puta esta noche.

—No es mi culpa que te hayas presentado así.

Suspiré, demasiado cansada para seguir con ese tema.

—¿Cómo iba a saber que usas acompañantes? ¿Por qué lo haces? Alguien como tú no debería tener problemas con las citas.

No podía entenderlo. Aparte de ser rico, era increíblemente atractivo. Las mujeres debían caer a sus pies.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Es por lo del dinero otra vez?

—Algo así —gruñó.

El silencio se interpuso entre nosotros de nuevo, haciendo que la habitación pareciera aún más oscura. Todavía no sabía cuánto me había delatado Gloria, o si realmente le había dicho que yo era virgen y que podía dormir conmigo. Sólo de pensarlo me llena de rabia.

—¿Mi jefa te habló de mí antes de tiempo?

—No tengo idea de quién es tu jefa.

—Entonces, ¿no pensabas desde antes de conocerme que yo sería tu acompañante?

—No. Sólo lo asumí por la forma en que estabas vestida. Y recuerda, tú fuiste la que se me acercó en el vestíbulo del hotel.

Su voz sonó inesperadamente inocente, y toda mi ira comenzó a desvanecerse.

—Ella me vistió, la dueña de la compañía. Escogió el vestido, me peinó y me maquilló.

—Hizo un buen trabajo, me llamó la atención.

—Sí, como prostituta.

—Debe estar desesperada, enviando a una de las jóvenes empleadas de la forma en que lo hizo. He visto algunos intentos extremos de llamar mi atención, pero éste se lleva el primer lugar.

—¿Por qué dijiste en la cena que esta sería mi primera vez? —pregunté, con la voz vacilante.

—Porque no estabas actuando como una acompañante normal, pensé que era tu primera noche de trabajo.

—¿Eso es todo?

—Sí, ¿qué más podría ser? A menos que... —su voz se silenció.

Una ola de alivio se apoderó de mí. Estaba tan contenta de que no conociera el hecho de que era virgen.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, luego de unos minutos.

—Veintitrés. ¿Por qué?

—Eres lo suficientemente joven como para ser bastante inexperta, ¿eh?

¿Está insinuando lo que creo que está insinuando?

—Tengo mucha experiencia, gracias.

Su mano rozó la mía, y me estremecí ante la sorpresa. Luego cubrió mi mano por completo, y un hormigueo intenso viajó por mi piel. Temerosa de sus intenciones, aparté la mano y la sujeté con la otra sobre mi regazo.

Él se aclaró la garganta.

—Es raro estar con alguien en la oscuridad. Sólo estaba comprobando que realmente estuvieras ahí, eso es todo.

Podía oírlo acomodarse en su lugar, pero no sabía lo que estaba haciendo. Era algo extraño. Podría estar desnudo y masturbándose a mi lado sin que yo lo supiera.

Me pregunté cómo se vería desnudo. Probablemente su cuerpo estaba perfectamente definido, lo imaginaba así por la forma en como se sintió cuando puso su brazo a mi alrededor y me apretó junto a él.

Cerré mis ojos, intentando despejar mi mente de esos pensamientos. Se había comportado como un idiota toda la noche. Pero supongo que eso fue mi culpa, ya que pensaba que yo era algo que en realidad no soy.

—¿Qué te gusta hacer para divertirte? —preguntó

—¿Qué? Estamos a mitad de la noche, y básicamente atrapados, ¿y me preguntas eso?

—¿Por qué no? Tenemos que pasar el tiempo de alguna manera.

—No sé, realmente he estado tan concentrada en construir mi carrera que no hago mucho más que trabajar.

—¿Eres de California?

—De Tennessee, originalmente, pero me fui tan pronto como pude.

—¿Tienes grandes planes para conquistar el mundo?

—No, sólo no quiero repetir la vida que tuvo mi madre, eso es todo.

—¿Fue tan mala?

—Lo fue, y mi hermana mayor lo está viviendo ahora. Yo tenía que romper ese ciclo. No quería quedar embarazada antes de salir de la adolescencia.

No sabía por qué le estaba contando todo eso. Ni siquiera se lo había dicho a Kate, y eso que vivíamos y trabajábamos juntas. Supongo que era la confianza que brindaba el estar en la oscuridad. Se sentía casi como hablar contigo mismo, y te invita a decir mucho más de lo que lo harías con las luces encendidas.

—Pareces decidida, admiro eso.

Me hizo reír.

—¿De dónde eres? —le devolví la pregunta.

—Nueva York, aunque crecí en Connecticut.

—Por supuesto, el niño rico.

Resopló, y me sentí mal por mi comentario.

—Puedes hablarme de tu compañía ahora, si quieres.

Era gracioso. Esas eran las palabras que había estado tratando de hacer que dijera toda la noche, pero ahora que las había dicho, no sentía ningún deseo de hablar al respecto.

—Hablemos de otra cosa.

—¿Te gustan las películas?

—Prefiero las series. Me encanta envolverme en una gran historia durante el fin de semana.

—Ja, yo también. Me encanta tener el día libre y pasarlo en casa, donde nadie puede molestarme, y encontrar algo nuevo al azar en Netflix —dijo, con ánimo en la voz.

—Apuesto a que eres un hombre de Orange Is the New Black —me reí.

—Es una de mis favoritas.

Pasamos mucho tiempo hablando de nuestros programas y personajes favoritos. Resultó que Andrés no era tan malo, una vez que lo conoces. Conversamos hasta que apenas pude pronunciar palabras entre bostezos.

Mis párpados se hicieron pesados y mi cuerpo dolía. Aunque me había quitado los tacones de aguja tan pronto como pude, me moría por quitarme este vestido tan ajustado.

—Parece que pasaremos aquí el resto de la noche. Debemos tratar de dormir —su tono de voz era calmado.

Ambos sabíamos que no saldríamos de allí hasta la mañana, pero no parecía algo enteramente real, hasta ahora.

—No hay forma de que me acueste en este piso.

La mitad de mi piel estaba expuesta, y me daba grima pensar en lo asqueroso que estaría el suelo.

—No hay problema, haré un colchón de papel higiénico.

Usó su teléfono para alumbrar, y comenzó a tirar los paquetes de papel higiénico hasta que ya no quedaba ninguno en la estantería. El suelo estaba casi totalmente cubierto de ellos.

—¿Dormiremos con nuestras cabezas en extremos opuestos? —pregunté.

—Puedes poner la cabeza en el fregadero si quieres, pero yo no lo haré.

—Buen punto. Pero entonces tenemos que dormir lo más lejos posible el uno del otro. Nada de cosas raras, Andrés.

Los pensamientos de sus expectativas sobre la noche inundaban mi mente, pero al mismo tiempo imaginaba lo increíble que se sentiría si me abrazara como lo hizo cuando entramos en el edificio.

Capítulo 7

Andrés

Maldita sea. ¿Dos adultos atractivos atrapados en un armario toda la noche y sin conseguir algo de acción? Estaba convencido de que era virgen.

Por mucho que quería tocarla, debía mantener mis manos quietas. A pesar de que mi pene estuvo erecto la mitad del tiempo que llevábamos atrapados allí.

Además de lo perfecta que se veía, había algo realmente atractivo en la idea de explorar su increíble cuerpo en la oscuridad total. Estaba seguro de que tendría un sabor divino.

Fue divertido hablar con ella. Al menos considerando el contexto de estar atrapados en un armario.

Incliné mi teléfono para compartir la luz mientras ella se acomodaba sobre el colchón improvisado. Se acostó de espaldas a mí. La habitación era pequeña y apenas quedaba algo de espacio entre nosotros.

No pude evitar iluminar un poco en dirección a su redondo trasero. Era tan perfecto como sus tetas, y deseaba poner mis manos sobre él.

—¿Por qué no usas mi chaqueta para abrigarte? Debes tener frío con ese vestido.

Antes de que pudiera responder, puse mi chaqueta sobre su cuerpo.

—Gracias.

Después de mi horror inicial de estar atrapado allí con ella, había resultado ser una gran compañía. Era como si la oscuridad nos hubiera despojado de nuestras diferencias. Dejó de importar mi dinero por una noche, y pudimos disfrutar de la compañía de ambos por igual.

Realmente aprecié que no volviera a mencionar nada sobre su trabajo. Le daría la oportunidad de escuchar su discurso por la mañana. Como un gesto de mi parte para ayudarla.

Su jefa probablemente morirá de emoción cuando descubra que estuvo encerrada conmigo toda la noche. Y pensará que fue un fracaso masivo cuando se entere de que ni siquiera logró hacer que yo escuchara su petición.

Se merecía ese gesto de ayuda.

¿Qué clase de jefe envía a una virgen de veintitrés años a hacer su trabajo sucio?

—No necesito usar acompañantes, elijo hacerlo —aclaré, mi voz apenas era audible.

—Me preguntaba eso. Quiero decir, tienes dinero y no creo que tengas fallas en el departamento de belleza. Me pareció raro que alguien como tú usara ese tipo de servicios.

—Las acompañantes son honestas con la razón del por qué están conmigo. Hay mucha diferencia entre una mujer que sale conmigo por mi dinero, directamente, y otra que está conmigo por lo mismo pero finge amarme.

—Pero no todas las mujeres quieren salir contigo por tu dinero.

—Sí, lo hacen.

La oscuridad escondía la angustia en mi cara mientras pensaba en Nadia y en como me había arrancado el corazón.

No podía creer que estuviera teniendo esa conversación con Grace. Creía que nunca sería capaz de hablar sobre ese tema con nadie.

—No puedes encasillar a todas las mujeres como cazafortunas.

—No, sólo a las que están interesadas en salir conmigo.

—Eso es triste.

—Es mi realidad.

—Bueno, espero que tu realidad mejore algún día.

Nos quedamos callados otra vez, y aproveché el momento para enfocarme en sacar todos los pensamientos sobre Nadia de mi mente.

—Lo siento, no quise sonar tan crítica —agregó después de unos segundos.

—Puedes ser tan crítica como quieras, siempre y cuando no estés tratando de sacarme dinero.

Soltó una risa en respuesta y el sonido llenó nuestro pequeño espacio con ligereza. Podría acostumbrarme a escucharla.

—Nunca quise dinero de ti, sólo... —cortó su frase.

Sabía que iba a decir la licencia de la marca, pero el que no lo dijera y no mencionara la razón por la que se acercó a mí, me hacía sentir una energía extraña.

La mayoría de la gente en su situación ya habría hablado durante horas de ello. Y allí estaba ella, evitando volver a mencionarlo.

—Lo sé —extendí una mano palmeando su hombro en la oscuridad.

Aunque el contacto fue breve, la suavidad de su piel me impresionó. Recogí el brazo antes de no poder resistirme a seguir tocándola.

—Tengo que volar a Tokio mañana, debería intentar dormir un poco —añadí.

—Buenas noches —dijo, con voz suave.

—Buenas noches.

Me acosté de lado, pero el peso de mi cadera aplastó el bulto de papel higiénico y me hizo caer al suelo. Eso claramente no iba a funcionar, así que intenté acomodarme de vuelta y me volví a acostar de espalda. Mi peso se distribuía más uniformemente de esa manera, haciendo que la cama improvisada fuera un poco menos incómoda.

La respiración de Grace se ralentizaba a medida que se quedaba dormida. Yo simplemente me había quedado ahí, con los ojos abiertos, absorto en la oscuridad, escuchándola.

Esa mujer tenía un efecto calmante en mí y por primera vez, mi mente no estaba divagando en un millón de pensamientos diferentes al mismo tiempo. Normalmente, cuando me acostaba, pensaba en el trabajo durante al menos una hora antes de poder dormirme. El suave sonido de su respiración ayudó a relajar mis músculos, y en poco tiempo me encontré también soñando.

Por lo general, mis sueños se trataban de una situación en la que era perseguido. Cuando despertaba, la mayoría de las mañanas, el forro del colchón se había soltado de una o varias esquinas.

Esa noche, soñé que estaba sentado en un campo ondulado, mirando las colinas. Sin nadie que me molestara. Nadie quiera nada de mí. Sólo éramos la hermosa vista y yo.

Tomé una margarita de la hierba y comencé a arrancarle los pétalos cuando la voz de una mujer susurró mi nombre.

Andrés.

De la nada apareció Grace. Desnuda, con sus jugosas tetas balanceándose mientras se montaba a horcajadas sobre mi entrepierna.

Mi pene se puso duro como el acero mientras me rozaba. La necesidad de hundirme en ella se hacía cada vez más urgente. Mi ropa se desvaneció, y la recosté de espalda, dejándola en posición para cogérmela cuando mis ojos de pronto se abrieron.

Todavía estaba oscuro como la boca del lobo, pero no había duda alguna de lo que estaba pasando.

—Andrés —gimió mientras presionaba su entrepierna contra mi muslo.

—¡Hey! —susurré, pero no respondió.

Tenía una pierna sobre mí, y su montículo apretado contra mi cadera. Mis pantalones de esmoquin y sus bragas eran lo único que nos separaba. Se estaba follando mi pierna mientras soñaba.

Al igual que en mi sueño, mi pene estaba duro como una roca. Tenía que desabrochar el botón de mis pantalones para darle un poco de alivio. Aunque el único alivio que quería era estar dentro de ella. Sin embargo, estaba seguro de que era virgen, y este no era un buen lugar para perder la virginidad.

Ella comenzó a gemir más fuerte, y sus movimientos se intensificaron. No sabía qué hacer.

¿La dejo terminar sin despertarla y nunca le menciono esto? ¿O la despierto ahora?

Pasé mis dedos por su cabello, y una vez más susurré:

—¡Grace!

—Andrés —gimió.

Iba a perder la cordura si ella continuaba haciendo eso.

Le sacudí suavemente el hombro.

—Estás soñando, despierta.

—¿Eh? —me respondió, con voz atontada.

—¿Estás despierta?

—Uh, sí, ¿dónde estoy?

—El armario del conserje, ¿recuerdas?

—Oh Dios, oh Dios —quitó su pierna de entre las mías. Mi cuerpo se tensó de rabia, exigiendo que le devolvieran la confortable posición.

—Estabas teniendo un buen sueño.

—Yo, um, lo siento mucho. Dios, qué vergonzoso.

—No lo sientas.

Sujeté su cabeza para guiarme y planté mis labios sobre los de ella, haciéndola gemir mientras mi lengua se deslizaba sobre la suya.

Capítulo 8

Grace

Todo mi cuerpo hormigueaba y lo sentía a punto de estallar. Andrés profundizó nuestro beso, y no pude evitar caer completamente a su merced.

En mi sueño, él me tenía tendida en una cama con dosel en una habitación decorada como un palacio. El sueño fue tan vívido que se sentía como el recuerdo de algo que había sucedido realmente. Estaba al borde del orgasmo más grande de mi vida.

Cuando me despertó y me di cuenta de lo que estaba pasando, pensé que me moriría de vergüenza. Pero ahora sus labios estaban sobre los míos, y la sensación de estar al borde había vuelto. Estar atrapada en este armario con él toda la noche fue demasiado. El pequeño espacio intensificaba su delicioso aroma. Nuestra conversación me había relajado y fue divertida. La oscuridad ocultaba su perfecta apariencia, y yo me sentía desesperada por tener mis manos sobre él sólo para saber que realmente estaba allí.

Con cada segundo, lo anhelaba más y más. Supongo que todos esos sentimientos habían surgido de mi sueño. No hacía falta usar mis dedos para saber lo mojada que estaba.

Me quitó su chaqueta de encima y pasó su mano por mi brazo para luego posarla sobre la curva de mi cadera. Su toque me producía un profundo cosquilleo, y me hacía sentir como si estuviera a punto de estallar en llamas.

Su mano rozó la parte delantera de mi pierna y subió poco a poco recorriendo mi abdomen, hasta llegar a mi pecho. Sujetó mi seno, y yo gemí ante su tacto, mientras que con la otra alcanzaba el dobladillo de mi vestido. Separó mis piernas y pasó un dedo justo por encima de mis bragas.

Jadeé ante su roce y su lengua que jugueteaba con la mía al mismo tiempo. Abrí las piernas lo más que pude para él, desesperada por sentir más. Estaba dispuesta a dejar que hiciera cualquier cosa conmigo. ¿Cómo podía detenerlo si hacía que mi cuerpo reaccionara así?

Recordando la sensación de su cuerpo firme contra el mío cuando me abrazaba durante el evento, caí en el desespero por conocer la figura que ocultaba bajo ese esmoquin. Llevé mis manos hasta su pecho y abrí su camisa hasta que al fin pude deslizar una mano debajo de ella.

Mis dedos rozaron su piel y recorrieron las definidas líneas de sus abdominales. Mientras movía mi mano a través de su tonificado cuerpo, la cabeza de su pene rozó el borde de mi palma.

Mi mano no estaba ni cerca de la parte inferior de su estómago. Me congelé por un instante mientras asimilaba su tamaño.

Pasé mis dedos por su punta, y sentí la humedad de su pre-cum. Sus pantalones ya estaban desabrochados, y la cintura de sus calzoncillos abajo. Envolví mis dedos alrededor de su longitud,

comenzando a deslizar mi mano una y otra vez, asombrada por su tamaño.

Él soltó un profundo gemido, que me hizo sentir un hormigueo aún más profundo a través de mi cuerpo.

Apartó mis bragas y deslizó dentro de mí la punta de un dedo. Ya estaba tan excitada como podía, y el tacto de su mano me ayudó a cerciorarme de lo húmeda que estaba.

Incliné mis caderas, invitándolo a que entrara en mí. Él respondió hundiendo dos dedos dentro. Se sentían tan gruesos que estiraban mi cavidad virgen.

Con el mismo ritmo con el que masajeara mi pecho, comenzó a mover sus dedos dentro de mí. Era demasiado bueno para ser real. Era como si todavía estuviera soñando.

En lo que parecieron ser segundos, mi cuerpo se tensó por todas partes, haciendo que mi mano se cerrara firmemente alrededor de su pene. Incapaz de continuar trabajando cualquier parte de su cuerpo, alejé mi cabeza de la suya, rompiendo nuestro beso. Él no paró, y continuó besando mi mejilla y luego mi oreja.

—Vente —gruñó en mi oído.

Su voz atravesó mi cuerpo y me hizo explotar de placer. Un largo gemido surgió del centro de mi ser, e hizo eco alrededor de la pequeña habitación.

Mi cuerpo se redujo a un desastre tembloroso cuando finalmente liberó sus dedos. Su mano subió enseguida, y sujetó mi pecho de nuevo.

Me di cuenta de que todavía estaba sosteniendo su pene duro, y sentí el deseo abrumador de hacerlo venir. Empujando su mano fuera de mi camino me las arreglé para bajar, hasta que mi cabeza alcanzó la altura de su cintura.

Gruñía, mientras se llevaba los pantalones y calzoncillos hasta la altura de sus muslos. Usando mi mano para guiarme, conecté mi lengua con su punta. La envolví, dándole una vuelta entera y saboreando su pre-cum.

Era enorme. Su tamaño sólo incrementaba mi necesidad de tocarlo. Quería jugar con él hasta sentirlo latir y explotar. Lamí a lo largo de toda su longitud y luego lo metí en mi boca. Andrés enredó sus manos en mi cabello, sosteniendo mi cabeza mientras que yo tomaba tanto de su pene como podía.

Mis manos envolvían la base y la masajearan. Me sorprendí a mí misma ante el vigor con el que trabajaba sobre él. No era algo que hiciera normalmente. Por lo general, con mis novios, solía ser gentil y cautelosa. Tal vez la oscuridad me hacía sentir valiente.

Nunca había estado tan excitada en mi vida. Aunque lo conocí esa noche, si quería tener sexo conmigo, lo haría con mucho gusto. Olvidaría mi virginidad. Necesitaba sentirlo dentro de mí. Nada en el mundo podría sentirse mejor que su musculoso cuerpo sobre el mío, entrando profundo en mí, llenándome, alimentando ese fuego que me envolvía.

Relajé mi garganta y tomé más de él. Andrés gruñó, y la suave piel de sus pelotas se tensó. Estaba cerca, así que me concentré en hacerlo sentir como él me había hecho sentir a mí.

—Cielos, Grace —gruñó, y reforzó el agarre de mi cabello.

Había pasado el punto de no retorno, y estaba a punto de llegar a su clímax. Me preparé para su liberación, y de tan sólo imaginarlo casi alcanzo otro orgasmo. Me perdí completamente en el momento, en la oscuridad, con un hombre que era increíblemente ardiente y a quien no había podido ver en horas.

Pero podía sentirlo.

Dejé salir unos sonidos de emoción y anticipación. Se escuchaban un poco fuerte y agudos, salían desde lo más profundo de mí y hacían eco alrededor de la pequeña habitación.

De pronto, la habitación se iluminó y mis ojos recibieron la vista gloriosa de sus abdominales definidos.

—Santo cielo —se escuchó la voz de un hombre, y me tomó un momento darme cuenta de que no era la de Andrés.

Con sus dedos entrelazados en mi cabello, levantó mi cabeza. Pero era demasiado tarde, su semen ya brotaba. Algunos impulsos llegaron hasta mi barbilla, y otros aterrizaron en sus abdominales.

A pesar de que no me estaba tocando, la vista de su enorme pene en erupción me llevó sobre el borde de nuevo. Ignorando lo que sucedía, Andrés se subió los pantalones y se sentó.

—Bájate el vestido —dijo, con voz tranquila pero firme.

La puerta se cerró de golpe, sacándome de mi euforia. La luz se desvaneció, y nos quedamos en la oscuridad otra vez.

—Dios mío, ¿entró alguien? —pregunté.

—¡No te vayas! —gritó, mientras se ponía de pie.

Estaba desgarrada. Por muy agradecida que estuviera de ser rescatada, me molestaba que hubiera sucedido justo en ese momento. Había sido fácilmente uno de los mejores ratos de mi vida, y no necesitaba que terminara tan rápido.

Golpearon suavemente al otro lado de la puerta y volvimos a escuchar la voz del hombre.

—¿Puedo abrir ahora?

Capítulo 9

Andrés

—Abróchese el cinturón para aterrizar, Sr. Newbury —la voz del piloto sonó por el altavoz.

Aseguré mi cinturón, y me quedé mirando por la ventana de mi jet privado. El horizonte de Tokio siempre me cautivaba, pero hoy mi mente estaba en otro lugar. Después de que el personal de mantenimiento nos encontró, tuve que marcharme de inmediato para volar.

Estaba lleno de rabia, tanto por el momento del rescate como por el haberme quedado atrapado en primer lugar. Fácilmente podría haber pasado otra hora disfrutando del cuerpo de Grace.

En realidad, ni siquiera pude disfrutar plenamente la forma en que su boca me hizo acabar. No se me ocurría un mejor y más hábil par de labios que hubieran envuelto mi pene de esa manera.

¿Por qué alguien tuvo que encontrarnos en el momento exacto de mi orgasmo?

Cuando la puerta se abrió por segunda vez, le arrojé al hombre el veneno de la ira que tenía por dentro. Reclamando el hecho de que alguien quedara atrapado en la habitación por el mal estado de sus puertas y manijas. Amenazando con hacer una demanda. Luego me encargué de sacar a Grace del edificio, metiéndola en un taxi y asegurándome de que llegara a casa a salvo.

Sólo dejé de asustar a los empleados cuando me di cuenta de que tenía que llegar a Tokio a tiempo para mi reunión con Sun Toys.

Durante el viaje, recordé la forma en como la que había tratado, lo que me golpeó en el estómago como una tonelada de ladrillos. Probablemente se preguntaría por qué tenía tanta prisa por enviarla a su casa. En retrospectiva, hasta yo mismo me lo preguntaba.

No había nada que quisiera más que volver atrás y traerla conmigo. Me la habría follado durante todo el viaje. En vez de eso, no tenía ni su apellido ni su número telefónico. Ni siquiera estaba totalmente seguro de cómo se llamaba su compañía.

Cuando las ruedas del avión alcanzaron el asfalto, me obligué a concentrarme en la razón por la que estaba allí. Vender mi empresa.

El único problema era que, aunque pudiera convencer a Sun Toys de que pagara un precio razonable, no podía venderla sin el consentimiento de mi hermano Joseph. Y el bastardo no tenía la más mínima intención de acceder a la venta.

Le gustaba la atención que recibía al tener una compañía con su apellido. Como si de alguna manera el hecho de que la empresa fuera multimillonaria tuviera algo que ver con él.

Todo lo que hacía era vagabundear por el mundo, surfeando y presumiendo a todos de lo que hacía en sus ratos libres. Cuando en realidad sólo había sido el consentido perezoso de mi padre. Nunca había completado un día de trabajo para contribuir al éxito de la empresa. Sin embargo, debido a la voluntad de mi padre, tenía derecho sobre la mitad.

Lo peor de todo es que necesitaba su permiso para poder vender. Esperaba que Sun Toys me hiciera una oferta que ni Joseph pudiera rechazar.

Pero, de nuevo, el dinero no parecía motivarlo. Al parecer, lo único que lo hacía era hacerme enojar. Tal vez debía optar por decirle que nunca venderíamos, de esa manera, lo haría desear la venta. Un poco de psicología inversa, como la que nos aplicaban nuestros padres cuando éramos niños. No es que fuera más sabio ahora.

Un carro de ventanas oscuras me recogió en las escaleras del jet y me llevó directamente a la sede de Sun Toys. Estaba iniciando la tarde, y a esa hora se dedicaban a reunirse con todo tipo de ejecutivos.

Pasé la tarde tratando de convencerlos de lo increíble que era mi compañía, a la vez que ellos también invertían su tiempo intentando convencerme de que debo venderles. No se imaginaban que estaba dispuesto a vendérsela a cualquiera, siempre y cuando pudiera deshacerme de ella. A diferencia de mi hermano, yo estaba cansado de ser el centro de atención debido a mi apellido.

Después de una lujosa comida preparada por mis anfitriones, finalmente me dirigía a mi suite en The Peninsula. Mis músculos dolían por la falta de sueño de la noche anterior, pero antes de dejarme caer en la enorme cama, tenía que hacer la llamada telefónica que tanto temía.

Saqué el teléfono de mi bolsillo, y marqué el número de Joseph.

—Hola hermano, ¿qué pasa? —atendió, con un toque de acento australiano falso.

—Conseguí una buena oferta por la compañía hoy.

—¿Y qué?

—Deberíamos vender.

—Eso no va a pasar —respondió, sin molestarse en reprimir su risa.

—¿Vas a dirigirla? Porque estoy cansado de dedicarle cada segundo.

—Entonces encuentra a alguien más.

Sabía exactamente hacia dónde se dirigía esta conversación, así que colgué. Cada vez que hablábamos, volvíamos a comportarnos como en nuestra infancia. Todo lo que hacía era irritarme. No tenía sentido continuar esa llamada, tenía que llegar a él de otra manera.

Rápidamente, marqué el número de mi asistente, Laura.

—Hola, Andrés —contestó, casi inmediatamente.

—Oye, necesito que hagas algo por mí. Comunícate con mi equipo legal privado y consigue la manera de vender la compañía sin que mi hermano pueda interponerse en mi camino. Y me refiero a que lo averigüemos de cualquier manera. No me importa lo que cueste.

—Vale, no hay problema.

—Lo digo en serio, Laura, debemos lograr esto.

Colgué y lancé el teléfono al sofá. Me fui quitando el traje a medida que cruzaba de la sala de estar al dormitorio.

Mis músculos estaban fatigados. Pero por muy acogedora que se sintiera la cama, no podía evitar desear estar de nuevo en el suelo con Grace.

Los pensamientos sobre ella no dejaban de rondar mi mente, así que me quité las sábanas y me levanté. Me apresuré en llegar a la sala de estar para recuperar mi teléfono. Una vez lo tuve en mi mano, volví a la cama y al confort de las delicadas sábanas.

Maldita sea.

Todavía no me perdonaba el no haberle preguntado su apellido. O su número. La llamaría ahora mismo si pudiera. La dulce virgen de la boca mágica.

El nombre de la empresa llegó a mí de repente, Mini Motivations, y lo busqué en Google. No había ninguna mención de ella en el sitio web. No era de extrañar, era joven y probablemente una empleada con un rango bajo.

Eché un buen vistazo a la fundadora en la biografía. Vi la imagen de la mujer que estaba tan desesperada por conseguir fondos que envió a una joven virgen a prostituirse en nombre del beneficio de la compañía.

Mi pecho se hundió cuando un pensamiento me atravesó. Todos iban a pensar que era una fracasada. Que pasó la noche conmigo y aun así no pudo conseguir los fondos. Una punzada de culpa se asentó en mi estómago.

Otra sensación viajó más abajo, y mi pene palpitó al recordar cómo me había hecho sentir. Todo en ella era perfecto, y maldije una vez más al hombre que nos encontró en ese momento.

No quería nada más que llenar esa dulce boca con mi semen.

Cerré los ojos y reviví en mi mente la sensación de sus lamidas. Mi pene estaba completamente erecto en mi mano, y comencé a acariciarlo recordando todo sobre Grace. El olor de su cabello, el sonido de su risa, nuestras horas de charla en las que compartimos nuestras historias.

Mi mente continuó hasta el momento en que me despertó frotándose contra mi pierna. Me

puse aún más duro cuando recordé la sensación de su vagina apretada envolviendo mis dedos, y lo fácil que había sido hacerla acabar.

Me froté más fuerte y rápido cuando recordé la forma en que se abalanzó sobre mi pene. La forma como gemía y se retorció mientras la tocaba. Parecía que ella lo disfrutaba tanto como yo. Y eso no tenía nada que ver con mi dinero.

Mis bolas se apretaron y me sacudí cuando el orgasmo me golpeó, con tanta fuerza como el que alcancé con ella. Jadeando, dejé caer mi cabeza sobre la cama.

A medida que mi respiración se calmaba, sólo podía pensar en una cosa.

Quería más de ella.

Capítulo 10

Grace

—No sé por qué tienes tanta prisa por casarte de todos modos —dije, girando la silla de mi escritorio lejos de mi computadora para ver a Kate. Nuestros escritorios estaban uno al lado del otro en la ruidosa oficina de cubículos abiertos.

—Nunca antes la tuve, es sólo que Tyson ha cambiado mi punto de vista sobre todo. Quiero pasar cada segundo con él. Quiero tener un hijo suyo. Ahora. La idea de no tenerlo en mi vida me causa dolor físico —respondió, mirando la foto de ella y Tyson abrazados en nuestro sofá.

Su escritorio de trabajo estaba repleto de fotos de Tyson, al igual que su dormitorio en el apartamento que compartíamos.

Su cabello era de un color diferente en cada foto. Me sorprendería verla con su color natural. Aunque ya tenía bastante tiempo llevándolo de azul claro.

Debe ser agradable estar tan enamorada. Pero como compañera de cuarto, de trabajo y mejor amiga, el chorro incesante de información podía llegar a ser algo más que un poco molesto.

Incluso había perdido el interés en el trabajo. Solíamos compartir la misma pasión en nuestras carreras, y ambas queríamos hacer toneladas de dinero a raíz de nuestro éxito. Cuando empecé en Mini Motivations, Kate se vio a sí misma en mí y me tomó bajo su ala. Hemos sido inseparables desde entonces. Al menos hasta que Tyson llegó a la escena.

—De alguna manera, no creo que te vaya a matar si no te casas inmediatamente —dije, riendo.

—Necesitas encontrar a alguien, entonces lo entenderás.

—No va a pasar —sacudí la cabeza ante la idea de tener un novio. Eso sólo sería una distracción de mi carrera.

Tenía que ser fuerte y estar concentrada, sobre todo mantener mis metas profesionales siempre en primer plano. No había forma de que las cosas terminaran para mí de la misma manera en como terminaron para mi madre o mi hermana.

—¿Qué hay de Andrés Newbury? Las cosas sonaban muy bien en ese armario en el que estabas atrapada.

Me reí mientras un destello de calor me recorrió todo el cuerpo. Aunque había ocurrido hace varios días, no podía sacudir el recuerdo de mi cabeza.

—No seas tonta, el hombre es multimillonario. ¿Qué interés podría tener en mí? Sólo fue una noche loca. Tan pronto como nos encontraron, me metió en un taxi. Ni siquiera me dio un beso de

despedida, y mucho menos pidió mi número de teléfono.

—Todavía no puedo creer que no te acostaras con él. Qué oportunidad perdida para una increíble aventura de una noche.

Kate sabía que yo aún era virgen, una decisión que ella no podía entender. No importaba cuántas veces tratara de explicarle lo de mi madre y mi hermana, ella todavía insistía en que me estaba castigando a mí misma sin ninguna razón. Aun así, no podía dejar de pensar que con mucho gusto hubiera dejado que Andrés fuera el primero en ese armario si no nos hubieran encontrado en ese preciso momento.

Realmente no podía decir si me alegraba de que nos encontraran o no.

Bueno, un minuto después hubiera sido mejor, en definitiva. Entonces al menos el hombre no habría visto el momento de su eyaculación.

—Fue mejor que no lo hiciera. No quisiera terminar como tú, tan atontada por un hombre que dejas de preocuparte por todo lo demás.

—Eso no es verdad, todavía me preocupo por ti —rodó su silla hasta chocarla con la mía, y apoyó su cabeza en mi hombro, mirándome con ojos de cachorrito.

—Ahórratelo —le respondí, y la alejé juguetonamente, riendo.

La puerta principal de la oficina se abrió, y un silencio se apoderó de la habitación. Miré sobre los cubículos para ver qué sucedía.

Andrés Newbury estaba parado en la puerta, aparentemente sintiéndose diez veces más grande que el resto de nosotros. Exudaba poder y confianza sin mover un solo músculo. Su mera aura atraía toda la atención de la sala.

Mi corazón se detuvo al verlo.

Llevaba un traje azul marino que sólo podía estar hecho a medida, y ni un cabello de su cabeza estaba fuera de lugar.

Una de las fundadoras, Gloria, soltó los papeles que cargaba en sus manos y corrió hacia él. Aunque la habitación estaba en silencio y se podía oír caer un alfiler, no lograba oír lo que ella le decía porque mi cerebro estaba demasiado ocupado gritando ¡*Oh Dios mío!*

Todos se dieron vuelta y siguieron a Gloria y Andrés con la mirada en su camino a la sala de reuniones. Él giró su cabeza, observando alrededor de la habitación, pero Gloria me bloqueaba de su línea de visión. En el momento en que la puerta se cerró, mis compañeros de trabajo empezaron a hablar, haciendo comentarios apresurados a la persona más cercana a ellos.

—Pensé que habías dicho que no podías convencerlo de que viniera —repuso Kate, mientras se dirigía a mi lado, con su mirada buscando respuestas en mi rostro.

—No creí que lo hubiera logrado.

Busqué en mi memoria cualquier indicio de que Andrés aceptara reunirse con los fundadores de mi compañía.

Nada.

En cambio, todo lo que podía recordar era su postura inflexible de que nuestra empresa no valía la pena para hacer una inversión. Pero allí estaba. Y se veía mejor de lo que recordaba.

Después de que se encendieron las luces en el armario, todo pasó tan rápido y estábamos tan apresurados que realmente no lo volví a mirar. La única vez que realmente lo miré fue durante el evento de entrega de premios. Era curioso que la mayor parte del tiempo que había pasado con él fue a oscuras.

Verlo de nuevo, a la luz del día, era suficiente para quitarme el aliento.

—No puedo creer que no hayas tenido sexo con eso... —Kate, luchaba para que su mandíbula no cayera hasta el suelo.

—Otra vez, no.

—Sí, pero ahora que lo he visto en persona, tengo que hacer la pregunta de nuevo. Porque es el mejor espécimen masculino que he visto en mi vida.

—¿Qué hay de Tyson?

—Él estaría de acuerdo conmigo. Hasta el hombre más heterosexual aceptaría eso.

La miré a los ojos, entrecerrándolos, pero por dentro estaba de acuerdo con todo lo que decía. Me di cuenta de lo rápido que había estado latiendo mi corazón desde que lo vi, así que giré mi silla contra Kate para que no se diera cuenta de que estaba tratando de calmarme con ejercicios de respiración profunda.

Tan pronto como mi silla apuntó hacia el frente, me di cuenta de que todos me miraban fijamente. Me las arreglé con una sonrisa débil, preguntándome en qué pensaban. Una compañera me dio el visto bueno y otra persona me guiñó el ojo antes de que dos de los programadores empezaran a aplaudir. En poco tiempo, toda la sala me aplaudía.

Esperaba que no pensarán que me acosté con él a cambio de obtener esa reunión. Mis mejillas se enrojecieron por toda la atención.

—Probablemente todos piensan que te lo cogiste —dijo Kate en voz baja.

—¿De verdad? —respondí, deseando que no fuera cierto, pero sabiendo que probablemente lo era.

—Relájate, todos están celosos. Incluso los chicos.

La puerta de la sala de reuniones se abrió cinco minutos más tarde, y Andrés salió hacia la oficina abierta. El silencio volvió a invadir la habitación y todas las miradas se fijaron en él.

Escaneó las caras en la habitación, mirando a todas las personas que dependían de él para salvar sus puestos de trabajo.

Finalmente, su mirada me alcanzó en la parte de atrás de la oficina. Su cara se iluminó cuando sus ojos se posaron en mí, y mi cuerpo se estremeció con el calor de su atención.

Comenzó a caminar hacia mi escritorio, y el resto de la habitación se hizo borrosa en mi visión. Sólo lo veía a él, y venía directamente hacia mí.

—Ven a almorzar conmigo, Grace —dijo, con sus ojos vagando sobre mi cuerpo. El calor envolvía mi piel dondequiera que mirara.

—Ni siquiera son las nueve y media.

—Eso no importa —me respondió, extendiendo su mano hacia mí.

Gloria apareció a la vista detrás de él, dibujando en el aire dos grandes pulgares hacia arriba.

No sabía qué hacer. Quería acompañarlo por lo que pasó entre nosotros, y porque no había dejado de pensar en él desde entonces. Pero, ¿y si era otra trampa de Gloria para tratar de salvar la compañía? ¿Me volvió a ofrecer como parte del trato? ¿Qué se dijeron en esos cinco minutos? Porque claramente parecía involucrarme.

Me congelé en mis pensamientos, contemplando la situación, cuando Kate pateó mi silla.

—Vete —susurró severamente.

Sin esperar a que me levantara, él tomó mi mano y me ayudó a ponerme en pie. Mientras estábamos ahí parados, miré a nuestro alrededor. Al menos diez caras esperanzadas me miraban fijamente. Me las arreglé para sonreír mientras él me llevaba de la mano.

Capítulo 11

Andrés

Tener su mano sosteniendo la mía alivió un poco la tensión en mis hombros.

Había estado en Tokio toda la semana, trabajando con Sun Toys y tratando de idear un plan para vender la compañía. Debido al tamaño de nuestras empresas y a la cantidad de dinero involucrado, esas discusiones tomarían meses. Aunque en el fondo no estaba convencido de poder conseguir que mi hermano aceptara vender.

Cada día la tensión en mi cuello y hombros se hacía más y más fuerte. Especialmente cuando hablaba con Joseph por teléfono. No sabía cuál era su problema. Creía que el mundo era su patio de recreo y que todo giraba en torno a él. No sé cómo terminamos siendo tan diferentes.

Fue un peso en mi mente toda la semana. Eso, y la necesidad de encontrar a Grace de nuevo. Hice que mi secretaria rastreara su compañía y decidí hacer una parada en mi vuelo de regreso a Nueva York.

Cuando la vi sentada en la parte de atrás de su cubículo, inmediatamente me sentí más relajado. No había podido sacarla de mi cabeza en toda la semana. Era la imagen de mis fantasías nocturnas.

—Hay una buena cafetería a cinco minutos de aquí, podemos caminar —sugirió cuando entramos en el ascensor.

—Suena bien.

Bajamos en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos pero con las palmas de las manos juntas. Caminamos al mismo ritmo por la calle, pero no podía evitar sentir algo de rigidez en su brazo.

¿En qué estaría pensando?

—No tenía forma de contactarte —le dije.

—Te deshiciste de mí en el taxi tan rápido que asumí que no querías hacerlo —me respondió de inmediato, mirando hacia abajo.

—El rescate ocurrió tan rápido que no pensaba con claridad. Sólo me preocupaba que llegaras a casa a salvo.

—Esta es la cafetería.

Grace se detuvo, señalando a la puerta.

El letrero decía Market Bean y el interior estaba decorado como un mercado de agricultores a la antigua. Empuje la puerta y la mantuve abierta para dejar que ella avanzara frente a mí.

Después de pedir un capuchino y un café con leche descremada a la anfitriona, cruzamos el lugar hasta llegar a una mesa en el rincón más alejado.

Se deslizó en el asiento que daba hacia el frente de la cafetería, y luego yo tomé el asiento frente a ella.

Una vez que nos trajeron nuestro pedido, tomó un sorbo de su café con leche, alzando las comisuras de su boca ligeramente mientras bebía. No pude evitar sentirme completamente hipnotizado por ella.

En la cena de entrega de premios, las cosas habían transcurrido de manera completamente diferente. Nos sentamos uno al lado del otro, y no tuve la oportunidad de mirarla en detalle. Además, mis ojos pasaron la mayor parte del tiempo observando su escote. Luego, por supuesto, en la oscuridad del armario no pude verla en absoluto.

Pero allí, a la luz del día y con ella usando ropa de trabajo conservadora y maquillaje de aspecto natural, tenía que luchar para quitar la mirada de su hermoso rostro. Era aún más impresionante de lo que recordaba aquellas noches con mi pene empuñado pensando en ella.

Ni siquiera había mirado su pecho ni una vez.

—Así que fue una noche extraña, ¿eh? —sonrió, sosteniendo su taza con ambas manos.

—Definitivamente una de las más raras que he tenido, pero también una de las mejores —le respondí, manteniendo la mirada fija en la suya.

Fue capaz de asfixiar una risa, pero no pudo ocultar el enrojecimiento en sus mejillas.

—Terminó bastante bien.

—Hubiera preferido que nos encontraran unos 30 minutos después.

Esta vez el enrojecimiento se extendió desde las mejillas hasta el cuello. Volteó la cabeza y se acomodó el botón superior de su blusa. Nada me gustaría más que deshacerlo.

No. De hecho me gustaría verla deshacerlos todos.

El enrojecimiento disminuyó, y se volvió hacia mí.

—No hablaste con Gloria por mucho tiempo.

—No estaba allí para hablar con Gloria. Sólo fui a buscarte.

—¿Pero qué hay de la compañía? ¿Hablaste con ella sobre licenciar la marca?

—Brevemente —respondí, pensando que debí haber hablado con la mujer por más tiempo

sólo para hacer que Grace quedara bien ante su jefa. No tenía ninguna intención de llegar a ningún acuerdo con la compañía después de todo.

Su cara casi cae al suelo, incapaz de ocultar su decepción.

—Hoy tengo prisa. Voy de camino a Nueva York desde Tokio. Pero no podía esperar a verte de nuevo, así que alteré el plan de vuelo y tengo un par de horas para estar aquí.

—¿Aterrizaste tu avión sólo para verme?

—Lo hice. Pero no tengo mucho tiempo, tengo que estar en Nueva York para una reunión, lo que significa que tengo que salir de aquí a las diez y media para llegar a tiempo.

Una amplia sonrisa brilló en su cara y sus ojos se iluminaron.

—No puedo creer que alguien aterrizara un avión sólo para tomar un café conmigo.

—Jet —la corrijo, intentando hacerlo sutilmente.

Se rio y puso los ojos en blanco al mismo tiempo.

—Bien, Jet. ¿Cómo puedes alterar todo sólo para tomar un café?

—Fácil, le dices al piloto que aterrice y ellos ajustan el plan de vuelo.

Sacudió la cabeza.

—Era una pregunta retórica. Quiero decir, ¿sólo por un café?

—Esperaba más, en realidad.

Abrió sus ojos de par en par, mientras se acercaba la taza al pecho. Dejo salir una sonrisa, sabiendo exactamente cómo tomó esa declaración. Dejé que el silencio se apoderara de nosotros y esperé a ver cómo respondía.

—Así que, Andrés, ¿esperas que tu marca en la aplicación Mini Motivations sea un gran éxito y te de mucho dinero a la vez que aumenta la visibilidad de tu compañía?

Esta vez me reí en serio. Sólo por jugar un poco, decidí darle un poco de esperanza.

—Bueno, ahora que he conocido a Gloria, puedo entender más.

—Estaré encantada de contarte todo lo que quieras saber sobre la compañía. Puedo ser junior, pero estoy muy bien informada sobre el negocio.

—Confía en mí, de lo último que quiero hablarte es de negocios.

—Claro, es algo más que café lo que quieres.

—Exactamente. Quiero que vengas a Nueva York conmigo el fin de semana.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Tengo que trabajar mañana, para empezar.

—No lo sabes aún, pero lo he aclarado con Gloria. Cree que es una gran idea que vengas a Nueva York.

La cara de Grace se volvió ilegible. Sus ojos se entrecerraron al pensar y luego frunció los labios. Pero al mismo tiempo, sus mejillas se ruborizaron de nuevo.

Me preguntaba si creía que Gloria la estaba usando como una puta de oficina otra vez.

—Tengo otro evento al que asistir esta noche, y me gustaría que tú me... —me detuve, escogiendo mi siguiente palabra cuidadosamente—, acompañaras a él.

Ella enfocó su mirada en los restos del café en su taza. Estaba seguro de que pensaba todo tipo de cosas en ese momento. Quería saber cuáles eran las más importantes en su mente: Gloria o el recuerdo de mi pene.

—¿Es un evento de la industria? —preguntó.

—Lo es.

—¿Y Gloria quiere que vaya?

—Está ansiosa por que vayas. Llama y habla con ella si quieres.

—Nunca he estado en Nueva York antes.

—Aún mejor. Te encantará.

—Tal vez. No lo sé. No lo sé. Toda esta idea es tan repentina.

Revolviendo su bolso, sacó su teléfono y escribió algo.

Cuando le dije a Gloria que quería llevarme a Grace y que faltaría al trabajo hasta el lunes, reaccionó de una manera desvergonzada y patética. Era todo lo que podía hacer para evitar que fuera reprendida por faltar a su trabajo.

Terminé mi café mientras esperaba que ella hiciera lo que fuera que estuviera haciendo en su teléfono. Un momento después, su teléfono sonó. Miró la pantalla y se movió ligeramente en su silla.

Finalmente, levantó su mirada hacia mí.

—Bien, nos vamos a Nueva York.

Capítulo 12

Grace

No podía creer que iría a Nueva York. Mi mañana había empezado como un día de trabajo normal, y de repente un multimillonario apareció y me sacó a pasear el fin de semana.

Kate fue inflexible en cuanto a la decisión de que me fuera de viaje. Bajo ninguna circunstancia debía volver a la oficina y rechazar la oferta, además tampoco debía volver a casa siendo virgen.

—Este es mi apartamento —dije, abriendo la puerta.

Andrés entró y cerré la puerta después de él. En el momento en que el cerrojo hizo clic, me di cuenta de que estábamos solos de nuevo. Mi corazón se aceleró, preguntándome si algo sucedería en ese instante.

En vez de alejarse, se paró a mi lado en la puerta. El olor de su colonia llenaba mis pulmones. Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo. Por un segundo olvidé quién era y dónde estaba.

Levantó la mano.

Estaba preparada para recibir su toque, mi corazón se aceleró a un millón de latidos por hora. Pero simplemente se rascó la nuca, evitando el contacto. Me aclaré la garganta, y caminé a mi habitación para empacar rápidamente.

Sin saber lo que debía llevar, saqué la maleta del armario y la puse sobre la cama. Busqué en el cajón de mi ropa interior mis mejores sostenes y bragas. O como mínimo, los menos malos. Cada par de bragas que tenía era de algodón, me maldije por no tener ni un solo par satinado.

Una vez que guardé el doble par de sostenes y bragas que necesitaba, abrí mi armario y miré sin sentido cada una de mis prendas. No tenía ni idea de qué llevar.

Regresé a la sala de estar. Sabía que Andrés estaba en mi apartamento, y su presencia hacía que mi corazón latiera desesperadamente de nuevo.

Estaba parado frente al sofá que Kate tenía antes de que nos mudáramos juntas. Teníamos fotografías instantáneas en la pared justo encima, las llamábamos nuestro collage de recuerdos, y docenas cubrían el espacio.

La mayoría eran de ella y Tyson.

—¿Quién es la chica? —preguntó, señalando una foto.

—Ella es Kate, mi compañera de cuarto. También trabaja en Mini Motivations.

—Usa muchos colores de cabello —agregó, volteándose hacia mí, con sus ojos parpadeando un poco más de lo normal.

—Uno diferente cada semana.

—¿Estás lista para irte?

—No exactamente. ¿Qué tipo de ropa necesitaré?

—Ya te lo dije, no necesitas traer nada.

Sus ojos se paseaban sobre mí mientras hablaba, mi cuerpo ardía por donde fuera que me mirara.

—Tengo que empacar algo, obviamente.

Cuando las palabras salieron de mi boca, no pude evitar preguntarme en qué me estaba metiendo.

En la cafetería, Kate me envió un mensaje de texto y dijo que no debía quedarme, que debía ir a divertirme. Insistió en que debía disfrutar de un fin de semana único en Nueva York, y que era el plan perfecto para perder mi virginidad.

Con ese propósito en mente, no podía evitar sentirme nerviosa. Estaba entrando en territorio desconocido.

—Trae lo que creas necesario —dijo, alejándose del sofá.

Sus ojos se fijaron en los míos mientras se acercaba a mí. Mi cuerpo estalló simultáneamente en mariposas por los nervios y hormigueo de deseo.

Tragué fuerte, congelada en mi posición.

Se detuvo justo delante de mí, con su cuerpo casi tocando el mío. Tragué de nuevo, tratando de convencer a la saliva de que se quedara en mi boca para poder hablar, pero toda la humedad de mi cuerpo se había acumulado ya entre mis piernas.

Por un instante todo lo que hicimos fue respirar.

Levantó la mano y me acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja. El dorso de sus dedos rozó mi mejilla en el proceso, enviándome una sacudida de electricidad que me hizo sentir un hormigueo desde la cabeza hasta los pies.

—Echaba de menos estar encerrado contigo —descansó su mano en la parte posterior de mi cabeza.

Sin pensarlo, llevé mis manos hasta sus brazos. Sus poderosos bíceps eran evidentes incluso a través de la tela del traje.

Accidentalmente dejé salir un pequeño gemido. Él se inclinó, pasando sus labios por mi frente, y yo luchaba para que mis rodillas no se doblaran. ¿Cómo iba a pasar un fin de semana entero en Nueva York con él, sin perder algo de mi dignidad?

Traté de empujar fuera de mi mente la imagen de Gloria enseñándome sus dos grandes pulgares. Una parte de mí estaba convencida de que mi dignidad ya había desaparecido.

Sus labios alcanzaron mi oído.

—Te voy a hacer sentir mil veces mejor que en el armario —susurró despacio.

Sin poder contenerme, volví a gemir.

—Esto es una locura para mí. Nunca he hecho algo así antes —le respondí, con mi voz apenas audible.

Sus labios aún estaban cerca de mi oreja.

—Lo sé, te cuidaré bien.

—Mientras sepas que es mi primera... ya sabes.

Sentía que tenía que dejar bien claro el hecho de que era virgen. Tal vez le haría cambiar de opinión. No lo sé. Siempre había sido totalmente abierta y honesta con mis novios.

No es que lo considerara como mi novio. No sabía qué era eso. El hecho de que un multimillonario me quisiera llevar de viaje durante un fin de semana en el que muy probablemente perdería mi virginidad no tenía realmente un término que yo conociera.

Andrés alejó su cabeza y me miró fijamente a los ojos.

—Lo sé, te he tocado, ¿o lo has olvidado?

Meneé la cabeza un poco.

—Definitivamente no.

Me sujetó por detrás de la cabeza y plasmó su boca sobre la mía. Nuestras lenguas se arremolinaron en un baile perfecto, y el hormigueo en mí se convirtió en una corriente incesante.

Pasé mis manos de sus brazos a su espalda, y apreté mi cuerpo contra el suyo. Mientras nos besábamos, su pene se ponía cada vez más duro y lo sentía presionado contra mi cuerpo.

Me pregunté para qué iríamos a Nueva York, cuando estábamos a pocos pasos de mi habitación y yo estaba empapada y lista para él. Necesitaba darme prisa antes de que él pudiera cambiar de opinión.

Lo presioné más fuerte contra mí. Pero en vez de profundizar nuestro beso, se alejó.

—Tenemos que irnos, no puedo perder la reunión —se alejó por completo de mí, dejando en evidencia su enorme erección a través de sus pantalones.

Mi cuerpo quería gritar en protesta, pero lo entendía. Conseguí hacer una sonrisa débil antes de girarme y volver a mi dormitorio.

Sin pensar mucho en ello, tomé toda una selección de ropa. De todo, desde jeans hasta mi vestido más bonito. Del baño, recogí mi cepillo de dientes y mis artículos de tocador y los metí en el bolsillo de malla en el interior de la tapa de la maleta. Finalmente, empaqué mi bolsa de maquillaje y mi cepillo de cabello y cerré la cremallera.

Se necesitaba hacer un esfuerzo para levantar la maleta de la cama, lo cual era ridículo considerando que sólo viajaría por un fin de semana.

La coloqué en posición vertical, extendí el mango y la arrastré. Me apresuré a entrar en el dormitorio de Kate y empecé a buscar en sus cajones.

No pensaba perder la cordura por un momento de placer. Definitivamente no iba a terminar como mi madre o mi hermana.

Abrí el último de tres cajones de su mesita de noche. Bingo. Una caja grande de condones se encontraba junto a una botella de lubricante, un vibrador y un par de esposas.

Tratando de tocar lo menos posible, saqué la caja de condones y tomé una tira de ellos. Los guardé en el bolsillo exterior de mi maleta.

Apresurando el paso, salí de la habitación y volví con Andrés.

—Lista para partir.

Capítulo 13

Andrés

—Vaya, esto es mucho más pequeño de lo que me había imaginado. ¿Es realmente seguro ir tan lejos en él? —preguntó Grace cuando entramos en la cabina del jet.

Traté de no reírme.

—Absolutamente, acabo de cruzar el Pacífico en él.

—Bien. Prácticamente estoy poniendo mi vida en tus manos este fin de semana.

Me encantaba. No mucha gente se atrevía a hablarme así.

Gesticulando hacia uno de los asientos de cuero, le indiqué que se sentara. Me ubiqué frente a ella y nos abrochamos los cinturones. Una estrecha mesa de nogal nos separaba.

La azafata, Josephine, aseguró la puerta y avanzamos hacia la pista de aterrizaje para despegar. Ella llevaba pantalones chinos y una camiseta azul suelta, un uniforme que yo mismo elegí.

Josephine tenía más o menos mi edad, treinta y pocos años, y era excelente en su trabajo. Aunque era una rubia natural, hija de padres suecos, nunca la había visto como una mujer a la que llevaría a la cama. Me exigía a mí mismo mantener una relación profesional con todas las mujeres que trabajan para mí.

Grace apoyó su frente en la ventana a su lado mientras despegábamos, examinando el paisaje bajo nosotros. Una vez que el avión se niveló, Josephine reapareció y tomó nuestras órdenes de bebida.

Mientras se encargaba de las bebidas, Grace y yo charlamos. Podíamos mantener una conversación viva sin dificultad, realmente sin discutir nada en particular. Cuanto más hablábamos, más animada se ponía y yo la encontraba más irresistible.

—Sus cafés —Josephine interrumpió amablemente, poniendo dos tazas en la mesa que había entre nosotros.

—Gracias, eso es todo por ahora.

Ya estaba un poco exaltado por todo el café que había bebido en el día, pero me llevé la taza a los labios de todos modos, mientras sostenía mi mirada en Grace.

Todavía llevaba puesta su ropa de trabajo y pude notar el volumen de sus tetas a través de la fina tela de su blusa. Inmediatamente me imaginé arrancándole el uniforme y el pene se me sacudió dentro de los pantalones. Eso era peligroso.

—Lo siento mucho, tengo que trabajar un poco antes de mi reunión de esta tarde.

Necesitaba de la distracción para mantener la cordura.

—Está bien, no me molesta.

—Hay Wi-Fi.

—Oh, wow, no sabía que se podía hacer eso en los aviones.

Sacó el teléfono de su bolso y empezó a tocar la pantalla.

Tomé mi laptop del compartimiento debajo de mi asiento, la coloqué en la mesa frente a mí. Al levantar la tapa, lamenté la pared artificial que se había creado entre nosotros.

Ella estaba ocupada con su teléfono, así que me concentré en mi trabajo. Esa tarde me reuniría con mis cinco principales ejecutivos para discutir la posible adquisición de una empresa de juguetes de alta tecnología.

Ninguno de ellos sabía lo mucho que quería vender la compañía, o cómo estaba en contra de los juguetes de alta tecnología. Pero tenía que seguir con la fachada de ser un propietario que se preocupaba por su negocio.

Y lo hacía. Me importaban los juguetes de alta calidad que producíamos y la alegría que aportaban a la vida de los niños.

Si el mundo moderno quería juguetes de alta tecnología, yo no sería capaz de hacer cambiar de opinión a nadie. Son los niños los que salen perdiendo después de todo, pero al menos no son mis hijos.

Intenté concentrarme completamente en los materiales para mi reunión de la tarde durante la mayor parte del vuelo.

Josephine nos traía bebidas y bocadillos regularmente, mientras Grace y yo charlábamos durante las interrupciones. Nuestras conversaciones eran increíblemente cómodas, como si ella realmente perteneciera a ese lugar, como si siempre hubiera estado allí.

Enfoqué mi energía de nuevo en mi trabajo. Una parte de mí sabía que si no quitaba mi atención de ella, terminaría cogiéndomela ahí mismo en el avión. Eso estaría bien, pero debía recordar que aún era virgen.

Merecía algo mejor que perder la virginidad por sexo frenético en un avión donde los pilotos y la azafata escucharían todo. Además, no tenía una cama adecuada, sólo asientos reclinables.

No, se merecía algo mejor.

Abrí mi correo electrónico y un mensaje de Laura, mi asistente, inmediatamente llamó mi atención. La línea de asunto decía: *Tu hermano*. Hice clic en él y era un correo electrónico

reenviado de mi abogado.

«He examinado las instrucciones de tu padre en profundidad. Están acorazados. La única manera de anular los deseos de tu hermano, es demostrando que es mentalmente incapaz de tomar sus propias decisiones».

Mis hombros se desplomaron mientras leía las palabras. El resto del mensaje describía un poco las situaciones en las que esto podía ocurrir. Escudriñé las palabras con detenimiento.

El último párrafo nuevamente llama mi atención.

«Sin embargo, existe otra opción potencial. Como usted sabe, el fideicomiso estipula que todos los hijos de Alexander Newbury tienen el mismo control sobre la compañía. Pero por el bien de la confianza, hijos significa: hijos y nietos. Si tuvieras un hijo tendría un tercio de participación en la compañía. Lo que significa que tu parte y la de tu hermano se reducirían a un tercio.

Puesto que usted sería la persona que tomaría las decisiones legales para su hijo menor de edad, tendría dos tercios de los votos sobre las decisiones relativas a la compañía».

Mi mente se trasladó inmediatamente a mi ex esposa, Nadia, y a los hijos que nunca tuvimos.

Recostándome en mi asiento, me pregunté brevemente si existiría algún embarazo accidental con alguna de las mujeres con las que me he acostado a lo largo de los años. Eso sería conveniente.

Grace estornudó, y levanté mis ojos enfocándolos en los de ella. Con una sonrisa tímida que iluminó toda su cara, desterré de mi mente la fugaz esperanza que tenía en la idea. Debía buscar la manera de convencer a mi hermano de vender la compañía.

Miré por la ventana al cielo azul que nos rodeaba, intentando dejar mi mente en blanco. Suspiré, y volví a centrar mi atención en los correos electrónicos.

Josephine apareció y trajo a cada uno una botella de agua y un vaso.

—¿Les gustaría a los señores algo para picar?

—Grace, ¿quieres algo? —le pregunté.

—Hemos comido y bebido casi sin parar durante todo el viaje. No creo que me quede espacio para más.

Sus palabras me hicieron pensar inmediatamente en un espacio que me gustaría rellenar de ella. Suprimí una sonrisa y le agradecí a Josephine.

—Como dije antes, tengo que asistir a un evento de etiqueta esta noche, y espero tenerte a mi lado. He arreglado que te lleven a comprar un vestido mientras asisto a esta reunión de la que desafortunadamente no me puedo zafar.

—¿De compras? —preguntó, alzando una ceja.

—Sí, por esa razón te dije que no necesitabas traer equipaje.

—No sé, mis tarjetas de crédito están bastante agotadas.

Dejé escapar una sonrisa ante su comentario.

—No pagarás nada este fin de semana. Yo te traje a Nueva York, así que todo va por mi cuenta.

—Pensé que no te gustaba que las mujeres te usaran por tu dinero.

—Tú no lo pediste, yo lo estoy ofreciendo.

—Es muy amable de su parte, gracias. ¿Vas a pagar también mi habitación de hotel?

—¿Quieres quedarte en un hotel? —pregunté, tratando de ocultar mi decepción.

—¿Dónde más me quedaría?

—Tengo diez habitaciones, puedes elegir la que quieras.

Realmente la quería en mi habitación.

—¿Diez? —exclamó.

—Sí, escoge la que quieras. Eres mi invitada este fin de semana —contemplé la situación y rápidamente agregué—. A menos que prefieras quedarte en un hotel.

—No hace falta, al parecer ya tienes uno.

—Buena decisión —respondí, deseando follármela en cada una de las habitaciones.

Capítulo 14

Grace

Todo era irreal. No podía dejar de pensar en lo loco que había resultado el día mientras me miraba en el espejo de cuerpo entero. Me sentía como una princesa.

Una princesa con un vestido rojo.

Después de llegar a Nueva York, Andrés me dio un rápido recorrido por su apartamento palaciego. Decidí tomar el dormitorio con la mejor vista del Central Park. Y luego se fue corriendo a su reunión.

Fue difícil estar sin él. Especialmente después de la forma en la que apareció en mi trabajo y me llevó en su jet privado, como si estuviera en un cuento de hadas.

El viaje fue increíble, sólo por estar con él. Conversar casualmente se sintió muy natural. Nada era forzado o incómodo, a diferencia de mis anteriores novios.

Pasé la última hora de compras. Seguido de sesiones de manicura, pedicura, peinado y maquillaje. Él lo había arreglado todo. Se disculpó por no incluir el masaje de cuerpo entero, pero no teníamos tiempo para eso.

Debíamos irnos a su evento en unos minutos. Me di una ojeada en el espejo por última vez antes de salir de mi habitación. No podía creer lo increíble que me veía.

El vestido tenía un escote que llegaba hasta mi abdomen y la espalda también era descubierta, por lo que no podía llevar sujetador. Algo que nunca había hecho antes, dado el tamaño de mis senos. Pero para mi sorpresa, el caro vestido tenía suficiente soporte incorporado. Desde la pubertad, he sido dolorosamente consciente de mi tamaño y siempre me he sentido incómoda al respecto. Si uso tops normales, termino pareciendo una tonta. Pero si uso tops sueltos, termino viéndome gorda. Nunca gané esa pelea.

El escote pronunciado de alguna manera me hacía ver con clase. Como si estuviera a punto de posar en la alfombra roja de los Premios Óscar. También tenía una abertura alta que llegaba hasta la parte superior de mi muslo. Me di la vuelta y miré por encima del hombro hacia el espejo, la típica pose de espaldas que hacían las famosas.

Maldición, los tacones de Louboutin realmente hacían que mi trasero se viera firme, y la tela lo cubría de la manera más halagadora. Por primera vez parecía estar perfectamente proporcionado con el resto de mi cuerpo. En realidad estaba agradecida por la carne en mis huesos.

Kate estaría orgullosa.

Me tomé una foto frente al espejo con mi teléfono y se la envié rápidamente. El teléfono sonó enseguida.

—Maldita chica, te follaría ahora mismo si estuvieras aquí —gritó antes de tener la oportunidad de saludar.

—No puedo creer cómo me veo —el asombro era evidente en mi voz.

—Siempre supe que te verías genial con un escote así. Gloria se pondrá feliz cuando le muestre la foto. Ha estado en las nubes todo el día por tu culpa.

—Dios, ¿en serio?

—Sí, incluso tuvimos una gran reunión durante la cual nos dijo que la compañía casi no tenía dinero. Y que había planeado pedirle a todo el mundo que aceptara un recorte de sueldo, o incluso que trabajara gratis a cambio de acciones. Pero ahora espero que no sea necesario después de que pases el fin de semana con Andrés.

—¿Quiere que trabajemos gratis?

—Dijo que no ve otra elección, necesitamos el resto del dinero para marketing. Luego nos pagaría con acciones, y que cuando Mini Motivations sea un éxito masivo, todos tendremos mucho más dinero del que recibíamos por salario. Pero eso es irrelevante, porque cuando él te vea con ese vestido nos dará lo que necesitamos.

—¿Qué crees que hablaron en la sala de reuniones esta mañana?

—No lo sé. Sólo estuvieron ahí durante cinco o diez minutos.

—¿Crees que hablaron de mí?

—Obviamente. Viste que Gloria te subió los pulgares cuando Andrés te pidió que lo acompañaras a almorzar. Desde que te fuiste, ha estado caminando de un lado a otro como loca.

Me miré al espejo otra vez. De alguna manera el vestido rojo ahora parecía mucho más apropiado para la ocasión, claramente estaba siendo usada como prostituta.

—Me siento como una puta.

—¿A quién le importa? Estás ahí para ti. Andrés es tan sexy que estarías loca si no te diviertes un poco y pierdes tu virginidad con él. Dios, no puedo creer que sigas siendo virgen a los 23 años. Necesitas arreglar eso y descubrir lo que te estás perdiendo.

—Pero me siento como una puta.

—Relájate y diviértete un poco. Mírate, te ves increíble. Mejor que cualquier estrella de cine. Has viajado en un jet privado con el hombre más sexy que ha caminado por la Tierra. Uno que de paso resulta ser multimillonario. ¿Qué es lo que te preocupa exactamente?

Recordé la forma en que mi cuerpo reaccionó cuando él me besó. Mi interior se derritió y se mantuvo así durante todo el viaje. El sólo hecho de estar a su lado me hacía anhelar su toque. Quería más de eso.

Cuando me tocó en el armario, tuve el orgasmo más intenso de mi vida. No podía imaginar lo bien que me haría sentir si le permitiera llegar más lejos.

—Vale, tienes razón. Estoy aquí por mí. Cualquier otra cosa, cualquier otro arreglo que puedan tener sobre mí, es puramente incidental.

—Esa es la actitud correcta. Ahora vete y disfruta.

Terminamos la llamada y me miré fijamente en el espejo por última vez, recapturando la mayor parte de la inseguridad que antes tenía.

Tomé el nuevo bolso de mano, abrí la puerta del dormitorio y salí al pasillo, abriéndome camino a través del vasto apartamento. No era en absoluto lo que esperaba. La decoración interior era moderna y minimalista. Casi como si estuviera sacado de las páginas de una revista de diseño escandinavo.

Llegué a la escalera con mis tacones asesinos, y me agarré a la barandilla mientras descendía por los escalones de madera pálida. Lo último que quería era caerme y rodar por ellas. Suficiente vergüenza pasé cuando me tiré su pierna mientras soñaba.

Lo único que se escuchaba en todo el lugar era el clic de mis tacones contra el suelo. El apartamento tenía gran pasillo central, con las habitaciones unas al lado de la otra. Todas con un toque minimalista. Sin embargo, los pocos muebles y las obras de arte que complementaban el estilo, eran claramente costosos, pero sin mucho lujo. No había estatuas ni decoraciones innecesarias. Sólo tenía lo necesario.

Me detuve en medio de una habitación frente a una estantería repleta de libros. Me acerqué un poco más, para poder leer los títulos, cuando la voz de Andrés llamó mi atención.

—¿Has sabido algo de Laura?

Estaba de pie en la puerta, con su esmoquin y sosteniendo el teléfono en su oreja cuando de repente se quedó inmóvil, mirándome fijamente. Mi estómago comenzó a hormiguear apenas lo vi. Parecía ponerse más sexy cada vez que lo veía. Un esmoquin siempre hacía maravillas con la sensualidad de un hombre.

Una voz apagada sonó en el teléfono. Cortó la llamada golpeando la pantalla con el pulgar y lo guardó el bolsillo sin quitarme los ojos de encima.

—Estás impresionante.

—Gracias por todo. Por el vestido y los mimos.

—Es un placer, me alegro que lo hayas disfrutado.

—Fue una tarde divertida —le mostré una sonrisa.

—Tengo una cosa más para ti.

Se movió a través de la habitación. Cuanto más se acercaba a mí, más hormigueos invadían mi cuerpo. Se extendían hasta las piernas y por un momento me preocupaba que se me doblaran las rodillas. Se detuvo frente a mí, a unos pocos centímetros de distancia, provocando que toda la humedad de mi cuerpo se precipitara hacia mi centro.

Despreocupadamente sacó algo brillante del bolsillo interior de su chaqueta. La sostuvo entre nosotros y la dejó colgar de la punta de sus dedos. Era un collar de gota que brillaba de una manera que sólo los diamantes reales lo hacen. Una fila vertical de seis o siete joyas grandes se apilaba una encima de la otra.

—No puedo aceptar esto.

—Insisto —lo colocó alrededor de mi cuello y cerró el broche.

Incliné mi cabeza para mirarlo y el último diamante quedaba justo en el centro de mi escote. Decidí tomarlo prestado para lucirlo durante la noche, complementaba mi asombrosa apariencia de estrella de cine.

—Tenemos que irnos. Desafortunadamente.

Capítulo 15

Andrés

—Damas y caballeros, una vez más queremos agradecerles a todos por su apoyo a la Fundación Bannerman. Vamos a abrir la pista de baile ahora, pero esperamos que sus donaciones sigan llegando durante toda la noche.

Una banda de swing comenzó a tocar la primera canción mientras la multitud aplaudía a Darcy Bannerman, por todo el trabajo que hacía para la Fundación.

Toda la noche, había mantenido mis manos lejos de Grace. Por mucho que deseara estar con ella, no quería que asociara esta noche con el primer evento al que asistimos.

Esa noche hice muchos comentarios lascivos y dejé que mis manos vagaran, algo de lo que siempre me arrepentiré. Pero ahora quería demostrarle lo diferente que la veía. Que asociarla con una acompañante fue una gran equivocación. No podría verla más que con mi mayor respeto.

La banda comenzó a tocar Moonlight Serenade, y era mi oportunidad para tenerla en mis brazos.

—¿Bailamos? —le extendí mi mano.

Una sonrisa tímida apareció en su cara, y tomó mi mano. La llevé a la pista de baile y la sostuve de la cintura mientras ella rodeó mi cuello con sus brazos. Comenzamos a balancearnos como si estuviéramos en una vieja película de la Segunda Guerra Mundial, con Grace siendo más hermosa que Rita Hayworth o Betty Grable.

Era consciente de la gran cantidad de gente que nos observaba. Ya nos habían tomado fotos para numerosas revistas de sociedad. Yo era el famoso multimillonario, pero ella tenía la atención de todos. Era exactamente el tipo de persona que les gustaba tener en sus páginas. La mujer más bella de la noche.

—No puedo dejar de decirte lo hermosa que eres —le susurré al oído.

—Gracias.

—No me refiero sólo a cómo te ves esta noche. Aunque para ser honesto, nunca he visto a nadie que se vea tan bien como tú en persona. Quiero decir, que todo en ti es hermoso. Por dentro y por fuera.

Sus mejillas inmediatamente se sonrojaron y miró hacia otro lado. La acerqué aún más, presionando su cuerpo contra el mío. Inhalando su dulce aroma, cerré los ojos y apoyé mi cabeza en la suya.

Todo lo que pasaba por mi mente era lo que quería hacerle cuando regresáramos al

apartamento. Quería que esa noche fuera mágica para ella. Una que apreciara para siempre.

La canción terminó, naturalmente rompimos nuestro agarre y caminamos de regreso a nuestra mesa. Aunque realmente lo que quería era llevarla directamente a mi cama.

Cuando nos abrimos camino a través de las mesas, nos encontramos con otro hombre de negocios que conocía, el multimillonario Colt Pedersen. Había hecho su fortuna en el comercio de divisas, pero nuestro afán por las mujeres sin nombre nos unió como amigos.

—Mierda, ¿dónde carajo la encontraste, amigo? Parece irreal. Es preciosa. Tienes que darme el nombre de la agencia —dijo Colt, sin importarle que Grace pudiera oírlo.

Rápidamente la solté y le di vuelta a Colt. De espaldas a ella, lo hice callar duramente.

—Ella es mi cita.

—¿Cita? ¿Desde cuándo sales con alguien?

—Desde que la encontré.

Colt miró por encima de su hombro, y sin vergüenza la examinó de pies a cabeza.

—Hombre afortunado —sonrió, dándome palmaditas en la espalda.

Le hice un gesto con la cabeza y volví con Grace, convencido de que ya había tenido suficiente del baile benéfico.

—Salgamos de aquí antes de que nos encierren en un armario.

Sonrió y se encogió un poco de hombros.

—Fue divertido estar atrapados. Me divertí mucho.

—Yo también, pero nos divertiremos aún más en mi habitación —le guiñé un ojo.

Por primera vez, cubrí sus hombros con mi brazo mientras caminábamos y con sólo sentir su piel mi pene se puso duro nuevamente.

Sin duda enloquecía todo mi cuerpo.

El chofer ya nos esperaba en el Maybach azul. Abrí la puerta trasera para ella antes de dar la vuelta al auto y entrar a su lado. La abertura en su vestido revelaba su pierna casi hasta la mitad de su muslo. Me estaba volviendo loco.

Grace me miró, con sus ojos brillantes y me sonrió. Se deslizó por el asiento hasta quedar apretada contra mí. El movimiento expuso aún más sus largas y bien formadas piernas, las mismas que necesitaba envolver alrededor de mi cintura y mi cuello.

—Eso fue divertido —dijo ella, sacándome de mis pensamientos.

—Definitivamente ha sido lo más divertido que he tenido en uno de estos eventos.

—El baile fue lo mejor.

—Podríamos habernos quedado más tiempo y bailar más, si quisieras.

—No sé si pueda bailar mucho más tiempo con estos zapatos. Los tacones son muy altos, y aún no me acostumbro a ellos. Me duelen los pies.

Levantó la pierna en el espacioso asiento trasero, mostrándome la altura de sus nuevos Louboutin. Cuando bajaba el pie de nuevo, lo agarré, me incliné hacia adelante y le quite el zapato para darle un masaje.

Gimió en aprobación.

—Tal vez debí haberme quedado en el otro lado del asiento, de esa manera podrías haberme frotado ambos pies.

—Tonterías.

Solté su pie, y dejé que mis manos viajaran sobre su pantorrilla y muslo, masajeando a medida que avanzaba. Cuando llegué a la parte superior de su pierna, noté que me miraba atentamente, con los labios ligeramente abiertos.

Giré mi cuerpo y me incliné hacia ella, presionando mi boca sobre la suya. Sabía tan bien como se veía. Su lengua giraba deseosa alrededor de la mía, incapaz de resistirme, lleve mi mano hasta sus bragas. Deslicé el dedo medio por debajo del borde, rozando sus labios húmedos.

Soltó un gemido en mi boca, y separó sus piernas aún más. Dejé que mi dedo penetrara más entre sus pliegues. Mi pene estaba totalmente erecto y listo, pero el tráfico de Manhattan no me ayudaba. Me urgía estar con ella en mi cama.

Rodeé su entrada con la punta de mi dedo, sumergiéndome en ella una o dos veces sólo para excitarla aún más.

—Estamos en casa, señor —indicó el chofer, parando frente a mi edificio.

Finalmente rompimos nuestro beso.

—Tu zapato, Cenicienta —lo tomé del suelo y lo deslicé sobre su pie.

—Gracias, príncipe azul.

El chofer nos abrió la puerta y salí primero. Alcancé luego su mano para sostenerla mientras salía del auto. Una vez más admiré lo hermosa que se veía en ese vestido. Parecía casi un delito quitárselo.

Pero moría por hacerlo.

Capítulo 16

Grace

Entramos en el ascensor del edificio y en cuanto las puertas se cerraron, Andrés me rodeo con sus brazos. Sus manos viajaban sobre mi espalda con una delicadeza que me encantaba.

Toda la noche fue perfecta. Todo en él era perfecto. A diferencia del primer evento al que fuimos juntos, esta vez había sido todo un caballero. Simplemente perfecto.

En mi vestido, con él a mi lado, me sentía como una princesa. O una estrella de cine. Y con sus brazos a mi alrededor, sentía que estaba ardiendo. Como si mis entrañas estuvieran en llamas.

Me mordisqueó el cuello, sacándome de mis pensamientos, mientras sus manos bajaban por la curva de mi cintura y se asentaban en mis caderas. Corrientes eléctricas parecían viajar entre su boca, sus manos y mi vagina. Ninguno de los dos había dicho una sola palabra desde que dejamos el auto. Nuestros cuerpos hablaban por nosotros. La puerta del ascensor se abrió y salimos al pasillo.

Entramos en su apartamento, con las manos imposibles de mantener alejadas uno del otro. Le aflojé la corbata de lazo y comencé a abrir los botones de su camisa. Todavía no había visto bien su cuerpo desnudo.

Él deslizó sus dedos entre las tiras de mi vestido y la piel de mis hombros, comenzó a deslizarlas pero se detuvo abruptamente.

—Desvístete para mí. Quiero mirarte, Gracie —llevó las tiras nuevamente a su sitio y se alejó de mí.

Nunca me habían llamado de esa manera, y mis entrañas revolotearon con ese nombre. Retrocedió tres o cuatro pasos hasta el sofá y se sentó. Sus ojos paseaban sobre mí, de pies a cabeza. No estaba segura de lo que tenía hacer, así que di una vuelta frente a él, girando lentamente.

Cuando lo miré nuevamente, sus ojos me veían con hambre. El deseo me atravesaba, pero los nervios me controlaban. La torpeza se apoderó de mi postura, haciéndome perder algo de mi confianza anterior.

Me encogí de hombros frente a él. Apartó sus ojos de mí y frotó el espacio del sofá a su lado. En el momento en que me senté a su lado, llevó una mano a la parte de atrás de mi cabeza y presionó su boca contra la mía. La electricidad de su tacto se mezcló con mis nervios.

Una vez más intenté deshacer sus botones, pero nuestros cuerpos estaban demasiado pegados para tener mucho éxito. Rindiéndome, pasé mis manos por encima de sus piernas y los músculos de sus muslos eran evidentes incluso a través de sus pantalones.

Cuando alcancé sus caderas y estuve a punto de sentir su pene erecto, se puso de pie.

—Vamos arriba.

Los nervios hicieron erupción dentro de mí.

Tomó mi mano y me llevó a la base de la escalera. Con mi mano libre levanté mi vestido para no tropezarme mientras subíamos. Con cada paso que daba me ponía más y más nerviosa, formando un ligero temblor en mis manos. Andrés lo percibió, así que me agarró más fuerte.

Me llevó por el pasillo, pasamos frente a la puerta de su propia habitación y seguimos el camino. Cuando llegamos a la habitación en la que me estaba quedando, abrió la puerta y me hizo un gesto para que entrara primero.

Mi corazón latía con fuerza cuando entré. Mi mandíbula casi se me desprende ante la sorpresa. Cada superficie plana de la habitación estaba cubierta de velas encendidas. En su luz parpadeante, podía ver que la cama estaba llena con pétalos de rosa. Música clásica que reconocí como Bach sonaba suavemente. Todo parecía tan perfecto. Tan escenificado.

Demasiado escenificado.

Traté de tragar, pero mi garganta estaba demasiado seca. Recordé las palabras de Kate, tenía que relajarme y divertirme, a nadie le importaba todo lo demás. Respiré profundamente y traté de hacerlo. Pero por supuesto, siempre es más fácil decirlo que hacerlo.

Pensar en Kate inmediatamente me hizo pensar en Gloria. ¿Qué hablaría con él en la sala de reuniones? ¿Realmente llegaron a un acuerdo? ¿Un intercambio por mi virginidad?

—Quería que todo fuera perfecto para ti —presionó su cuerpo detrás del mío, el aliento de sus palabras me hacía cosquillas en el cuello.

—Gracias.

—No te pongas nerviosa —me susurró al oído.

Con sus manos sobre mis caderas, me giró frente a él. Nuestras caras casi se tocaban y ambos nos miramos fijamente a los ojos. Soltó mi cabello y lo dejó caer sobre mis hombros. Inmediatamente las comisuras de su boca se ondularon en una sonrisa.

—Eres tan hermosa que parece irreal.

La palabra irreal me golpeó en el pecho. Era la misma palabra que había usado otro hombre en el baile de beneficencia, justo cuando le preguntó a Andrés de qué agencia me había sacado. Claramente para todos yo era una acompañante más.

Se acercó, rozando sus labios contra mi mejilla antes de besarme en el cuello. Las corrientes de electricidad que me provocaba aumentaban mis nervios. Traté de mantener las palabras de Kate en mi mente, y de no pensar que estaba a punto de perder mi virginidad por el beneficio de

otra persona. Tenía que relajarme y divertirme.

Esta sería una experiencia increíble que recordaría para siempre. Y definitivamente se había dedicado en hacerlo memorable, con todas las velas, los pétalos de rosa y la música, era mágico.

Pero iba a recordarlo por todas las razones equivocadas. Cuanto más intentaba callar mis pensamientos, más fuerte volvía la voz de Gloria a mi cabeza. La imagen de ella dándome los pulgares hacia arriba era todo lo que podía ver.

Mi mente giraba cada vez más rápido. Alternando entre Gloria y el hombre del baile. Ambos me veían como una prostituta.

En seguida comencé a sentir unas náuseas muy intensas. No podía continuar con eso.

—Lo siento —me aparté de él.

—¿Qué pasa?

—No puedo hacer esto.

No había esperado tanto tiempo, ni había alejado a tantos novios para terminar perdiendo mi virginidad de esa manera.

Andrés retrocedió, con los ojos bien abiertos. La luz de las velas parpadea a través de ellos, cambiando su apariencia de conmocionado a triste en un solo segundo.

—¿Por qué?

—No estoy lista. Lo siento.

Sentía que debía discúlpame con él. Después de todo, me había comprado un vestido hermoso con un collar de diamantes y me había cruzado por todo el país. Y así era como le pagaba. Pero no podía hacerlo. No podía prostituirme así a sabiendas.

Lo miré a los ojos con renovada confianza.

—Debería irme a un hotel.

Me observó, inmóvil, mientras agarraba mi maleta y salía de la habitación.

Capítulo 17

Andrés

Ver a Grace abandonándome fue una de las cosas más difíciles que he experimentado. Tenía un efecto loco en mí que no entendía del todo. Nunca había sentido nada igual, ni siquiera por mi ex-esposa.

Todo sobre ella era nuevo para mí. La forma en cómo me hacía sentir cuando me miraba. La dulzura de sus ojos cuando sonreía. La manera de hacerme reír sin siquiera decir nada.

Y como me provocaba una erección sin apenas tocarme.

Después de que se fue, pasé mucho tiempo tomando una ducha helada, tratando de despejar mi mente. Después de un trago de whisky, me las arreglé para dormir un poco. Al menos por unas horas.

A las cinco de la mañana ya estaba despierto, la noche se había hecho eterna y los pensamientos seguían girando en mi cabeza. ¿Qué salió mal? Me preguntaba si los comentarios de Colt tuvieron algo que ver con su reacción, no se me ocurría otra razón. Claramente me deseaba, la respuesta de su cuerpo a mi tacto me lo decía.

Eran las ocho y media, y ya había esperado demasiado. Necesitaba verla. Mi ama de llaves la había instalado en una suite del Hotel The Plaza. Ahora tenía que ir a buscarla.

Después de tirar de un par de jeans negros y ponerme una camiseta negra, recogí uno de los ramos de rosas extra de anoche, lo miré y lo volví a dejar en el suelo. Tenía que evitar molestarla otra vez.

Caminé por el gran vestíbulo del hotel, y subí en el ascensor a donde estaba su suite.

—Servicio de habitaciones —dije, llamando a la puerta.

Ella no contestó, así que golpeé de nuevo, más fuerte esta vez.

—No pedí el desayuno —respondió al otro lado.

—Grace, abre la puerta, por favor.

Abrió y ahí estaba ella. Sus ojos estaban rojos e hinchados. Claramente había pasado gran parte de la noche llorando. Pasé a su lado y entré a la habitación. La suite azul con adornos dorados era todo lo opuesto a mi apartamento.

—Tenemos que hablar —le dije, sin mirarla.

—No tenemos nada que hablar. Simplemente decidí que no quería ser tu puta.

Sus palabras fueron un puñetazo directo en el estómago, lo suficientemente fuerte como para dejarme sin aliento.

—¿Eso es lo que piensas? —me mantuve de espaldas a ella. No podía mirarla.

—Puedo ser virgen, pero no soy estúpida.

—¿Por qué te tomaría por estúpida? Eres una mujer increíblemente inteligente —me giré para enfrentarla.

Mis ojos viajaron sobre su cuerpo. Llevaba una camiseta larga y bragas, pero su cabello aún conservaba el glamour de anoche. Por un momento perdí el aliento de nuevo al verla.

Cerró la puerta y se alejó.

—Confía en mí, lo último que eres para mí es una prostituta. Nunca en mi vida había llegado tan lejos para tener una cita. Sin embargo, de alguna manera me las arreglé para arruinarlo.

—¿Pero qué hay de Gloria?

—¿Gloria? ¿Qué pasa con ella?

—Ella le dijo a todos en la oficina que nos vas a licenciar con tu marca y salvar la compañía porque yo vendría a Nueva York contigo.

La ira me atravesó de pies a cabeza. Respiré profundamente y me acerqué a Grace, tomé su mano y la llevé al sofá.

—Gloria es una maldita idiota. Nunca invertiría en su compañía. Nunca. Especialmente por la forma en cómo te envió al vestíbulo de mi hotel. Si no estuviera tan agradecido por conocerte, la habría mandado a la mierda ayer.

—Bueno, ella anda por ahí diciéndole a todo el mundo que es un trato cerrado.

—Está delirando.

—Eres nuestra única esperanza para salvar la compañía.

Como si pudiera salvarse. Apreté los labios y sacudí la cabeza, sin saber por dónde ni cómo empezar a explicarle la situación.

—Lo siento, Grace. Realmente lo siento, pero no puedo hacer esa inversión.

Se quedó en total silencio, parecía ausente. Probablemente se preguntaba qué pasaría con su trabajo. Me pesaba el hecho de que lo perdiera, pero me ocuparía de ella. Si todo resultaba bien, no tendría que preocuparse por eso.

—Pero por qué...

—¿Por qué, qué?

Ella suspiró.

—¿Por qué usas acompañantes? No lo entiendo.

Me miró fijamente a la cara, como examinándome. Y me di cuenta en ese instante de lo mucho que significaba para mí. Que todas las emociones que me hacía sentir se debían a lo especial que era.

Me recosté en el sofá e inhalé profundamente.

—Todo lo que siempre quise cuando era joven era un matrimonio feliz y niños. Soy fabricante de juguetes. Me encantan los niños —hice una pausa y luego continué—. Conocí a alguien que pensé que era el amor de mi vida. Se llamaba Nadia y nos casamos.

Volví a hacer una pausa, pero esta vez ella se acercó y tomó mi mano. La delicadeza de su tacto me relajó.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—En nuestra noche de bodas me dijo que no sentía nada por mí y que nunca iba a tener hijos. Todo lo que esperaba era que yo le diera un estilo de vida lujoso.

Jadeó, cubriéndose la boca con la mano.

—Eso es terrible.

—En los meses que me tomó pasar por el divorcio, decidí que jamás dejaría que eso me sucediera de nuevo. Y la forma más segura de hacerlo era contratando acompañantes. Las mujeres sólo me quieren por mi dinero, así que es mejor salir con alguien a quién le pague por adelantado.

—No me interesa tu dinero, sólo tú —dijo, con voz suave.

—Lo que siento por ti nunca lo he sentido por nadie, ni siquiera por Nadia cuando pensaba que estaba enamorado de ella.

Se acercó un poco más a mí, hasta que nuestras piernas se tocaron.

—Yo tampoco he sentido esto por nadie más. Mis amigas siempre pensaron que era rara o estúpida por esperar al tipo adecuado.

Sin pensarlo, me incliné hacia ella y besé sus dulces labios, mientras con mi mano acariciaba la piel desnuda de su muslo. Mi pene se puso rígido en cuestión de segundos. Era más que atracción, más que una simple necesidad. Algo desconocido para mí.

Lentamente la recosté en el sofá, colocando mi cuerpo sobre ella. Mis manos viajaron hasta sus senos, lo que hizo que mi erección estuviera a punto de estallar el botón de mis jeans.

Subí su camiseta para poder acceder a ellos. Mi lengua viajó hasta sus pezones, envolviéndolos, chupándolos. Estaban tan duros como mi pene. Podría pasar todo el día con mi cara enterrada en sus grandes tetas. Pero por alguna razón, todo lo que quería hacer era que se sintiera bien.

Bajé lentamente por su abdomen, rozando con mi lengua su piel desnuda hasta el borde de sus bragas. Suavemente, las deslicé por sus piernas hasta deshacerme de ellas.

Su sexo ahora estaba expuesto ante mí. Besé el borde de su montículo para luego lamer sus pliegues. Su sabor era mejor de lo que había imaginado. Con mis dedos, abrí sus labios, exponiendo su clítoris al aire.

Capítulo 18

Grace

Su lengua rodeó mi clítoris, llevándome a un nivel de placer inexplicable. No podía creerlo cuando apareció en mi puerta. Después de la forma en cómo me fui de su apartamento, pensé que todo entre nosotros se había arruinado.

Me tomó hasta las tres de la mañana dejar de odiarme. Y luego una hora más en dejar de odiar a Gloria. Aunque todavía la odiaba. No me importa si su estúpida compañía se iba a la quiebra o si perdía mi trabajo. No quería volver a sentirme como ella me hizo sentir.

En lo único que podía pensar ahora era en disfrutar lo que Andrés me hacía. Su ritmo se hizo más frenético. Chupaba mi clítoris mientras hacía círculos alrededor él con su lengua.

Mi vagina lo necesitaba, estaba desesperada por dejarlo entrar. Por entregarme a él.

Presionó su lengua contra mi clítoris, llevando mi cuerpo al límite. Un gemido agudo e involuntario salió de mi garganta. Necesitando algo que agarrar, clavé mis dedos en su cabello.

Deslizó sus dedos por la parte interior de mi muslo y con la punta de su dedo índice rodeó mi entrada, estirándola.

Inclinó mis caderas y empujó su dedo dentro de mí, moviéndolo alrededor y contra mis paredes. Presionando sobre mi punto más sensible. En segundos, toda la tensión de mi cuerpo se transformó en olas de placer. Los gemidos escapaban de mi boca con cada empuje de su mano. Nunca lo hacía, pero ahora no podía parar.

Él tampoco se detuvo. Su dedo y su boca me arrastraron conjuntamente a la liberación que tanto anhelaba, y un orgasmo intenso recorrió todo mi cuerpo.

Comenzó a subir, besándome de nuevo el abdomen hasta alcanzar mis senos, mientras mis entrañas se agitaban con el calor una vez más.

Su boca llegó a la mía y mi sabor en sus labios me excitó mucho más. Arqueé la espalda, presionando su erección contra mi montículo, aumentando el calor entre mis piernas.

El orgasmo que acababa de tener lo olvidé rápidamente a medida que mi cuerpo pedía más.

—No te detengas.

—No lo haré —susurró a mi oído.

—Quiero sentirte dentro de mí.

—No vine aquí pensando que esto iba a pasar.

—Ahora mismo, no me importa por qué viniste. Sólo me alegro de que lo hicieras.

—Quiero decir, no podemos ir más allá. No traje ninguna protección.

Mi cuerpo se hundió en decepción. Pero inmediatamente recordé los condones que había tomado de la habitación de Kate, y los tenía en mi maleta.

—Tengo unos —dije, tratando de sentarme.

Sus ojos se abrieron de par en par con sorpresa.

—¿En serio?

—Están en mi maleta en el dormitorio.

Se levantó del sofá, tomando mi mano para levantarme.

—¿Estás segura? —preguntó, acariciándome la espalda con los dedos.

—Mucho.

Con mi mano en la suya, nos apresuramos a entrar al dormitorio. La cama seguía estando a medio hacer, ya que apenas pude dormir un poco en toda la noche. La lujosa cama estaba cubierta de almohadas y cojines, amontonados en el lado en el que no dormí.

Solté su mano para buscar los condones en mi maleta. Andrés se quitó la ropa, mientras yo tanteaba ciegamente entre mis cosas, ya que no podía apartar los ojos de su cuerpo.

Se paró ante mí totalmente desnudo y erguido.

Mierda.

Su cuerpo era tan perfecto como una estatua de mármol. Cada línea de sus músculos pedía ser delineada por mi dedo. Su pene era enorme, y al verlo los nervios me invadieron. Me preguntaba cuanto me dolería, o si podría entrar en mí.

Cerró la distancia entre nosotros. Me quitó la camiseta y la dejó caer al suelo. Dio un paso atrás para verme desnuda, mirándome de arriba hacia abajo por todo mi cuerpo.

—Eres aún más hermosa sin ese vestido rojo.

—Podría decir lo mismo de ti y de tu esmoquin.

Nuestras miradas se conectaron y una nueva ráfaga de hormigueo me llenó.

Se inclinó, dándome un beso profundo. Su lengua entraba en mí, haciendo que mi vagina se humedeciera en anticipación a lo que venía. Me llevó de espaldas hasta la cama, besándonos y presionando nuestros cuerpos desnudos juntos.

Deslizó su mano por mi espalda hasta la curva de mi trasero. Se inclinó un poco, explorando con sus dedos hasta encontrar mi entrada. Suavemente, me hundió dos de ellos, estirando mi centro resbaladizo.

—Deberías ir arriba. No quiero hacerte daño. Así puedes bajar tan despacio como necesites. Confía en mí, no podré controlarme una vez que esté dentro de ti.

Antes de que pudiera responderle, se acostó en la cama, apoyándose en todas las almohadas y adoptando una posición medio sentada. Vi cómo extendía el condón sobre su miembro, y sorprendentemente, no me sentía tan nerviosa como al principio.

—Ven. Súbete —ordenó, tomando mi mano.

Subí a la cama, a horcajadas sobre él, con su pene duro entre nuestros cuerpos. Inclinó mi cuerpo hacia adelante, levantando mis caderas. Movié su miembro a través de mis labios, y colocó su punta en mi húmeda entrada.

—Tranquila, ve despacio. No te hagas daño —indicó, manteniendo mis caderas en su lugar.

Poco a poco me dejé caer en peso sobre su pene, y a medida que entraba, una punzada dolorosa recorría mi vientre. Sentía como si me estuvieran estirando. No se parecía en nada a ningún vibrador que hubiera usado antes. Su pene se sentía tan grande, lleno y cálido. Era divino, y lo quería todo dentro de mí.

Me empujé hacia arriba y abajo a lo largo de su miembro, acostumbrándome gradualmente al tamaño hasta que mi clítoris se conectó con su hueso pélvico. Ahora estaba completamente dentro de mí y era increíble.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Mejor que nunca.

Una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios, y empezó a empujar sus caderas hacia mí.

La sensación me quitó el aliento.

Comencé a rebotar sobre él tanto como podía. Había una fina línea entre el dolor y el placer, pero extrañamente, era la mejor sensación que había experimentado en toda mi vida.

Capítulo 19

Andrés

Estaba encantado con el rebote de sus tetas frente a mi cara. El collar de diamantes que le había dado se balanceaba entre ellos. Era un alivio que aún lo llevara puesto, como una señal de que era mía.

No podía creer lo rápido que se bajó sobre mí, forzando mi pene a entrar en ella. No estaba seguro de que pudiera hacerlo, pero ahí la tenía, montándome como nunca antes lo habían hecho.

Envuelto en sus estrechas paredes, el intenso hormigueo en mi pene era un aviso de que acabaría pronto, así que me concentré en hacer que el momento se prolongara.

Nuestros ojos se conectaban, mientras empujaba mis caderas debajo de ella. Deslicé mi mano sobre su montículo, encontré su clítoris y lo trabajé, rodeándolo con mis dedos.

Con cada movimiento su cuerpo se tensaba más, y con un gemido agudo que resonó en toda la habitación, Grace alcanzó el orgasmo, desplomándose sobre mí.

Agarré sus caderas y seguí penetrándola atravesando los espasmos de su vagina. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, arrancando un gruñido desde lo profundo de mi garganta a medida que alcanzaba el clímax.

Tumbados, sin aliento, con su cuerpo sobre el mío. Le acaricié el cabello y la espalda mientras nos recuperábamos.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Mejor que bien.

—Perfecto.

—Me alegra que hayas venido esta mañana.

—No podía dejar las cosas como estaban anoche. Tienes que entender lo mucho que significas para mí.

—Creo que lo sé, ahora. Ojalá no me hubiera ido anoche. Fue todo el tema de Gloria, y las acompañantes... la situación no estaba clara.

—Estaba claro para mí, pero ahora puedo ver que no para ti.

—¿Deberíamos volver a tu apartamento?

—En realidad, esto es divertido. Podemos quedarnos un rato más.

Estuvimos en silencio por varios minutos, mientras la sostenía fuerte contra mí.

—Estoy un poco dolorida ahí abajo —su voz era tranquila y tímida.

Realmente había sido un poco fuerte para ser su primera vez.

—Quédate aquí, ya regreso.

Le di un beso rápido en la frente, me levanté de la cama y fui hasta el baño. Tomé una toalla y la remojé con agua tibia. Volviendo al dormitorio, coloqué la tela caliente sobre su montículo.

—Déjala allí por unos minutos.

—Gracias.

—¿Quieres algo más? ¿Ibuprofeno?

—Sí, eso me ayudaría.

Llamé al servicio de habitaciones y solicité analgésicos y desayuno. Nos quedamos tumbados en la cama charlando mientras esperábamos.

Cuando llamaron a la puerta, rápidamente me puse mis pantalones y contesté. El hombre uniformado llevó la bandeja con nuestro desayuno a la mesa del comedor. Le di una generosa propina y agradecido se marchó.

Pronto recordé que tenía que buscar a mi hermano, y maldije ante la idea. Tenía planes de esconderme con Grace en el hotel por un par de días más. Pero la oportunidad de venta con Sun Toys tenía una fecha límite. La única manera de que Joseph aceptara vender era convenciéndolo en persona.

—Nena, ven a desayunar —la llamé, de pie en la puerta del dormitorio.

Con una bata esponjosa se acercó a mí. Nos abrazamos por un momento Dejando que mi cuerpo se calentara ante su cercanía. Ese era su lugar, al que ella pertenecía. A mi lado.

Nos sentamos a la mesa y comimos nuestro banquete. Tocino, huevos, tostadas, croissants y fruta, seguido de café y jugo de naranja.

—Desafortunadamente, tengo que ir a buscar a mi hermano mañana. Ni siquiera estoy seguro de en qué parte del mundo está. Creía que estaba en Australia, pero ayer me enteré que podría estar en la India o Nepal.

Estaba molesto con Joseph, incluso más que antes. Era como si estuviera decidido a arruinar mi vida para poder divertirse con la suya.

—¿Mañana?

—Lamentablemente, sí.

—Supongo que sólo prometiste un fin de semana.

—Nena, cuando termine con mi hermano y venda mi compañía, todo será sobre ti.

—¿Vas a vender tu compañía? —preguntó, con el ceño fruncido.

Asentí.

—Quiero salir de ella.

—¿Hablas en serio?

—Cien por ciento. Ya he tenido suficiente. Quiero libertad para hacer lo que quiera, en vez de tener un trabajo de 60 horas semanales.

—¿Y tú prestigio? Todos en la industria te adoran.

—El prestigio está sobrevalorado. Quiero disfrutar de mi vida mientras pueda.

Y ahora, quería disfrutar de ella, lo que tanto mi hermano como mi trabajo me impedirían hacer.

De alguna manera el desayuno se convirtió en almuerzo, y el almuerzo en cena. Pasamos la mayor parte del día sentados en la mesa, o abrazados en el sofá. La conversación entre ambos fluía fácilmente, y el día terminó transcurriendo demasiado rápido.

Era tarde. Estábamos en la cama, con su cuerpo apretado al mío. Como tantas veces, mi pene estaba rígido, deseando volver a entrar en ella. Pero aún se sentía dolorida, así que me conformé con tenerla cerca.

Me dejé caer en un sueño fácil y reparador. Algo que no había pasado en mucho tiempo. Normalmente, el estrés me mantenía despierto durante la noche, y cuando dormía, el sueño era irregular y lleno de pesadillas.



El viaje de regreso a la Costa Oeste fue sombrío, ninguno de los dos sabía cuándo volveríamos a vernos, pero mi esperanza me decía que sería en una semana.

La fecha límite para convencer a mi hermano egoísta de vender la compañía. Mi corazón estaba apesadumbrado, sabiendo lo difícil que sería esa tarea.

—Hogar dulce hogar —dijo Grace, abriendo la puerta de su apartamento.

—Ojalá pudiera quedarme, pero tengo que volver a subirme a ese estúpido avión e ir a donde sea que se encuentre mi hermano.

—Lo sé. Entiendo —me dio una sonrisa débil.

—No te preocupes. Volveré tan pronto como pueda, y entonces no podrás deshacerte de mí.

La acerqué a mí y le di un beso profundo.

—Que tengas un buen viaje.

Me reí, pensando que sería exactamente lo contrario. Grace entró a su apartamento cerrando la puerta detrás de ella.

Inmediatamente, sonó mi teléfono. Al revisarlo, tenía un mensaje. Era del investigador que había contratado para localizar a mi hermano.

«Joseph está en Bután. ¿Has oído hablar de ese país? Te recomiendo que empaques tus botas de montaña y te olvides del Wi-Fi».

Capítulo 20

Grace

—Justo cuando pensaba que mi vida no podía empeorar —dije, ahogada en llanto.

—Todo saldrá bien —Kate me abrazó.

Estábamos sentadas en nuestro sofá en mitad de la tarde un miércoles. Gloria había dejado que todos se fueran temprano a casa. Justo después de decirnos que la empresa estaba en quiebra, y que todo sucedió porque yo había fallado en mi misión.

Dijo frente a todos que no estaríamos en esa posición si yo hubiera podido convencer a Andrés Newbury para que nos licenciara con su marca el mes pasado. Las palabras de Gloria sonaban una y otra vez en mis oídos. Todo el mundo me miró con desprecio, culpándome de su pérdida de ingresos.

La vergüenza de una prostituta fracasada.

Si tan sólo supieran que mi situación era mucho peor que la de ellos.

Gloria quería que todos siguiéramos trabajando a cambio de acciones. Pero con eso no lograríamos poner comida en nuestra despensa, ni pagar nuestros alquileres.

—¿Cómo puedes decir que todo estará bien? No tengo trabajo remunerado y estoy embarazada —me eché a llorar al decir en voz alta esa última palabra.

Todavía no podía creerlo. Había tenido sexo exactamente una vez en mi vida y estaba embarazada.

—Shhh... calma —Kate me frotaba la espalda mientras yo apoyaba la cabeza en su hombro.

—Sabía que no debía tener sexo. ¿Por qué lo hice? Me mantuve virgen tanto tiempo para que esto no pasara. Todo lo que me importaba era crecer profesionalmente, lograr ser alguien por mí misma, pero aquí estoy, igual que mi madre y mi hermana. Embarazada, sin trabajo y sin rastros del hombre con quien estuve —murmuré entre lágrimas.

—Cariño, no tienes que rendirte. Sabes quién es el padre, él tendrá que pagar la manutención de tu hijo. Y tratándose de un multimillonario, supongo que será una generosa cantidad de dinero para vivir.

Mis lágrimas se convirtieron en lamentos. No sabía nada de él desde hacía tres semanas. En su último mensaje de texto, dijo que estaba en Katmandú. Ni siquiera sabía si realmente existía ese lugar.

O si de verdad estaba ahí.

Tal vez lo dijo para dejarme de lado, yo no era más que una prostituta para él después de todo. Le envié un mensaje muy, muy estúpido tan pronto como me hice la prueba de embarazo para decirle el resultado.

Kate me dijo que no lo hiciera, pero lo hice de todos modos.

Y tal vez diez veces más.

Mis mensajes se volvieron muy acusadores, le escribí que aunque solo fui una acompañante para él, voy a ser la madre de su hijo. Que no le importábamos ni el bebé ni yo.

Posiblemente le dije que lo odiaba.

El fin de semana en Nueva York fue el mejor de mi vida. Experimenté sentimientos que ni siquiera sabía que existían. Como si hubiera encontrado a mi alma gemela.

Andrés me dijo que volvería por mí en una semana. Pero después de ese tiempo, cada día que pasaba sin saber de él, me acercaba cada vez más a la realidad. Después de un retraso en mi período, me hice la prueba de embarazo. Y desde entonces no paré de llorar.

Gracias a Dios Kate me abrazaba y me dejaba llorar sobre su hombro varias veces al día. No sé qué hubiese hecho sin ella.

—Me voy a mudar a Tennessee y viviré con mi mamá y mi hermana. Siempre pensé que hacía suficiente por escapar de mi destino. Pero aquí estoy, embarazada a los veintitrés años en vez de a los quince. Todo lo que hice fue retrasarlo ocho años, pero al final me atrapó.

—Esto es distinto a lo que vivieron ellas. Tú sabes quién es el padre. ¿Sabe tu madre quiénes son los padres de sus hijas? No. ¿Lo sabe tu hermana? No. Para mí eso es una gran diferencia — exclamó, mientras me tomaba de los hombros y me veía fijamente a los ojos.

—No tiene importancia saber quién es el padre, si él no aparece y lo reconoce.

—Tendrá que hacerlo cuando presentes una demanda de paternidad.

—¿Con qué dinero? No tengo un trabajo remunerado, ¿recuerdas?

Kate suspiró, y se dejó caer en el sofá.

—No sé si vale la pena trabajar por acciones o no —respondió

—Si yo fuera tú, me quedaría mientras buscas otro trabajo, sólo para que no haya un hueco en tu currículum.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

—Dormir hasta tarde todos los días. ¿Qué sentido tiene que me levante de la cama por la mañana?

Empecé a llorar de nuevo. Era increíble que me quedaran lágrimas. Me soné la nariz con un pañuelo de papel. Era el último de la caja.

—Vas a ser mamá, eso es un gran motivo para salir de la cama Grace —se levantó del sofá—. Voy a hacerte una taza de té de manzanilla.

Levanté mi teléfono comprobando si había algún mensaje de Andrés. Era algo que hacía un millón de veces al día, y como siempre, no había nada.

En mi corazón, sabía que nunca volvería a saber de él. Que después de todo yo sólo fui una acompañante.

«Me usaste y arruinaste mi vida. Te odio»

Presioné la tecla de “enviar” y tiré el teléfono sobre la mesa de café. Me odiaba a mí misma por haberme metido en esa situación. Ni siquiera entendía cómo había sucedido si usamos condón.

Deseaba seguir siendo virgen.

—Aquí tienes —colocó la taza de té frente a mí.

—Gracias —solté una leve sonrisa—. No sé dónde estaría si no te hubiera tenido estas últimas semanas. Realmente aprecio todo lo que has hecho por mí.

—Oh, cariño, no seas tonta. Eres mi mejor amiga, por supuesto que voy a hacer todo lo que pueda para ayudarte. Puedes vivir aquí el tiempo que quieras, y ni siquiera te preocupes por el alquiler.

—No dirás eso cuando haya un bebé gritando a las tres de la mañana.

—¿Estás bromeando? Me muero por tener un bebé. Estoy celosa de ti.

—Sí, pero tienes un novio serio que se casaría contigo —acoté encogiéndome de hombros.

—En mis sueños. Aunque es lo que más anhelo, Tyson no parece estar interesado en casarse, no importa cuántas pistas le dé.

—Bueno, estoy segura de que se casaría contigo si estuvieras embarazada.

—Exactamente. Por eso estoy tan celosa de ti. Un bebé pudiera ser la única forma de conseguir que se declare.

—Ni siquiera me importa el matrimonio. Todo lo que quiero es que Andrés responda a mis mensajes. Crecí sin conocer a mi padre. No quiero eso para mi bebé.

—Como dije, tendrá que reconocer al bebé cuando presentes una demanda de paternidad. No te preocupes por el dinero, los abogados harán cola para conseguir un trozo de ese multimillonario.

—No sé por qué tuvo que ser así. Me engañó para que pensara que realmente se preocupaba por mí y que yo era especial para él.

Mi voz descendió hasta hacerse incomprensible y sollozante. Ahora sabía que todo eso eran mentiras para quitarme la virginidad. Pero no podía cambiar el pasado. Tenía que pensar qué hacer con mi hijo y nuestro futuro, que definitivamente no incluía a Andrés.

Capítulo 21

Andrés

No sabía que Shangri-La era un lugar real. Pero ahí estaba sentado en medio de esa grandeza. Me rodeaba la hermosa e intacta naturaleza salvaje del Himalaya en Bután. Todo el país era un paraíso. Uno que parecía atascado en el tiempo. Tenía semanas sin cobertura de Wi-Fi e incluso sin celular.

Todo en el lugar era de la vieja escuela. Los niños usaban juguetes anticuados, no se les veía jugando con aparatos electrónicos. Y estudio tras estudio señalaban que eran las personas más felices de la Tierra.

Tal vez no sea tan difícil ser feliz y obviar la tecnología cuando vives en medio de tanta belleza natural. Ojalá Grace hubiera estado allí conmigo.

Había pasado poco más de tres semanas desde que la dejé en su apartamento. Pude enviarle mensajes de texto mientras estuve en Katmandú, Nepal. De ahí tuvimos que viajar a Bután con la única aerolínea comercial que hacía ese viaje. Tan pronto como aterrizamos en busca de mi hermano, perdí lo poco de cobertura en los teléfonos celulares.

Mi investigador privado lo encontró en un retiro de meditación, estaba en un monasterio a mitad de camino en la montaña, en medio de la nada. Un lugar sin carreteras ni comunicación. Tuvimos que pasar cinco días subiendo la montaña para llegar.

¿Y las primeras palabras de Joseph cuando me vio? “Mierda, debes estar desesperado por vender” Le dije que se fuera a la mierda. Tenía suerte de que no le diera un puñetazo.

Había pasado las últimas dos semanas usando todos los argumentos posibles para convencerlo de vender. Incluso así el imbécil no cambiaba de parecer.

Mientras pasaban los días, me dolía cada vez más el cuerpo por Grace. Regularmente la imaginaba debajo de mí, gimiendo. Al menos una vez al día tenía el pene en la mano, pensando en ella.

Me sentía de manos atadas, no podía hacer mucho metido en esa montaña. Sólo deseaba volver con ella. Pero no podía desistir e irme hasta lograr convencer a Joseph.

Y lo peor de todo era que no lo estaba consiguiendo.

El entorno me hacía sentir tranquilo, pero Joseph hacía hervir mi sangre. Sólo con pensar en él se me tensaban todos los músculos de la espalda.

Luego de descansar un rato y caminé al antiguo patio del monasterio. Él estaba sentado en el medio del patio en posición de loto, usando una bata naranja.

Había una pelota en el piso cerca de la puerta, y la pateé tan fuerte como pude. Apunté a su cabeza, pero chocó con su espalda.

Se levantó y me miró fijamente.

—Vete a la mierda, imbécil —gruñó.

—Sólo hay un imbécil aquí y lo estoy mirando — luché por relajar los puños.

—¿Por qué estás aquí? Nunca me harás cambiar de opinión. Vete a casa —me devolvió la pelota y la esquivé para evitar que me golpeará en el pecho.

Le di otra patada al juguete, apuntando a su cuerpo. Voló sobre los antiguos adoquines, y por poco le da en la cabeza.

—¿Crees que quiero estar aquí? ¿Contigo? —le pregunté

—Creo que quieres estar de vuelta en Nueva York, dirigiendo la empresa familiar. ¿Cómo es que has pasado tanto tiempo aquí? ¿Quién está dirigiendo los negocios?

—Ya no me importa un carajo. Estoy harto de dirigir la compañía. Dejaré que un imbécil la hunda. Si quedar en bancarrota es lo que se necesita para salirme de este negocio que así sea.

—No lo harías —protestó, pateando la pelota hacía mí nuevamente.

Me aparté, dejando que golpeará la pared del patio antes de detenerla con el pie.

—¿Te has puesto nervioso?

Tenía algún tiempo sospechando que la razón por la que Joseph no vendía era porque le gustaba presumir su apellido en una empresa famosa. Probablemente lo usaba para ligar con mujeres. Eso, y también porque disfrutaba ser un imbécil conmigo. Siempre fui el hijo favorito. Negarse a vender era lo mejor que podía hacer para hacerme daño.

Se quedó en silencio, y sólo me miraba fijamente. Mi pecho se estremeció ante el plan que formé mentalmente.

—Dirigiré nuestra compañía hacia la quiebra. No sólo desaparecerá el nombre Newbury, sino que lo hará de forma espectacular.

—No creo que seas capaz de hacerlo.

—Tal vez sea más rápido si creo un gran escándalo. Olvida los juguetes de los niños, empezaré a hacer juguetes sexuales. Pensaré en algo bueno, algo grande, que te involucre. Después de todo, llevas el apellido de la empresa y no podrás escapar de eso. Invertiré cada centavo en robots sexuales. Incluso, te enviaré una, programada para decirte lo imbécil que eres. Newbury será sinónimo de sexo y escándalo.

Lanzó un grito lleno de ira que resonó alrededor del patio mientras se me acercaba corriendo. Me atacó y yo levanté los brazos en defensa. Lo empuje tan fuerte como pude. Retrocedió unos cuantos pasos, pero se recuperó rápidamente y me lanzó un puñetazo que me dio firmemente en la mandíbula.

Ignorando el dolor, empecé a moverme y de repente sólo quería causarle el mayor dolor físico posible para compensar toda la mierda por la que me había hecho pasar. En defensa, Joseph me abrazó por los hombros, haciendo que nuestras cabezas chocaran entre sí.

—Firma ya los malditos papeles —ordené, apretando los dientes.

—De ninguna manera, nunca. Y cuanto más me insistas, menos lo pienso hacer.

Forcejeando para liberarme de su agarre, Joseph cayó hacia atrás y yo aterricé encima de él.

—No necesito que firmes si estás muerto —dije, sin querer decir eso.

Varias manos me agarraron y me ayudaron a ponerme de pie. Una docena de monjes aparecieron y nos alejaron uno del otro. Mi respiración era pesada, trataba de recuperar el aliento mientras me frotaba la mandíbula hinchada.

—Tienes que irte ahora —me dijo uno de los monjes, sonriendo educadamente.

—Bien, sácalo de aquí —gritó Joseph, secándose la sangre del labio.

—Tú también debes irte —aclaró otro monje, con un acento muy marcado.

Sus ojos se entrecerraron hacia mí e intentó darme otra zancadilla, pero los monjes lo mantuvieron firme.

—Me voy de aquí —exclamé—. Puedes estar seguro de que recibirás pronto la primera muñeca sexual.

Sólo tenía unas pocas cosas para meter en mi mochila antes de ponerla en mi espalda y dirigirme al sendero de la montaña.

Que se joda Joseph. Al carajo con Newbury Toys. Voy a buscar a Grace.

Cinco días después, llegué a un pueblo desde donde divisaba el camino de regreso a la capital. Una vez allí podría volar e irme de ese país y empezar mi largo viaje de regreso a los Estados Unidos.

Me desnudé y me paré debajo de la ducha, el débil flujo de agua sobre mí era la mejor sensación del mundo.

Hasta que vi mi teléfono. Ya tenía cobertura celular. Tan pronto como lo conecté empezó a sonar repetidas veces, eran cuatro semanas de mensajes de texto y correos electrónicos. Sólo había una persona de la que me importaba saber. Hice clic en el primer mensaje de Grace.

«Andrés, estoy embarazada.»

Mierda. Mi corazón saltó al recordar inmediatamente la cláusula del fideicomiso en cuanto a los hijos y nietos, y su participación en la toma de decisiones.

—Vete a la mierda, Joseph, acabo de ganar.

Capítulo 22

Grace

—¿Cuándo vas a tener tu propia casa? —preguntó mi madre.

—Tan pronto como averigüe qué hacer con mi vida.

—Bueno, averigua más rápido, esta silla es incómoda.

Estábamos en la sala de estar de mi hermana Nevenka. Había estado durmiendo en su sofá durante una semana.

Mini Motivations colapsó el día después de que Gloria anunciara que se había quedado sin dinero. Nadie quería trabajar por acciones, ya que lo más probable era que no valieran nada.

Kate se dio cuenta de que no tenía suficiente dinero para pagar el alquiler ella sola. Y yo lamentablemente no podía seguir ayudándola porque no tenía ni dinero, ni trabajo.

Tyson le pidió que se mudara con él y aprovechó la oportunidad. No la culpaba en absoluto. Era lo que más quería. Ella estaba segura de que se casarían pronto, aunque él aún no se le hubiera declarado.

Me quedé sin opciones, así que cargué mi auto y acepté mi destino. Hice las paces con mi situación durante el largo viaje a Tennessee. La última vez que estuve allí, mi hermana y sus tres hijos vivían solos. Pero mi madre se había mudado con ellos y ya tenía seis meses en el lugar.

Era una casa en ruinas a las afueras de la ciudad. Tenía dos dormitorios pequeños, pero con sus tres hijos y mi madre no quedaba mucho espacio para mí.

Me tocaba dormir en el sofá. Algo que a mi madre alcohólica no le agradaba, porque normalmente pasaba el día sentada en él. No le gustaba sentarse en el sillón. O quizás era yo quien le molestaba. Creía que tendría más empatía por su hija.

—No sé de qué te preocupas, ya sabes quién es el padre, así que, ¿cuál es el problema? —intervino durante una pausa comercial.

—No se pondrá en contacto conmigo, eso es como si no existiera —contesté, luchando por controlar las lágrimas.

Últimamente pasaba mucho tiempo llorando. Debía ser por las hormonas del embarazo.

—¿A quién le importa? No lo necesitas a él de todos modos, sólo necesitas su dinero.

Ya no podía contenerlas más, las lágrimas caían una a una por mis mejillas. Andrés no salía con nadie porque todas las mujeres buscaban su dinero. Me negaba a estar en esa categoría. Si él

no quería tener nada que ver conmigo o con el bebé, así sería.

—Tal vez me rompió el corazón, ¿alguna vez pensaste en eso? —murmuré a través del nudo en mi garganta.

—Por eso debes evitar a los hombres, sólo sirven para una cosa: follar.

—No creo eso.

—Deberías, mira tú situación. ¿No has aprendido nada? Espero que haya sido un buen polvo al menos.

Me quedé en silencio, no podía creer que mi madre me hablara de esa manera.

—Ya basta, mamá —gruñó Nevenka saliendo de la cocina.

Mi rostro se iluminó inmediatamente y le sonreí en gratitud. Nunca habíamos sido muy unidas, pero me abrió las puertas de su ya abarrotado hogar cuando más la necesitaba.

Con sus veinticinco años, era sólo dos años mayor que yo, pero nuestras vidas habían sido dramáticamente diferentes. Era madre de tres niños, cada uno de padres distintos y el mayor ya tenía diez años.

Siempre me había costado un poco respetarla, pero haberme quedado en su casa por tanto tiempo me había permitido conocerla más y encontrar ese respeto que se merecía. Era una buena madre y una buena hija. Y me demostró también ser una gran hermana. En ese momento, ella era el único apoyo que tenía en mi vida.

—Grace, necesito tu ayuda en la cocina —instó Nevenka.

Tiré mi pañuelo en la desordenada mesita de la sala y me dirigí hasta la cocina.

—No sé qué hacer con mamá —suspiré.

—Y no has tenido que vivir con ella en los últimos seis meses.

—No sé por qué lo haces.

—¿Qué otra opción tengo? La echaron de su casa por tener sexo ruidoso a todas horas del día. Dejó que un tipo la pusiera contra la ventana mientras se la cogía por detrás, justo a media tarde. Todo el mundo lo vio, incluso los niños. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Dejar que se quede sin hogar?

—Tenemos que hacer que deje de beber.

—Buena suerte con eso, ya lo he intentado muchas veces.

—No sé qué hacer —las lágrimas brotaban de nuevo— Quiero quedarme aquí para estar cerca de ti, pero no la quiero cerca de mi bebé.

—¿Crees que la quiero cerca de mis hijos? Constantemente le dice a mi pequeño Brandon lo inútiles que son los hombres.

—¡Nevenka, tráeme una cerveza! —gritó mi madre desde la sala.

El ruido de un helicóptero se escuchaba volando sobre la casa. Las dos lo ignoramos porque había una base militar cerca y era común escucharlos. Pero esta vez se hacía cada vez más fuerte hasta que se volvió ensordecedor. Segundos más tarde se podía ver por la ventana un helicóptero aterrizando en la hierba.

Mi mamá nos miraba con el ceño fruncido, y con la boca abierta. Nevenka parecía preocupada. No le había dicho a ninguna de las dos nada sobre Andrés.

Que obviamente estaba en ese helicóptero.

Mi corazón saltaba y se desgarraba simultáneamente. Antes de salir del apartamento e iniciar mi viaje a Tennessee, había anotado el número de teléfono de Kate en un pedazo de papel, luego corté mi tarjeta SIM con un cortaúñas y la tiré a la basura del baño. En ese momento me sentí libre, como si estuviera empezando de nuevo.

Pero ahí estaba él, llegando en helicóptero y aterrizando en el césped frente a la casa de mi hermana.

Salí rápido por la puerta principal, antes de que Andrés pudiera llamar y encontrarse con mi madre. Él se acercaba caminando en mi dirección, luciendo increíble con jeans ajustados y una camisa de polo azul marino. Sequé las lágrimas que se empezaban a asomar y me esforcé en no llorar ni correr a sus brazos. Cosa que no sería fácil. Había olvidado lo increíble que se veía en persona.

Había pasado más de un mes sin verlo y sin saber nada de él. Un tiempo largo y solitario en el que había ignorado cada mensaje que le envié.

—Grace —me extendió la mano.

Escucharlo decir que mi nombre hizo que mis entrañas se desmoronaran, pero estaba decidida a mantenerme fuerte.

—¿No es excesivo el helicóptero? —dije, con la voz tan neutra como pude.

—Tenía que conseguirte lo más rápido que pudiera.

—Ha pasado más de un mes. ¿En qué mundo es eso tan rápido?

—Fue una caminata de cinco días en una montaña sólo para llegar a mi hermano. Confía en mí, nunca le perdonaré todo lo que me ha hecho pasar, incluso mantenerme alejado de ti.

Mis ojos se clavaron en los suyos, tratando de evaluar la verdad. Parecía genuino, pero había pasado el último mes con el corazón roto y furiosa con él. Mi ira no se disolvería en un instante.

—¿Tienes idea de lo que me has hecho pasar?

—No peles conmigo, Grace. Nos pertenecemos el uno al otro. Aún más ahora que estás embarazada de mi hijo.

Escuchar a Andrés reconocer el embarazo me abrumó. Eso era lo único que quería desde que me enteré de mi estado. Esos cientos de mensajes que quedaron sin respuesta, los mensajes de voz, todo, fue respondido en un instante.

Se acercó y me presionó contra él, envolviéndome con sus fuertes brazos. Ya no podía resistirme, su contacto frustró todo intento de contener mis emociones y las lágrimas brotaron otra vez de mis ojos.

Estaba feliz, molesta, aliviada. Todo a la vez.

Capítulo 23

Andrés

Encontrarla no fue fácil. Después de que mis llamadas y mensajes de texto quedaron sin respuesta, hice que mi investigador privado fuera a su apartamento mientras yo cruzaba el siguiente tramo de regreso a casa.

Ella ya se había mudado. Encontró a Kate, pero no quiso hablar con él. Pensaba visitarla lo más rápido posible, pero aun así me llevó días de viaje. No estaba acostumbrado a esperar en los aeropuertos por las conexiones de las aerolíneas comerciales.

Una vez que regresé a Katmandú, mi jet privado me estaba esperando, sentía que cada vez estaba más cerca. Me tomó otros dos días conseguir de Kate la dirección de Tennessee. Sin embargo, después de tantos inconvenientes ahí estaba Grace, en mis brazos, donde pertenecía.

Verla de nuevo y saber que llevaba a mi hijo, me llenaba las venas de fuego. Luchaba contra la abrumadora urgencia de hacerla mía allí mismo, de reclamarla.

—Cariño, ¿qué haces aquí? —pregunté.

Se apartó y me miró con ojos hinchados y llenos de lágrimas.

—¿Adónde más se suponía que iría? Estoy embarazada y sin trabajo, ambas por tu culpa.

—Puedo ser la razón por la que estás embarazada, pero no tengo nada que ver con que pierdas tu trabajo.

Me miró fijamente y sacudió la cabeza.

—Tienes razón, fue de Gloria.

—No importa. Ya no necesitas un trabajo. Voy a cuidar de ti y de nuestro bebé.

—Sólo necesito la manutención de mi hijo, no tienes que hacerte responsable de mí.

—Por supuesto que me haré responsable de ti, y no sólo financieramente. Grace, nunca me he preocupado por nadie de la forma en que me preocupo por ti. Cuando supe del embarazo, salté de alegría. Estoy emocionado por el bebé.

—Bueno, yo no estoy tan emocionada. He tenido sexo exactamente una vez en mi vida y ya quedé embarazada. ¿Cómo es eso justo?

—No te preocupes, ya tendremos mucho tiempo para compensar eso.

—No puedes aparecerte aquí en un helicóptero y decir estas cosas. ¿Acaso estás fingiendo

que el último mes no sucedió?

Coloqué mi mano firmemente en su vientre, imaginando a mi bebé ahí, dentro de ella. La imagen de su vientre creciendo me dio escalofríos en la columna vertebral. No podía esperar a que naciera mi hijo.

—No puedo borrar el mes pasado. Créeme, hice todo lo que pude para llegar a ti lo más rápido posible. Pero ahora estoy aquí, y eso es lo que importa. Puedo decir eso una y otra vez, tantas veces como quieras o necesites, pero siempre va a ser lo mismo. El hecho es que este es mi bebé, y tú eres mi mujer —dije, con voz firme—. Todo está bien, ahora los tres estamos juntos.

—Estaba tan asustada —su voz era apenas audible.

—Sé que lo estabas, pero ahora todo está bien —afirmé mientras le acariciaba la mejilla con mi pulgar.

—Ni siquiera sé qué pensar ahora mismo.

—No pienses nada, sólo siente.

Lloraba suavemente contra mi pecho. La abracé fuerte y la dejé desahogarse. Era comprensible, dado lo repentino que había sido mi llegada.

Miré a mi alrededor. La pequeña casa estaba en mal estado, y el patio lleno de basura. Al menos habían cortado el césped. Necesitaba sacarla de ese lugar inmediatamente.

—¿Quién carajo eres? —gritó una mujer desde la puerta.

Llevaba pantalones deportivos grises y una camiseta blanca y manchada. Parecía estar borracha. Muy borracha.

Grace se alejó de mí.

—Mamá, él es Andrés.

—¿El que te dejó embarazada? —exclamó, con un tono de voz muy alto.

—Sí, es el padre de mi hijo.

—¿Y apareció en un helicóptero? Mi hija ha hecho algo bien por una vez en su vida. Te ganaste el premio gordo.

Grace se estremeció, le puse mi brazo sobre sus hombros para consolarla y para que sintiera mi apoyo.

—¿Debemos entrar? ¿Es necesario hacerlo? —pregunté.

—¡Mamá, trae tú trasero aquí y déjalos en paz!

Otra mujer apareció en la puerta, agarró a la madre de Grace y la metió casi obligada.

—Esa es mi hermana, Nevenka. Esta es su casa.

—¿Y tu madre también vive aquí?

—Desafortunadamente. La echaron de su casa porque bebía y mi hermana la acogió. A pesar de que es madre soltera, con tres hijos y sin dinero.

—¿No paga el padre la manutención de los hijos?

—Tres padres, querrás decir. Aunque no sabe quiénes son.

La decisión de Grace de permanecer virgen hasta bien cumplidos los veinte años de repente cobraba sentido para mí. Ahora entendía a qué se refería cuando hablaba de no ser como su madre y su hermana.

—Vamos —tomé su mano—. Tienes que hacer las maletas, cuanto antes lleguemos a Nueva York, mejor.

—¿Nueva York?

—Por supuesto. Te vas a mudar conmigo.

—¿Me mudare contigo? —cuestionó ella, deteniéndose.

—Es donde yo vivo, y donde tú también vivirás. Al menos hasta que descubramos otro lugar. La ciudad no es exactamente un lugar ideal para criar niños.

Arrugó su frente y apretó sus labios. Parecía estar dudando sobre la idea.

—Nena, vas a tener un hijo mío. Te necesito cerca de mí. Diablos, incluso si no tuvieras a mi hijo, te querría cerca de mí. Te dije que iba a volver por ti y lo decía en serio.

—¿Lo dices en serio?

—Nunca digo ni hago nada que no sea en serio —repuse, prácticamente gruñendo.

—Bueno, mi madre quiere su asiento en el sofá.

—¿Has estado durmiendo en el sofá?

—No todo el mundo tiene diez dormitorios —acotó, poniendo una mano en su cadera.

Ignoré el comentario, y retomamos el camino a la casa. Cuanto más rápido saliéramos de ese lugar, mejor. La quería en Nueva York conmigo. Desnuda, en mi cama.

—Ya era hora de que lo trajeras aquí para presentármelo. Nevenka, tráenos unas cervezas —dijo la madre de Grace.

—Mamá, ¿puedes dejarnos en paz, por favor

—Oye, esta es mi casa, no me digas qué hacer —respondió la madre con las palabras difuminadas y los ojos vidriosos.

—Es un placer conocerla, soy Andrés, el padre del bebé de Grace —le extendí mi mano.

—¿De dónde sacaste un helicóptero? ¿Cuánto dinero tienes?

—Lo alquilé, y tengo unos dos mil millones de dólares.

Me miró fijamente, su cerebro borracho estaba tratando de asimilar lo que le acababa de decirle. Se escuchó el estallido de un vaso contra el piso, levanté la cabeza y estaba Nevenka mirándome fijamente, con la mandíbula floja y el cristal a sus pies.

—Mamá, Andrés vino a buscarme. Me mudaré a Nueva York con él —le explicó Grace, tomando su mano.

Me alegré al escuchar que aceptaba mudarse conmigo, pero no pude evitar pensar que era su única opción para alejarse de su situación en ese lugar.

—Pero primero Grace quiere que le diga que he conseguido un lugar para usted en el Centro Betty Ford en California.

Por supuesto, todo fue idea mía. Tuve que pensar en una solución rápida para esa terrible situación. Después de todo, se trataba de su familia.

—¿Betty Ford? Eso significa nada de cerveza —refutó la mujer.

—Mamá, tienes un problema y no puedo dejarte estar más tiempo con mis hijos así —intervino Nevenka, sus palabras se elevaron y se precipitaron como si le hubiera dado las mejores noticias—. Esta es una oportunidad de organizar tu vida.

—En realidad, Nevenka, tengo una sorpresa para ti también. Mi arquitecto vendrá el lunes a discutir los planes para construir tu propia casa, para ti y tus hijos.

—¡Oh, Dios mío! —tapó su boca ahogando un grito.

—¿Andrés? —me llamó Grace en voz baja.

—Sí, te ayudará a encontrar un terreno adecuado y a diseñar la casa de tus sueños.

—¿Y yo qué? —reclamó la madre.

—Después que salgas del Centro Betty Ford, te compraré una linda casita también.

Las tres me miraron fijamente, congeladas, me pregunté si estaba haciendo lo correcto. Pero necesitaba ayudar a Grace de todas las maneras posibles. Además quería pagarle a su hermana

por apoyarla cuando más la necesitó.

—Gracias —Nevenka me abrazó.

—Es un placer para mí. Ahora, Grace, empaca tus cosas, tenemos que irnos pronto.

Capítulo 24

Grace

No podía creer que estuviera de vuelta en mi vida y que yo hubiera cedido. O debería decir, que voló de vuelta a mi vida, porque siempre parecía llegar por aire. Como una especie de dios que descendía de los cielos para mí.

Y por un capricho, accedí a mudarme a Nueva York.

Miré el sofá de veinte años en el que había estado durmiendo y me di cuenta de lo ansiosa que estaba por salir de ese lugar. Sólo había estado allí por una semana, pero fueron unos días tan largos que parecían mucho más tiempo.

Mi hermana y mi madre hablaban animadamente con Andrés, haciéndole todo tipo de preguntas. No sabía por qué les había ofrecido casas, aunque estaba agradecida con él por haber logrado que mi madre aceptara ingresar a rehabilitación.

Sin embargo, tenía que le recordarle que no le debía nada a mi familia.

Mientras metía mis cosas en la maleta, los miraba a los tres. Nevenka lloraba de alegría mientras contaba que su sueño era poder tener una casa con habitaciones para cada uno de sus hijos.

En ese momento pensé que si él quería regalarle una casa, por mí estaría bien. Aunque tenía la impresión de que sólo lo hacía para conseguir mi perdón.

Se me ocurrió una idea cuando subí la cremallera de mi maleta.

—¿Qué hay de mi auto? —pregunté.

Andrés se volteó hacia mí y se encogió de hombros.

—Te compraré uno nuevo cuando llegemos a Nueva York. Un Range Rover sería ideal para ti y el bebé.

—No necesitas comprar cosas para mí y mi familia. No estoy detrás de tu dinero.

—Lo sé, por eso quiero comprarte todas esas cosas. Si estuvieras detrás de mi dinero, no estaría aquí.

—¿Me das tu auto? —preguntó mi hermana—El mío está en sus últimas y no puedo permitirme uno nuevo.

—¿También quieres un Range Rover nuevo? —intervino Andrés.

—¡Dios mío! —Nevenka llevó una mano a su pecho, jadeando.

—¡Mi chica enganchó a un hombre rico! — anunció mi madre con orgullo, de una manera que sólo puede tener sentido en su mundo de borrachos.

—Deberíamos irnos —me despedí de mi madre. Luego le di un abrazo fuerte a mi hermana —. Gracias por apoyarme cuando más te necesitaba —le susurré.

—Vuelve a visitarnos, no te olvides de tu familia.

—Definitivamente, quiero ver esa nueva casa que vas a construir.

Se mordió el labio inferior, parpadeó y salieron lágrimas de sus ojos. Caminé por los tres escalones hasta la entrada y abrí la puerta principal.

A medida que avanzaba, volteaba a observar lo que estaba dejando. Una madre alcohólica que abusaba verbalmente de todos a su alrededor y una hermana que luchaba por sobrevivir. Recordé mi viejo voto de nunca estar en una situación como la de ambas. Salí de la casa convencida de que estaba tomando la decisión correcta.

Andrés tomó mi maleta y nos subimos al helicóptero. Las hélices comenzaron a girar, y cuestión de segundos ya estábamos en el aire. Podía ver sin remordimientos como la pequeña casa se hacía cada vez más diminuta a medida que nos alejábamos.

Nunca antes había estado en un helicóptero, y pasé la mayor parte del vuelo mirando por la ventana, apreciando el paisaje de Tennessee desde las alturas. Él entrelazó sus dedos con los míos y una vez más mi cuerpo se relajó por completo ante su tacto. Veinte minutos después, aterrizamos en Nashville, donde su jet nos esperaba listo para llevarnos a Nueva York. Cuando llegamos a las escaleras del mismo, me abrazó con fuerza.

—Aquí es donde perteneces, nena, a mi lado —afirmó, plasmando un beso profundo en mi boca.

Mientras su lengua acariciaba la mía, cualquier rastro de frustración y rabia hacia él desapareció de mi mente. De alguna manera, su presencia hacía que todo se sintiera bien.

—Tengo miedo —susurré rompiendo el beso, mi voz apenas era audible.

Soltó su agarre, y suavemente retiró unos mechones de cabello de mi cara, acomodándolos detrás de mis orejas. El tiempo se detuvo un instante, y emergieron muchas preguntas en mi mente.

¿Esta sería realmente mi vida de ahora en adelante? ¿Cómo llegué aquí?

Irme a Nueva York parecía ser mi única opción real, por mi bien y por el del bebé. En el fondo sabía que también deseaba ir para estar con él.

—Estás haciendo lo correcto, Grace. Nos pertenecemos. Ahora somos una familia, y nunca he sido más feliz. No puedo esperar a criar a este bebé contigo. Es todo lo que siempre he

querido, y tú entraste en mi vida he hiciste realidad mis sueños —dijo, como respondiendo a mis pensamientos.

Arrugué mi frente asimilando sus palabras. ¿Por qué ese increíble hombre era tan bueno conmigo, y con mi madre y mi hermana también? ¿Sentirá por mí lo mismo que yo siento por él? Le dediqué una sonrisa débil y le apreté la cintura.

—Esto es una locura.

—Sabes, un día vas a mirar atrás y a reírte. Cuando seamos viejos y veamos a nuestro hijo graduarse de la universidad, y estés tan radiante como estás ahora. Me acercaré a ti y te diré “Te lo dije”.

Mis mejillas se ruborizaron y tragué con fuerza, era incapaz de responder. Mi interior se llenó de calidez, y me dio la certeza de que estaba haciendo lo correcto, que realmente estábamos hechos el uno para el otro.

Me tomó de la mano y entramos al avión. Esta vez se sentó a mi lado y me abrochó el cinturón. La azafata, Josephine, apareció unos minutos después y guardó mi maleta en un armario.

—¿Bebidas? —preguntó.

—Este momento requiere burbujas. Un poco de efervescencia sin alcohol, Josephine —ordenó Andrés, con los ojos fijos en mí, y una mezcla de bondad y lujuria en ellos.

Mi cuerpo se calentó reaccionando a su mirada y me di cuenta de lo mojadas que estaban mis bragas. La azafata se alejó y reapareció rápidamente con una botella de Perrier y dos copas de champán. Fue inevitable reírme de la situación. Iba a celebrar esa gran decisión de vida con una botella de agua.

Los motores arrancaron, y pronto estábamos acelerando por la pista. Agarré la mano de Andrés y miré por la ventana, observando vagamente como me alejaba más de mi familia. El hogar al que una vez juré que nunca volvería. ¿Era demasiado pronto para hacer la misma promesa una vez más?

Inmediatamente, el avión se estremeció y nos detuvimos bruscamente. La fuerza de la parada repentina hizo que nuestros cuerpos se apretaran contra los cinturones de seguridad.

Capítulo 25

Andrés

—¿Este es el lugar? —pregunté, visualizando la fachada del destartado motel.

Las letras en madera de la palabra M-O-T-E-L, pintadas de rojo brillante, adornaban un lado del edificio.

—Guau, nunca pensé que la vida con un multimillonario sería tan lujosa —bromeó Grace, su voz destilaba sarcasmo y no pude evitar reírme.

Un problema mecánico con el jet se hizo evidente cuando los pilotos se preparaban para despegar. Afortunadamente estábamos en una ciudad y los mecánicos pudieron conseguir la pieza de inmediato, pero el avión no estaría listo hasta la mañana siguiente.

Por otro lado, había un evento importante en la ciudad, lo que hizo que mi asistente luchara para encontrarnos un lugar donde quedarnos.

«*He encontrado un lugar junto al aeropuerto*» —aseguró Laura, triunfante. Lo que no mencionó era que el lugar tenía aspecto de haber sido construido en los años sesenta.

Abrí la puerta para revelar la habitación y el olor a rancio me golpeó en la cara.

—Una alfombra peluda, que bonito —exclamó Grace.

—Bueno, es más bonito que cualquiera de los lugares en los que me quedé en Bután.

—¿No estuviste viviendo en el regazo del lujo todas esas semanas?

—Definitivamente no. Aunque el paisaje compensaba la falta de agua caliente.

—Supongo que igual te divertías.

—Tienes que creerme, definitivamente no estaba disfrutando. No de la forma en que voy a divertirme en este basurero.

Sin esperar su respuesta, junté mis labios contra los suyos. Desde que la encontré en casa de su hermana, había estado luchando contra la necesidad de arrancarle la ropa. Ya que por fin estábamos solos, no podía resistirme más a ella.

Pero después de cerrar la puerta, se alejó. Sus ojos buscaban algo en mí, pero realmente no sabía qué era. Me preguntaba qué estaba pensando, o si estaría a punto de estallar de rabia.

Acaricié su mejilla con el pulgar, tratando de sacarle los pensamientos.

—¿Gracie? —murmuré tímidamente.

Se aclaró la garganta.

—¿Será el incidente del avión una señal de que no debería irme de Tennessee?

Sus palabras me dieron en el estómago.

—No, cariño, no es una señal de que debas quedarte, es una señal de que el viaje de vuelta a casa será demasiado largo y que podemos estar solos después de tantos días sin vernos.

Era verdad, estar con ella a solas era la razón por la que no me molestaba la falla mecánica. Pero su duda se plantó en lo más profundo de mí.

Dudaba de nosotros.

Tal vez sólo aceptó ir a Nueva York porque era una mejor alternativa que quedarse allí y luchar por dinero y su familia.

Su boca estaba ligeramente abierta, y yo posé mis labios sobre los suyos. Soltó un gemido y arqueó su cuerpo contra el mío. Profundicé el beso y deslicé mi mano por el interior de su blusa acariciando su abdomen.

Había dos camas en la habitación, y yo la guie hasta la más cercana. La despojé de su blusa y pantalones tan rápido como pude, dejándola sólo en sostén y bragas. Hice una pausa y observé todo su cuerpo. Ella era mía, era mi mujer, y llevaba a mi hijo en su vientre. Aunque sólo viniera conmigo para escapar de la pobreza de su familia, estaba seguro de que pronto se daría cuenta de que su corazón me pertenecía.

Sin duda, era la mujer más sexy con la que había estado y un millón de pensamientos de lo que quería hacerle pasaban velozmente por mi cabeza. Sin esperar más, le arranqué el sostén y las bragas, y nos sentamos en el borde de la antigua cama.

Ella desabrochó el último botón de mi camisa, y me la quitó tirándola por mis brazos.

—Esto es surrealista. Tu cuerpo es surrealista —dijo mirándome.

Pasó las yemas de sus dedos a través de mis abdominales y más abajo, hasta detenerse en el botón de mis pantalones. Lo abrió y mi erección era tan potente que estaba a punto de salirse.

Un ligero gemido escapó de su boca, llenando momentáneamente la habitación. Metió la mano en mis calzoncillos y me frotó la punta de mi miembro.

Por mucho que quería explorar su cuerpo, sentir su contacto era demasiado bueno. Estaba congelado, inmóvil, mientras me llenaba de intensas oleadas de calor. Nunca había estado a merced de alguien así antes.

Me miraba tímidamente, y aprovechando el hecho de que conocer el efecto que provocaba en mí, asomé su lengua, estimulándome a la acción. Me rendí ante su boca y la hice mía. Luego,

comencé un recorrido de besos bajando por su mandíbula y su cuello hasta llegar a sus tetas. Sus gloriosas tetas.

Sostuve una en cada mano y enterré mi cara en su escote mientras mis dedos jugaban con sus pezones. Regresando a su boca, deslicé mi mano por su muslo carnosos, subiendo poco a poco hasta alcanzar su centro.

Estaba mojada por mí.

Moví mis dedos a través de sus resbaladizos pliegues, y un gemido escapó de su garganta. Estaba completamente húmeda, un hecho que hacía que mi pene se hinchara más.

Besé su cuello, y empujé dos dedos dentro de ella. Sus paredes apretadas me envolvieron cómodamente. En ese momento solo podía imaginarme estar dentro de ella, sin condón, sintiendo sus paredes mojadas y contraídas sin barreras.

Poco a poco comencé a moverlos, entrando y saliendo suavemente. Su cuerpo se retorció y su expresión de placer era hermosa. Su vagina empezó a contraerse, así que detuve mi movimiento por unos segundos para retrasar su orgasmo.

Nuevamente retomé mis movimientos, pero esta vez con un ritmo más acelerado y con empujes más fuertes, presionando su punto sensible a la vez que frotaba su clítoris con mi pulgar. Se retorció de placer, clavando sus uñas en mi piel. Me moría por estar dentro de ella, pero mi propósito en ese momento era llevarla al éxtasis.

—Vente para mí —gruñí en su oído.

Sus paredes se apretaron y sus gemidos se hicieron más fuertes con la llegada del inminente orgasmo.

Una vez que su vagina dejó de pulsar saqué mis dedos de ella. Grace se inclinó sobre mí, y pasó su lengua por todo mi torso. Cuando llegó a la cintura de mis calzoncillos se detuvo.

—Quítate eso —exigió.

Me paré rápidamente para quitarme los pantalones y calzoncillos, y volví a sentarme en la cama. Ella se escabulló y se arrodilló entre mis piernas.

Sin mirarme de nuevo, rodeó la punta de mi miembro con la lengua. Yo tragué en seco mientras observaba extasiado como me daba placer. Abrió su boca y se llevó todo lo que pudo de mi pene.

Mi espalda se tensó y me estremecí mientras ella chupaba mi glande con un ritmo perfecto. Me transporte instantáneamente a esa primera noche que pasamos juntos en el armario, lo que me excitaba aún más.

Había pasado muchas noches y duchas matutinas masturbándome bajo ese recuerdo, soñando con el día en que volvería a suceder. Mis testículos se contrajeron, sacándome de la neblina de

felicidad en la que había estado. Por mucho que me encantaría llenar su boca con mi semen, lo que más necesitaba en ese momento era cogérmela.

La ayude a levantarse y la metí en la cama. Me acomodé sobre ella, ansioso de meter mi pene entre sus tetas. Lo coloqué en el medio de su busto y las apreté fuerte contra mi miembro. Grace miraba mi cara con atención mientras comenzaba a moverme entre ellas. No podía evitar gemir mientras cumplía una de las fantasías que había estado teniendo en las últimas semanas.

Con cada empuje mi punta se asomaba por el túnel que formaban sus tetas. Ella inclinó la cabeza y sacó su lengua para lamer mi glande, llenándolo del calor y humedad de su boca.

Eso era demasiado bueno. Pero tenía que parar, todavía quedaba mucho de lo que quería hacerle. Rápidamente me alejé y me recosté sobre el de ella, separando sus piernas con las mías.

Nuestros labios se absorbieron en un beso frenético, mientras dibujaba todas sus curvas con mi mano. Continué bajando hasta alcanzar mi pene y lo sostuve firmemente guiando la punta a su entrada empapada.

Sin embargo, cuando ya estaba listo para entrar en ella, noté que estaba temblando.

—¿Qué pasa? ¿Está todo bien? —pregunté, preocupado.

Se mordió el labio y asintió, con un movimiento de su cabeza casi imperceptible.

—Dime, ¿qué pasa? —pregunté de nuevo, esta vez con más firmeza.

Tragó fuerte.

—Recuerda que es la segunda vez que hago esto —susurró

Capítulo 26

Grace

Estaba avergonzada y molesta conmigo misma por reaccionar de esa manera. Había sido un día muy abrumador. Probablemente las hormonas del embarazo no me ayudaban. Sin mencionar que todo mi cuerpo, y sobre todo mi vagina, eran mucho más sensibles desde que había quedado embarazada. Nunca me había sentido tan bien y estaba desesperada por tener sexo.

Sin embargo, ahí estaba, reaccionando como una tonta.

—Piénsalo de esta manera —Andrés, sonrió—, al menos no tienes que preocuparte por quedar embarazada.

No pude evitar reírme.

—Además, ahora podemos tener relaciones sexuales sin protección, piel con piel —agregó.

—Usar un condón no sirvió de mucho la primera vez —repuse riendo

—Oh, bueno, las cosas salieron bien.

Él me daba besos en el cuello, pero mi mente deambulaba haciendo preguntas. *¿Cómo había quedado embarazada si usamos condón? ¿Cómo era eso posible?*

Lentamente inclinó sus caderas, y sentía como mis paredes se estiraban a medida que hundía cada una de sus pulgadas. Todos mis pensamientos se desvanecieron cuando me invadió esa sensación de estar completamente llena.

—Mierda —murmuró Andrés para sí mismo.

Comenzó a moverse dentro de mí, su piel rozaba la mía. Envolví mis piernas alrededor de sus caderas y empujaba mi pelvis hacia arriba para conseguir más de él. Sus embestidas eran cada vez más rápidas y todo el calor de mi cuerpo se acumuló entre mis piernas. Me sentía como un volcán, a punto de explotar.

Cuanto más me penetraba, más aumentaba el hormigueo en todo mi cuerpo. Quería que durara para siempre. Un gemido se formó en mi interior y salió de mi boca como un grito fuerte.

Sin esperarlo Andrés salió de mí. Jadeando, con mi respiración agitada y no podía suplicarle lo que quería. Sentirlo dentro de mi otra vez.

En un rápido movimiento, me dio la vuelta como una muñeca de trapo y me guió hasta el borde de la cama, apoyada en mis rodillas e inclinada frente a él. Con mi trasero y mi vagina expuestos, volvió a forzar su camino hasta llegar a lo más profundo de mí. Esta vez no había suavidad en sus acciones, lo hacía con fuerza y mis paredes latían en respuesta.

—Necesito follarte así antes de que el embarazo ya no me lo permita —dijo, con los dientes apretados.

Agarrándome las caderas, entraba y salía de mí, una y otra vez, mientras que con su dedo índice frotaba mi clítoris, de un lado a otro tan fuerte y rápido que no podía concentrarme en nada más. El mundo parecía desaparecer, y todo lo que sabía era lo bien que me hacía sentir. Segundos más tarde cedí ante el orgasmo más intenso que jamás había sentido.

Estaba vagamente consciente de que Andrés había caído encima de mí, mientras las olas de placer me recorrían el cuerpo. Gruñendo, y bombeando dentro de mí ante su propio orgasmo.

Mi cuerpo era un desastre tembloroso y me derretí sobre el colchón en pura felicidad. Su pene seguía palpitando dentro de mí, prolongando mi orgasmo.

Lo escuché riéndose, y abrí los ojos.

—¿Qué? —pregunté

—Mira a tu alrededor.

De alguna manera, toda la cama se había derrumbado. El colchón estaba torcido sobre el somier, y las patas parecían haber desaparecido por completo.

—Realmente hiciste que la Tierra se moviera —me eché a reír.

Él se retiró y se desplomó a mi lado sobre el colchón. Estábamos casi un pie más abajo que cuando empezamos, la mesita de noche y la segunda cama se erigían sobre nosotros.

A ninguno de los dos nos importaba una mierda.

Se acercó más a mí, su mirada se apoderó de la mía, y simplemente nos quedamos ahí mirándonos uno al otro, sonriendo como tontos. Se inclinó y me besó en la frente, mientras trazaba el contorno de mi cuerpo con su dedo. Cuando llegó a mi cintura, extendió su mano sobre mi vientre.

—Tienes a mi bebé ahí dentro —repuso, con una amplia sonrisa en la cara.

—Sí, así es.

Cuando las palabras salieron de mi boca, mis pensamientos anteriores volvieron. *¿Cómo me quedé embarazada?*

—Esto va a ser divertido. Vas a ser una gran madre.

—Quería tener una carrera. No pensé que sería madre, no al menos en los próximos diez años.

—Las carreras están sobrevaloradas, la familia es más importante.

—Es fácil para ti decirlo, ya tuviste una carrera y tienes una empresa.

—Exactamente. Y te digo por experiencia que no hay nada por lo que emocionarse. Todo lo que quiero es salir de eso.

—Tal vez puedas ser un padre que se queda en casa, mientras mamá sale a buscar el dinero —le acaricié la mejilla.

—Cariño, no necesitamos más dinero. Llegó el momento de gastarlo.

—Cállate.

—Hablo en serio. Voy a vender mi empresa tan pronto como nazca este bebé, y me voy a divertir mucho gastando el dinero. Durante toda mi vida lo único que he hecho ha sido trabajar duro. Por fin es hora de disfrutar de las recompensas.

—¿Hablas en serio?

—Mucho. Y también quiero salir de Nueva York. Quiero una vida familiar perfecta, y darle a este bebé la mejor infancia de la historia —su voz estaba llena de seriedad, y no dudé de él ni por un segundo.

—¿Dónde quieres vivir? ¿En una isla en el Caribe?

—Aún no lo sé, pero no me imagino dejando los Estados Unidos.

—Podemos mudarnos a Tennessee y estar cerca de mi madre —bromeé.

—Tranquila, yo no iría tan lejos. Estaba pensando más bien en un bonito lugar en las montañas de Vermont.

—Eso suena mucho más tentador —admití.

Mi mente comenzó a deambular de nuevo. Fácilmente podía imaginarme en una casa grande en el campo, con muchos perros y quizás algunos caballos.

Tener caballos sería genial, siempre y cuando tuviéramos a alguien más que limpiara los establos. Sacudí la cabeza interrumpiendo mis pensamientos.

¿Sería ese realmente mi futuro? ¿Cómo sucedió todo eso?

—¿Cómo quedé embarazada? —las palabras salieron de mi boca sin darme cuenta.

—Bueno, cuando un espermatozoide llega al óvulo...

—No, la pregunta es: ¿cómo llega al óvulo cuando hay un condón en el medio?

Andrés frunció el ceño y se quedó quieto un momento antes de encogerse de hombros.

—A veces los condones fallan.

—Supongo que ya no importa.

—No, ya no. Lo que importa es que ambos estamos comprometidos con el bebé.

—Seguro que eres de una raza rara. No creo que muchos hombres reaccionen a las noticias como tú.

Se le ablandaron los ojos.

—Te lo dije ese día que estábamos en el hotel, siempre quise ser padre, pero después de mi ex-esposa, nunca pensé que lo sería. O si lo fuera, sería con alguien que lo viera como un arreglo financiero. Pero ahora, este extraño giro del destino, es el mejor regalo que me han dado. Con la mujer más perfecta que podría desear. Nena, hablo en serio cuando digo que eres mía.

Aunque traté de luchar, las lágrimas rodaron por mis mejillas. Nunca me había sentido tan amada. Sólo había tenido una mi madre que no amaba a nadie y una hermana indiferente. Nunca me habían hecho sentir deseada en toda mi vida.

El calor se propagó nuevamente a través de mí.

—Maldita sea, estas hormonas me van a volver loca.

Usando el dorso de mi mano, me limpié las mejillas y los ojos. Andrés me acercó a él abrazándome a su costado, apoyé mi cabeza sobre su pecho y me dejé llevar escuchando los latidos de su corazón.

Capítulo 27

Andrés

—Gracias por regresar por mí —murmuró Grace a través de sus sollozos—. Cuando te fuiste a buscar a tu hermano, sentí que faltaba una parte de mí. Empecé a contar los días para que volvieras. Pero cuando no lo hiciste, y me enteré de que estaba embarazada, me sentí más sola de lo que me había sentido en toda mi vida. Y créeme, he pasado mucho tiempo sintiéndome sola. Pero esta vez era diferente, porque me preocupé mucho por ti, en formas que nunca antes había experimentado.

Me rompió el corazón.

Sus palabras se volvían cada vez más difíciles de comprender a través de su llanto, pero al mismo tiempo fue más fácil para mí entenderla. La duda sobre la verdadera razón por la que accedió a irse a Nueva York conmigo se disolvió.

—No podré vender mi compañía hasta dentro de varios meses, así que desafortunadamente el bebé va a tener que empezar a vivir en Nueva York. Mientras tanto, tengo que seguir trabajando, pero tú puedes preparar todo para él. Escoge cualquiera de los dormitorios y conviértelo en una hermosa habitación infantil, haz lo que tengas que hacer.

—Ni siquiera he pensado en eso. Pasé la mayor parte del tiempo evadiendo esos pensamientos. No tenía otra opción, de lo contrario habría tenido que imaginarme al niño tirado en el suelo junto al sofá de mi hermana.

—Bueno, ahora puedes imaginarte al bebé de la forma que quieras. Escoge la decoración que más te guste —dijo, mientras acariciaba su brazo.

Retorció la boca un instante, como pensando en algo.

—Quiero animales. Jirafas, elefantes y leones.

—¿Una habitación safari?

—Exactamente.

—¿Has estado de safari?

Grace me miró como si fuera un idiota por hacerle esa pregunta. Supongo que me lo merecía. Por haber crecido con dinero, a veces olvidaba que no todo el mundo podía hacer lo que quería.

—No, no he tenido el placer de salir en avión hacia el Serengueti —dijo ella, con su tono sarcástico de vuelta.

—Te llevaré algún día.

—En un futuro lejano. No es buena idea ir embarazada, con un bebé, o con un niño pequeño. Entonces, creo que será en unos cuantos años.

—Valdrá la pena esperar —le besé la frente.

—¿Realmente las cosas van a estar bien? —preguntó en voz baja.

—Tienes que empezar a creerme cuando digo que las cosas van a estar mejor que bien. Todo va a ser perfecto.

—Si es un niño, podemos llamarlo Joseph.

—Ni lo sueñes —la desafié y empecé a hacerle cosquillas.

—Basta —chillaba de risa, y su cuerpo se retorció.

—Hay algunas cosas con las que no se bromea —reclamé, antes de quitar las manos de su cintura.

Estaba radiante de alegría, y mi cuerpo se llenó de una extraña sensación de calor. Algo que no había experimentado antes.

Seguimos riendo y charlando de todo y de nada, hasta que nuestros párpados se hicieron pesados y estábamos más dormidos que despiertos.

En algún momento nos mudamos a la otra cama y nos metimos bajo las sábanas, desnudos, al fin juntos.

Dormíamos, despertábamos, follábamos, y dormíamos un poco más. Mis sueños y mi realidad convergieron en una de las mejores noches de mi vida.

Todo el vacío que llevé conmigo por tantos años desapareció, y fue reemplazado por ella. No tiene ni idea de cómo había transformado mi vida. Sin mencionar la libertad que me iba a dar. Con ese bebé, finalmente podría vender mi compañía.

Caí en un sueño profundo, el más satisfactorio que había tenido. Por la mañana, me desperté. La luz en la habitación era nebulosa y teñida de verde por las antiguas cortinas.

Grace seguía durmiendo y yo observaba su pacífico sueño. La fina manta subía y bajaba al ritmo de su respiración, llamando mi atención sobre sus pechos.

Aunque me había venido más veces de lo que creía posible en las últimas doce horas, mi pene reaccionó de nuevo. Deslicé mi mano bajo la manta y suavemente la coloqué sobre su teta.

Su pezón se endureció contra mi palma y me alentó a seguir adelante.

—¿Andrés? —su voz era tranquila y aturdida por el sueño.

—Quédate quieta y descansa —murmuré cerca de su oído

Ella gimoteó sutilmente, mientras le llenaba el cuello de besos. Me deslicé bajo la manta, tomé sus tetas y me las llevé boca, disfrutando de sus duros pezones contra mi lengua.

El momento se trataba de ella, la besé por todo el cuerpo, y bajé hasta llegar a su montículo. Me acurruqué entre sus piernas, y lentamente le separé los muslos.

Con las piernas abiertas, pasé la punta de mi lengua por su muslo interno, hasta acercarme a sus labios. Con un dedo rocé su vulva suave y cálida, y pude notar como se humedecía inmediatamente.

Una oleada de deseo se apoderó de mí. Mi mente se quedó completamente en blanco excepto por la necesidad de verla arqueándose de placer.

Inhalé su olor lujurioso profundamente hasta llenar mis pulmones. Abrí sus labios con mis dedos, dejando expuesto su clítoris. Lo rodeé con mi lengua hasta hacerla gemir. Mantuve mi ritmo, sintiendo como se hinchaba ante mi estímulo.

Hacía calor bajo la manta, el aire que respiraba estaba cargado de lujuria y deseo, pero yo ignoré todo excepto mi necesidad por complacerla.

Usé mi mano izquierda para mantener el clítoris en su lugar, y con los dedos de mi mano derecha atravesé sus resbaladizos pliegues hasta que llegan a su apretada entrada. Dibujé un círculo en ella, preparándola. Grace inclinó sus caderas, queriendo más.

Empujé dos dedos dentro de ella y fueron abrazados por sus paredes. Estaba tan mojada, que podría pasar todo el día allí disfrutando de su humedad. Después de tantear la situación por un momento, empecé a mover mis dedos dentro de ella, haciendo lo necesario para llevarla a su orgasmo.

Grace emitió un fuerte gemido, instándome a seguir adelante. Agarre su trasero con la mano que tenía libre. Sin dejar de chupar su clítoris, ni de mover mis dedos contra sus paredes.

Ella no se estremecía, lo que me indicaba que aún le faltaba para llegar al orgasmo, así que moví mis dedos lentamente sobre la curva de su trasero hasta que llegar a su abertura. No estaba seguro de cómo reaccionaría, dada su inexperiencia, pero cuidadosamente froté y presioné la piel sensible de su culo con el dedo medio.

Un largo gemido fluyó de su garganta, y su aliento se aceleró. Estaba cerca, y quería llevarla al clímax más fuerte que jamás hubiera sentido.

Sonó un teléfono, presumiblemente de ella, por el tono de llamada de una tonta voz de caricatura que decía “Get me” una y otra vez.

Ambos lo ignoramos.

Sus paredes comenzaron a apretarse alrededor de mis dedos y su húmeda lujuria cubrió toda

mi mano.

—¡Andrés! —gritó.

Mi pene se puso más tieso y palpitante al ver la forma en como la hacía gritar de placer.

Ella era mía, y lo sería para siempre.

Sin dudarle, metí el dedo medio en su culo y comencé a empujarlo, igualando el ritmo de mis dedos contra su vagina. Su teléfono sonó de nuevo, y de momento pasó por mi mente hacerlo pedazos.

Grace gritaba tan fuerte que podía resucitar a los muertos. Si alguien más se quedaba en ese basurero, definitivamente lo habría despertado.

Todo su cuerpo temblaba y seguía gimiendo mientras atravesaba el orgasmo. Retiré mis manos, y rápidamente me metí entre sus piernas, hundiendo mi pene dentro de ella.

Los espasmos de placer de su vagina me apretaban, provocándome escalofríos en la espalda y hormigueo en las piernas. Enseguida, se me tensaron los testículos y acabé dentro de ella.

“Get me, Get me”, empezó a sonar una y otra vez la voz con helio de su teléfono.

Ignorándolo, continué penetrándola y dejé que los últimos momentos de mi clímax se apoderaran de mis sentidos.

—Santo cielo, eso fue irreal —jadeó, con falta de aliento.

—¿Me lo dices a mí? —le besé la frente.

Mi pene seguía latiendo cuando el teléfono volvió a sonar.

—¿Podrías tener un tono de llamada más molesto? —le dije riendo.

—Cualquier tono de llamada hubiera sido molesto en esta situación.

—Eso es cierto. A alguien obviamente le urge hablar contigo.

—No sé quién estaría tan desesperado por localizarme.

El teléfono sonó de nuevo.

—Deberías atenderlo —dije, en tono de regaño.

—Bien —hizo pucheros y se dio la vuelta para tomar el teléfono de la mesita de noche.

Miró la pantalla y frunció el ceño.

—Hola, Nevenka, ¿qué pasa? —sus ojos se abrieron de par en par y cualquier rastro de

felicidad anterior se le escapó de la cara mientras escuchaba—. ¿Qué? ¿Mamá está muerta?
¿Cómo?

Capítulo 28

Grace

—Todo es culpa mía —repetía Nevenka una y otra vez, con sus ojos hinchados y rojos.

—No seas tonta —le dije, tomando su mano y llevándola a la cocina.

Moviéndome en piloto automático, serví una taza de café para cada uno. Desde la llamada telefónica, había estado como entumecida. Todavía era difícil comprender el hecho de que mi madre estuviera muerta.

—Aún no has oído lo que pasó —agregó, frotándose los ojos con la palma la mano.

Con taza en mano, la seguí a través de la puerta y volvimos a la sala de estar. Ella evitó el sillón en el que mi madre recientemente se sentaba y se sentó en el sofá.

Todavía entumecida, me senté en el sillón.

Afortunadamente, Andrés se encargó de mis tres sobrinos y los llevó a dar un paseo en helicóptero para que pudiéramos hablar en privado y hacer los arreglos del funeral. En parte estaba enojada conmigo misma por no sentirme tan triste y molesta como debería. Mi madre acababa de morir, pero incluso así, no podía dejar de pensar en todas las cosas malas que me había dicho o hecho. Eran muchas.

En ese momento, estaba luchando por recordar cualquier gesto de bondad que ella me hubiera mostrado en algún momento de mi vida.

—¿Qué ha pasado? Ayer parecía ser la misma de siempre —pregunté.

—Después que te fuiste, se enfadó porque tenía que ir al Centro Betty Ford para que Andrés le diera una casa. Me dijo muchas veces “Tú conseguiste una casa, ¿por qué yo no?” y siguió bebiendo y bebiendo, más de lo normal, diciendo que era su última noche de libertad.

—Dios mío.

—Espera, se pone peor. Empezó a atacarme, tratando de golpearme. Había hecho cosas similares en el pasado, pero esta vez hubo más ira. Les dije a los niños que se quedaran en su habitación, pero ellos escucharon lo que estaba pasando y salieron, tratando de protegerme. Mi madre golpeó a Brandon en la nariz. En ese momento le dije que se largara de mi casa. Tomó una botella de vodka y se fue tambaleándose. Esa fue la última vez que la vi —respiró hondo y continuó—. La policía llegó a la puerta alrededor de las cuatro de la mañana. Aparentemente, ella estaba tratando de caminar a casa y se desmayó en el camino. La encontraron a un lado de la carretera. Se había asfixiado con su propio vómito.

—Jesús —murmuré.

Mi corazón se desgarró ante los detalles de la muerte de mi madre. Sólo esperaba que no hubiera sido doloroso.

Su barbilla temblaba, lo que me impulsó a moverme del sillón al sofá para abrazarla. Nevenka se aferró a mí y apoyó su cabeza en mi hombro. Finalmente, el entumecimiento disminuyó un poco y mis lágrimas comenzaron a caer. Nos quedamos abrazadas, afligidas.

—Me volvió loca —sollozó.

—No tengo ni idea de cómo vivías con ella.

—Al menos era una niñera gratuita. Aunque sólo necesitaba ese segundo trabajo para poder pagarle la comida, los cigarrillos y el alcohol. Probablemente mis hijos han quedado traumatados de por vida.

—Cuidó a sus nietos de gratis. ¿Es lo más bonito que tenemos que decir en su elogio?

Nevenka se inclinó hacia atrás y soltó una risa gutural.

—¿Daba buenas mamadas? Al menos a ella siempre le gustó decir que sí. Diablos, muchos hombres en esta ciudad la llorarán más que nosotras.

No pude evitar reírme. Tal vez la única manera de lidiar con mi dolor era riendo. Porque no era una pena normal.

—¿Recuerdas las veces que trajo a casa al padre de Chelsea Fuller? Y cada vez que íbamos a jugar con Chelsea teníamos que ser amables y educadas y fingir que no sabíamos que su papá solía venir a nuestra casa a tener sexo ruidoso y desagradable en el dormitorio de al lado mientras supuestamente estábamos durmiendo...

—Sí, el Sr. Fuller, ni siquiera podía mirarlo a los ojos.

—Me pregunto si Chelsea alguna vez se enteró.

—Su esposa finalmente lo echó hace unos años. Aunque mamá lo echó años antes de eso. Es curioso cómo la esposa soportó más tiempo.

—Ojalá pudiera tener un buen recuerdo de ella. Algo normal.

—Nada de nuestra infancia era normal —dijo Nevenka, dando golpecitos con el dedo en la parte posterior del sofá.

—Sí, nunca he podido entender a las personas que hablan de ser la mejor amiga de sus madres.

—Todo lo que siempre quise fue un poco de amor y respeto. Al principio decidí que siempre les diría a mis hijos que los amo. Y me mantengo en eso, incluso en los días en que me están volviendo loca.

—Supongo que nunca supo lo que era el amor después de la forma en como su padre la abandonó, su madre murió, y terminó en un hogar de acogida.

—Yo tampoco sabía lo que era el amor, pero aun así me las arreglo para dárselo a mis hijos —repuso, con la voz súbitamente baja.

—No estoy tratando de defenderla, de ninguna manera. Sólo intento entenderla.

Charity estrechó mis manos en las suyas, y me invadió un profundo sentimiento de amor por ella.

De la nada, un recuerdo apareció en mi cabeza.

—Recuerdo una vez, cuando era muy niña que ella había comprado un nuevo cepillo para el cabello, o tal vez algún tipo se lo había regalado. Yo estaba sentada en el suelo frente al sofá, con mi espalda apoyada contra sus piernas, ella me peinaba y se sentía tan bien. Me dijo que mi cabello era muy bonito y siguió cepillándolo una y otra vez mientras veíamos un programa sin sentido en la televisión —sonreí, feliz de tener un recuerdo agradable de mi madre.

—No creo que ella me haya hecho algo así. Siempre le gustaste más.

—Eso no es cierto.

—Oh Dios, absolutamente. Y subiste en puntos ayer después de que se enterara que estabas embarazada de un multimillonario. Eso era lo mejor que podía lograr una mujer, a los ojos de mamá.

—No era exactamente mi idea quedarme embarazada. No en mi primera vez —respondí y puse mi taza sobre la pequeña mesa.

Una vez más apareció esa molestia en el fondo de mi mente, ¿cómo me quedé embarazada?

—¿Qué quieres decir con tu primera vez? —preguntó, con los ojos muy abiertos por el shock.

Una sonrisa se extendió por mi cara, y sacudí la cabeza al recordar mi promesa personal de concentrarme en mi carrera en lugar de arriesgarme a un embarazo.

—Estaba esperando porque no quería terminar con un embarazo accidental.

Nevenka se atragantó con su café mientras ahogaba una risa.

—Debe haber algo en los genes.

—Sí, gracias a ese “algo”, no sirvió de nada el haber esperado tanto tiempo.

—Al final funcionó. Mira el gran tipo con el que terminaste. Aparte del dinero, quiero decir. Parece muy generoso y considerado, y fue muy amable de su parte el llevarse a los niños esta

mañana para que pudiéramos hacer los arreglos.

—Él es grandioso. Y ni siquiera lo conozco desde hace mucho, pero nos conectamos en muchos niveles. Cuando estamos juntos me siento completa, como si estuviera justo donde se supone que debo estar.

—Que dure mucho tiempo —Nevenka levantó su taza de café para hacer un brindis.

Pero antes de que pudiera responderle, escuchamos el helicóptero sobre la casa.

Capítulo 29

Grace

La puerta principal se abrió como una explosión y los dos hijos mayores de Nevenka entraron eufóricos.

—Luna lo arruinó todo —gritó Brandon, su hijo de ocho años.

—Nos hizo volver temprano —se quejó Jasmine, de diez años.

Andrés apareció en la entrada con la pequeña Luna de cinco años en brazos. Sus brillantes ojos azules estaban rojos y sus mejillas llenas de lágrimas.

—Luna esta triste por la abuela —aclaró Andrés, acariciando sus rizos rubios.

—¿A quién le importa la abuela? Ella era mala, la nariz todavía me duele desde ayer —replicó Brandon.

—¡Brandon! —protestó Nevenka, levantándose del sofá.

Lo agarró del brazo y lo llevó hasta su dormitorio, que estaba justo al lado de la sala de estar, a través de la puerta se podía escuchar la voz tranquilizadora de ella y la voz frustrada del niño.

—Bueno, me divertí muchísimo. Nunca había estado en un helicóptero —dijo Jasmine.

—Tía, ¿mamá también va a morir? —me preguntó entre sollozos la pequeña Luna.

—No, cariño, no se va a morir —respondí, acercándome a ella.

La tomé de los brazos de Andrés, él me envolvió con su brazo, y me quedé ahí, parada a su lado, inmóvil por unos segundos. Los tres estábamos juntos como una familia, y pude vislumbrar mi futuro.

—Tengo hambre, es hora de comer —repuso Jasmine.

—Yo también —agregó Luna, mejorando su ánimo.

—No sé si tenemos comida para almorzar —le respondí a ambas.

Dejé a la niña en el suelo y me dirigí a la cocina. Lo último que realmente quería era preparar comida. Mis pensamientos me tenían agobiada, todo lo que pedía mi cuerpo, era

sentarme en el sofá y ver pasar el tiempo.

—Puedo ir a la ciudad y comprar algo de comida —intervino Andrés, tomándome de la mano.

—Eso sería increíble, gracias.

—Claro. Lo que tú y tu hermana necesiten —apretó mis hombros disolviendo mi tensión instantáneamente.

Me sorprendía cada vez más el efecto de alivio que tenía en mí.

—¿Cómo sabrás lo que me gusta? —preguntó Jasmine.

—Puedes venir conmigo.

—Yo no quiero ir. Extraño demasiado a la abuela —Luna, rompió en llanto otra vez.

—Cariño, no tienes que ir. Quédate aquí conmigo —extendí mis brazos hacia mi pequeña sobrina.

Soltó la mano de Andrés y se acercó a mí para que la cargara de nuevo.

—Tranquila hermanita, yo sé lo que te gusta de todos modos —aseguró Jasmine.

—Vamos.

Él me besó la mejilla y el calor se extendió sobre mi piel. No quería que se fuera. Quería que se quedara a mi lado y que se acurrucara conmigo en el sofá.

No sólo estaba lidiando con la muerte de mi madre, sino que todavía me estaba acostumbrando a su repentina reaparición en mi vida.

Tan pronto como la puerta se cerró, reapareció toda la tensión en mis hombros. Pero tenía que pensar en Luna, así como en el bebé que crecía dentro de mí. Tenía que aprender a controlar mi estrés, mis emociones le afectarían y debía hacer todo lo que estuviera en mi poder para mantenerlo seguro y saludable.

La puerta del dormitorio se abrió lentamente y Nevenka apareció con Brandon de la mano.

—¿Seguro que todo está bien? —le preguntó a Brandon

Él asintió con la cabeza

—Sí, mamá. Sólo quiero ir un rato a mi cama .

Ella le frotó la espalda y caminó por el pasillo.

—Yo también quiero ir a la cama —exclamó Luna y huyó tras su hermano.

—Brandon está molesto. Simplemente no sabe cómo demostrar lo que está sintiendo — explicó, y cayó en el sillón dando un suspiro de exasperación.

—Es comprensible, a los niños les cuesta un poco más asimilar lo sucedido. Sobre todo porque ella vivía aquí .

—Tenemos que llamar a la funeraria para confirmar nuestra cita.

—Andrés dijo que cuidará a los niños mientras vamos a la reunión.

—Él es un sol. Nunca dejes que ese hombre se vaya.

—¿Alguna vez echas de menos tener un hombre cerca?

—Claro, si pudiera encontrar a uno como él. Desafortunadamente, los hombres de esta ciudad apestan.

—Siempre puedes intentarlo en el próximo pueblo —insinué sarcásticamente.

—¿Sabes qué? Ya he tenido suficiente de este pueblo. He vivido aquí toda mi vida.

—Entonces vete, si yo pude hacerlo, tú también puedes.

—Mis trabajos, la vida de mis hijos, todo está aquí. Estoy atrapada, no puedo irme a ninguna parte.

Se puso de pie y tomó el teléfono de la mesita.

—No es tan malo vivir aquí. A veces pienso en volver y quedarme —reflexioné en voz alta.

—Andrés sería el único multimillonario de la ciudad. ¿Crees que saldría con los tipos normales de Sam's Tavern y hablaría de cosas normales?

Me encogí de hombros y le saqué la lengua. Nevenka miró la tarjeta de la funeraria y marcó el número. Cuando empezó a hablar por teléfono, recordé que aún no me había comunicado con Kate. Era mi mejor amiga y la razón por la que Andrés me había encontrado, y ni siquiera le había dado las gracias.

Mi viejo bolso negro estaba en el suelo al lado de mis pies, lo recogí y saqué mi teléfono celular. Escribí un texto antes de borrarlo y decidir llamarla.

—Hey nena, no te enojas conmigo, pero le dije a Andrés dónde estás —argumentó, antes de que pudiera saludarla, con alegría en su voz

—Podrías haberme avisado antes de que aterrizara en un helicóptero en el jardín delantero de mi hermana.

—¡No puede ser! Eso sí que es una entrada.

—No esperarí­a menos de él.

—Entonces, ¿está todo bien entre ustedes dos?

—Mejor que bien, gracias por decirle dónde estaba. Tenías razón todo el tiempo. Debí haber sido más paciente.

—¿Ves? Todo salió bien y ahora todo es perfecto.

El pozo de dolor que había estado reteniendo se apresuró a salir a la superficie.

—Mi madre murió anoche —las palabras salieron casi sin pensarlo.

Hubo una pequeña pausa al otro lado de la línea.

—Oh, cariño, siento mucho escuchar eso. ¿Hay algo que pueda hacer? Porque si quieres que me suba a un avión ahora mismo y vaya a verte, lo haré. Haría cualquier cosa por tí, lo sabes.

—Lo sé, pero no creo que tenga sentido hacerte venir hasta acá. Sólo necesitaba hablar contigo.

—Sé que siempre te quejabas de ella, pero seguía siendo tu madre. ¿Cómo te sientes realmente?

—Estoy experimentando una mezcla real de sentimientos y emociones. Nevenka y yo estamos haciendo todo lo posible para mantenernos unidas, y Andrés ha sido un regalo de Dios al ayudar con sus hijos.

—Eso es comprensible.

—Y tengo que pensar en mi situación con él. Íbamos camino a Nueva York cuando nos enteramos de la noticia. Supongo que nos iremos después del funeral. Espero que mi hermana pueda estar bien por su cuenta.

—¿Te mudas a Nueva York? Voy a visitarte tan pronto como llegues.

—Por supuesto —dije, agradecida por el tema más ligero.

Hablamos otra media hora antes de que Jasmine y Andrés aparecieran por la puerta. Él estaba cargado con las bolsas de la tienda de comestibles y las manos de ella estaban llenas de sándwiches.

—Mi almuerzo acaba de llegar, te llamaré más tarde.

—Claro. Cuando quieras. Y de nuevo, lo siento mucho, cariño. Si me necesitas para algo, sólo grita.

Capítulo 30

Andrés

—¿Seguro que no quieres nada que te la recuerde? ¿Qué hay de esto? —pregunté, sosteniendo en mi mano un collar chapado en oro con un dije en forma de hoja.

—No. No quiero nada, ¿vale? —Grace ni siquiera lo miró.

Estaba sentada en el suelo de la habitación de su madre, revisando unas bolsas que estaban guardadas debajo de la cama. Nos quedamos en ese dormitorio las últimas tres noches. Ella quería estar cerca de su hermana y de los niños para darles todo el apoyo posible.

Había decidido que era un buen día para limpiar la habitación de su madre. Estaba consciente de que era muy pronto, pero sería un trabajo menos para Nevenka.

Además, así Brandon podría volver a dormir allí. Ese era su dormitorio antes de que su abuela se mudara con ellos, lo que le había obligado a compartir la otra estrecha habitación con sus dos hermanas y su madre.

Puse el collar en la caja de joyas que estaba destinada al Ejército de Salvación. La mayoría de la ropa que había en la cómoda y en el armario ya había sido guardada en dos bolsas para donar, y había una tercera bolsa llena de ropa que Grace consideraba indigna de otra cosa que no fuera el basurero.

—¿Y si llevo a Brandon a la tienda para comprar pintura? Puedo pintar esta habitación antes de irnos —dije, mientras buscaba en el joyero de la madre cualquier otra cosa lo suficientemente buena como para donar.

Ella se levantó y se limpió las manos con sus pantalones.

—Estoy harta de hacer esto, me cansé, sólo voy a poner el resto de las cosas en la basura. Ya no quiero revisar nada más. Me aterroriza lo que pueda encontrar. Lo último que necesito ver son los juguetes sexuales de mi madre.

—Me parece bien. Entonces ya hemos terminado. Todo lo que queda puede irse a la basura.

Me sonrió y se acercó a mí. Dejé el joyero y la abracé. Había sido una semana agotadora para todos.

—Pintar la habitación es una gran idea. Quiero ayudar a Nevenka tanto como sea posible antes de irnos. Has sido de tanta ayuda y apoyo los últimos días que no sé cómo agradecerte.

—Por supuesto, y yo voy a ayudarlas —reiteré, y la besé en la frente.

Desde que Grace me contó cómo y por qué murió su madre, me sentí en parte responsable.

Después de todo, ella bebió más de lo normal debido a la idea de ir al Centro Betty Ford. Y Nevenka la había echado porque estaba siendo abusiva reprochándole que yo iba a darle una casa inmediatamente, mientras que ella debía rehabilitarse para obtenerla.

Tal vez fui un estúpido al hacerles todas esas promesas sin conocerlas ni entender cuáles podían ser las repercusiones. Debí haber hablado primero con Grace. Pero ya no podía cambiar lo sucedido. Tenía que conformarme con ayudarlas en todo lo que pudiera.

—Voy a sentirme tan culpable cuando nos vayamos. Una parte de mí piensa que pertenezco a este lugar y que no debería ir a Nueva York —suspiró Grace.

Arrugué mi frente por una repentina preocupación.

—Hace un mes vivías en la costa oeste —contesté a la defensiva

—Lo sé, pero estoy agradecida de haber vuelto y haber visto a mi madre.

Probablemente seguiría viva si no hubiera hecho mis promesas ingenuas.

—Vivir en Nueva York es temporal. Una vez que venda mi compañía, podremos mudarnos a donde sea.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás y levantó las cejas de una manera cuestionable.

—Usted, Sr. Importante, ¿se va a mudar a Hicksville, Tennessee?

—Me gustaría vivir en un lugar rural y tener un gran terreno con caballos.

—Excelente, podemos ir a comprar propiedades mientras estemos aquí.

Su expresión seguía siendo la misma, y no me dejaba adivinar si era la Grace sarcástica o no.

Siempre que estaba estresado me imaginaba lejos de la ciudad, descansando en un gran pedazo de tierra donde nadie pudiera molestarme. Pero un golpe de realidad me estaba haciendo dudar de que fuera tan bueno como me lo había imaginado.

—¿Por qué mejor no empezamos pintando la habitación? —inquirí.

Ella cambió su gesto y soltó una carcajada dándome un juguetón golpe en el pecho.

—Eso pensé.

—Oye, me encantaría ir a comprar una propiedad ahora mismo. Si este es el pueblo en donde quieres criar a nuestro hijo, entonces por mí está bien.

—Buen intento, pero no —dijo riéndose.

—¿Cuándo quieres irte a Nueva York?

Entendía y apoyaba la idea de estar allí, pero ya estaba listo para irme.

Durante todos esos días había visto como florecía la relación entre Grace y Nevenka, y no podía dejar de pensar en mi hermano Joseph y en la relación que deseaba tener con él. Decidí que tan pronto como pudiera, me acercaría a él y trataría de sanar nuestra hermandad.

Después de todo, éramos hermanos y la única familia que nos quedaba a ambos.

—Supongo que nos podemos ir mañana, ya no hay motivos para.

Instantáneamente, todas las cosas que quería hacer con ella pasaron por mi mente. Me contuve por esos días, dadas las circunstancias, pero apenas la tuviera a solas para mí y con suficiente privacidad, no iba a poder contenerme.

—Perfecto. Podemos pintar la habitación por la mañana y luego irnos —afirme convencido—. No tardaré mucho pintándola, es una habitación diminuta.

Una vez más, quedé en segundo plano por el resto del día mientras las hermanas se aferraban una a la otra para hacer frente a la repentina pérdida de su madre. No me importaba, me gustaba ayudar con los niños, las comidas, el papeleo y cualquier otra cosa que se necesitara hacer.

No era exactamente la forma en que había planeado el comienzo de nuestra verdadera relación, pero había sido un privilegio conocer ese lado de Grace. Cada minuto que pasaba me hacía sentir más afortunado de que fuera la madre de mi hijo.

Llevé el tocador y la mesita de noche al Ejército de Salvación. Luego, desmonté la cama y apilé los rieles con el colchón afuera de la habitación, todo para botarlo. Lo llevaríamos al basurero la mañana siguiente. Sólo nos quedaba una noche más ahí.

—Estoy exhausta —resopló al entrar en la habitación.

Olía a frescura, acababa de tomar una ducha. Mi pene enseguida reaccionó, pero suprimí mis impulsos, de la misma manera que lo estuve haciendo esos últimos días.

Cerró la puerta detrás de ella, y sin pausa, se quitó la toalla que la rodeaba y se metió debajo de las sábanas.

Capítulo 31

Andrés

A pesar de que estaba decidido a suprimir mi deseo por ella, mi erección creció completamente.

Apreté su suave cuerpo contra el mío, pasando mi brazo alrededor de ella e intentando enfocar mis pensamientos en todos los planes que tenía para la mañana siguiente.

Necesitaba pensar en cualquier otra cosa para apartar mi mente de lo que realmente quería en ese momento. Grace oprimió su trasero contra mi pene.

—Mañana, en cuanto aterricemos —respondí a su movimiento.

—No puedo esperar tanto —movió su cuerpo hasta desaparecer bajo las mantas.

Sus labios se conectaron con mis abdominales inferiores mientras tiraba de mis calzoncillos. Tragué fuerte y hundí la cabeza en la almohada, sorprendido por sus acciones. Envolvió sus dedos alrededor de mi rigidez y comenzó a acariciarlo.

Con su lengua mojada hacía remolinos alrededor de mi glande una y otra vez, me estaba volviendo loco, empujé mis caderas hacia arriba, prácticamente rogando por más. Movía su mano en la base de mi pene, a la vez que lamía de arriba abajo a lo largo mi miembro. Toda la mitad inferior de mi cuerpo se convirtió en una masa de hormiguelo, pensé que acabaría antes de que ella pudiera meterlo en su boca.

No podía creer el efecto que tenía en mí.

El hormiguelo se extendió por todo mi cuerpo y luchaba por permanecer en silencio. Finalmente, sus labios rodearon mi punta. Su lengua tenía un ritmo tan rápido y firme que tuve que morder la almohada para ahogar mis gruñidos. Era una intensidad que nunca antes había conocido.

Tal vez era porque sentía que no tenía control total sobre mí, y estaba acostumbrado a tenerlo en todo momento.

Grace subía y bajaba la cabeza, metiendo todo mi pene hasta su garganta y soltándolo de nuevo. Con su lengua sondeaba toda el área, a medida que su mano libre, acariciaba mi escroto. Me tenía al borde, mil voltios de electricidad recorrían mi cuerpo.

El orgasmo fue tan fuerte que ya no pude reprimir mis gemidos. Descargué mi semen en su boca y el hormiguelo se transformó en escalofríos tan intensos que olvidé dónde estaba y grité su nombre.

No se detuvo hasta drenarme completamente. Se alejó besando nuevamente mi abdomen mientras subía por mi cuerpo.

Cuando volvió a su posición normal, me quitó la almohada de la cara. A través de la luz de la luna pude ver una leve sonrisa en su cara mientras me miraba con satisfacción.

—¿De dónde salió eso?

—No pude evitarlo. No podía irme a dormir sintiendo tanto deseo, de lo contrario, me iba a follar tu pierna por la noche. Y no quería que eso volviera a pasar.

Aunque estaba completamente agotado por lo que acababa de ocurrir, le pasé los dedos por su cabello, acercando su cabeza hacia la mía. Nuestras bocas se conectaron y pude saborearme en su lengua.

Sentía como si un torbellino de emociones se arremolinara dentro de mí y luchara por liberarse. Finalmente, dejé de intentar comprenderlo todo y aparté mis labios.

—Te amo —declaré, y trague con fuerza.

Ella gimoteó y rozó el costado de mi cara con su dedo. Nuestros ojos se conectaron y aunque la luz era tenue, nos veíamos con una claridad ardiente.

—Yo también te amo. No puedo imaginar no tenerte en mi vida.

Sus palabras disiparon todos los sentimientos y miedos dentro de mí excepto uno: mi amor por ella.

Nuestros labios se encontraron de una manera suave y tierna mientras expresábamos físicamente nuestros sentimientos el uno por el otro.

Eventualmente, seguí el rastro de los besos a través de su mejilla y cuello, mientras tanteaba su entrada y hundía dos dedos en ella. Una vez más me endurecí, sintiendo su humedad y sus apretadas paredes, imaginándome esa misma sensación alrededor de mi pene.

Poco a poco, comencé a mover los dedos. Ella permanecía en silencio, pero su cuerpo y su cara se tensaban con el estímulo que producía mi mano en su interior. Su vulva empezó a latir entre mis dedos, y yo hice una pausa para retrasar su orgasmo.

—No sé si puedo seguir callada —susurró.

—Sí, puedes —dije, y me pregunté qué tan ruidoso fui cuando la llamé un momento antes.

Encontré su clítoris con mi pulgar, lo presioné haciendo círculos contra él tan rápido como podía. Al paso de unos pocos minutos la vi apretar los puños y halar la ropa de cama.

—Ya puedes venirte —le susurré.

Mordió la almohada para ahogar sus gemidos y arqueó su espalda. Sus paredes se tensaron, apretando mis dedos a la vez que ella se deshacía en mis brazos. De alguna manera, hacerla sentir así era tan gratificante como cuando me tomaba en su boca.

Una vez que su orgasmo pasó, la tomé fuerte entre mis brazos. No quería dejarla ir nunca. Aunque estaba lejos de mi habitual y cómodo mundo, nunca había estado más feliz. Durmiendo ahí, en el piso, me di cuenta de que la familia era lo que realmente importaba.

Llevé la mano hacia su vientre, y la coloqué en el lugar donde imaginaba que crecía mi bebé. No podía esperar a que empezara a notarse, aunque no tenía ni idea de cuánto tiempo faltaba para eso.

—¿Ya has visto a un obstetra?

Grace frunció los labios y sacudió la cabeza.

—No hay dinero. La empresa para la que trabajaba se fue abajo, ¿recuerdas? —dijo en voz baja.

Un golpe tocó mi corazón.

—Nunca más tendrás que preocuparte por eso. Te encontraremos el mejor médico de Nueva York.

—Gracias —besó mi mejilla.

—No hay razón para agradecerme, también es mi bebé —me detuve mientras una sonrisa se extendía por mi cara—. Y tú también eres mía.

—Lo soy, y tú eres mío. Ojalá tuviera algo que darte.

—Confía en mí, me has dado más de lo que yo podría darte.

—Lo digo en serio, sabes. Todo en lo que nos has ayudado a mi hermana y a mí en los últimos días, lo especial que me haces sentir. Diablos, todo sobre ti. Te quiero de verdad. Gracias a Dios que nos encerraron en el armario o no estaríamos aquí ahora.

—Y gracias a Dios que te follaste mi pierna.

—Cállate.

—Puedes despertarme así todas las veces que quieras —agregué

—¿Incluso cuando mi barriga esté enorme?

—Especialmente entonces —le besé la frente.

Con Grace en mis brazos, caí casi inmediatamente en un sueño profundo y pacífico.

Capítulo 32

Grace

Apenas llegamos a Nueva York le envié un mensaje a Kate como había prometido.

«¿Ya estás aquí? Vamos a vernos, no puedo esperar a verte a ti y a tu hombre.»

Mi frente se arrugó cuando leí la respuesta. Había dicho que vendría a verme cuando llegara, pero no creí que fuera tan pronto.

«¿Estás aquí? ¿Qué haces en Nueva York?» le escribí rápidamente.

Volamos de regreso después de pasar el día pintando la habitación de Brandon. Ahora estábamos en el auto de camino a mi nuevo hogar.

Mi teléfono sonó enseguida.

«Vine a verte tonta. Ya darte un gran abrazo. Estaré aquí toda la semana, no te preocupes, sólo estoy de visita.»

Suspiré. Por mucho que la amaba y agradecía todo el apoyo que me había dado, la única persona con la que quería pasar tiempo era con Andrés.

Pero mi amiga había atravesado todo el país para verme, así que no me podía zafar de ese compromiso, debía reunirme con ella. Tal vez un almuerzo sería suficiente.

—Sé que ha sido un día largo y que probablemente estés cansada, pero he organizado algo para ti esta noche. Lo preparé desde el motel antes de que nos enteráramos de lo de tu madre. Te estoy dando la libertad de escoger lo que deseas hacer. Podemos ir ahora, o puedo reprogramarlo. Depende totalmente de usted —repuso Andrés.

—¿De qué se trata?

—Es una sorpresa.

—Entonces, ¿cómo sabré si quiero ir ahora o en otro momento?

—Ese es tu problema. Tú decides.

—¿Me gustará la sorpresa?

—Sólo hay una manera de averiguarlo —acotó, y me dio palmaditas en la rodilla.

—¿Y nos iríamos ahora mismo? o ¿Pasaremos por tu apartamento antes?

—Es tu apartamento también. Y no, no iríamos allí primero, tendríamos que ir directamente a la sorpresa.

—Sólo llevo jeans y camiseta. Dudo que haya algún lugar en Nueva York donde pueda ir así vestida —señalé mi ropa.

—Al contrario, estás vestida perfectamente. Si no llevaras eso, te diría que te los pusieras.

—Eso es intrigante. Ahora quiero saber qué es.

—Sólo hay una manera de averiguarlo.

—Está bien, vamos —dije ansiosa, de repente moría por saber de qué se trataba

Me rodeó con su brazo.

—Buena elección.

—Aún no sé qué es. ¿Vas a decírmelo ahora que ya decidí?

—No.

—Entonces no sé si es una buena elección o no. Podría ser terrible —me reí.

El auto continuó a través de los densos edificios. Descansaba mi cabeza sobre su hombro, completamente contenta por estar ahí. Ni siquiera me importaba a dónde íbamos ni cuál sería la sorpresa, siempre y cuando estuviera con él.

De pronto, sentí que disminuíamos la velocidad y el conductor giró. Había un cartel frente a nosotros que decía “Zoológico del Bronx”, pero estaba vacío y parecía cerrado.

—¿El zoológico? —pregunté, sorprendida y confundida a la vez.

—Es lo más cerca que puedo llevarte a un safari en este momento.

Mi mente regresó inmediatamente al motel y a nuestra discusión sobre África. Miré a Andrés y nuestros ojos se encontraron. Era difícil leer la expresión de su rostro, pero una felicidad me envolvió y no pude evitar sonreír.

—Eres muy considerado, gracias.

—Me alegro de que no estés decepcionada.

—Pero parece cerrado —afirmé, notando la falta de gente.

—Está abierto sólo para nosotros, tengo un acuerdo con ellos. Por eso debía confirmar si veníamos o no —me explicó sin poder contener su sonrisa—. Y teníamos que llegar a tiempo para poder alimentar a las jirafas.

—¿Tenemos que alimentar a las jirafas? —exclamé, con los ojos bien abiertos.

—Sí, y a algunos de los otros animales. Creo que algunos monos y los leones marinos. No sé qué es todo lo que hay.

—¡Esto es increíble! —grité de la emoción.

Finalmente nos detuvimos en lo que parecía una puerta de servicio. Frente a nosotros apareció una mujer con uniforme y Andrés abrió la puerta del auto.

—Hola, bienvenidos al zoológico del Bronx. Soy Sally, una de las guardianas. Tenemos grandes experiencias para ustedes esta noche.

—Esto es increíble —repetí, incapaz de contener mi emoción. Me sentía como una niña.

—Bien, me alegro de que estés emocionada. ¿Has venido antes? —preguntó Sally.

—No, nunca. Sólo he estado en Nueva York una vez. Y nunca antes había visto jirafas en la vida real.

—Bueno, no esperemos más, síganme —agregó ella.

Agarré la mano de Andrés y la seguimos ansiosamente a través de la puerta. Nos esperaba un carrito de paseo y todos nos subimos. Nos llevaron a través del zoológico desértico, parando cada vez que deseaba mirar más de cerca a los diferentes animales.

—Próxima parada, jirafas —indicó Sally—. Están esperando su cena.

Mi sonrisa se extendió de oreja a oreja y envolví mis brazos alrededor del brazo de Andrés brincando con entusiasmo.

—Gracias por esto —le susurré a su oído.

—Te dije que era una buena elección venir.

—Nunca volveré a dudar de ti.

—Síganme —Sally agarró algunas ramas de árboles de la parte trasera del carrito, y nos llevó al recinto de las jirafas donde subimos los escalones de una plataforma de madera—. Sólo agítenlas y ellas vendrán —indicó.

Nos dio una pequeña rama cubierta de hojas verdes a cada uno de nosotros. Yo sostenía la mía y tres jirafas se movieron rápidamente hacia la plataforma. Sus largas y negras lenguas se retorcieron alrededor de las ramas y las despojaron hábilmente de sus hojas. Controlaban su lengua de una manera asombrosa.

—Agita la tuya —le dije a Andrés.

Se apoyó en la barandilla de madera, mirándome con tanta admiración como yo a las jirafas.

—Puedes quedarte con mis ramas. Soy muy feliz mirando.

—Definitivamente quiero que la habitación del bebé sea de safari. ¿Crees que podemos conseguir una jirafa de peluche gigante?

—Esa es una gran idea.

Hablamos más sobre la decoración para el dormitorio del bebé y la edad que tendrá cuando vayamos a un safari de verdad.

Cuando las ramas se acabaron, Sally nos llevó con los leones marinos. Los alimentamos y observamos cómo nadaban juguetonamente sólo para nosotros. Paseamos por donde estaban los diferentes tipos de monos, ayudamos a alimentar a los flamencos y vimos al atrevido guardián del zoológico como alimentó al tigre.

Estaba alucinando con toda la experiencia, y para cuando terminamos, tenía la adrenalina a mil. Nos despedimos de Sally y de los otros cuidadores del zoológico y volvimos a subir al auto.

—Eso fue increíble. Creo que, sinceramente, fue la cosa más increíble que he hecho en mi vida.

—Podemos hacerlo de nuevo, en cualquier momento.

Él presionó sus labios con los míos, dejándome ansiosa por más. En respuesta, lo besé con más profundidad. Estaba vagamente consciente de que el auto iba en marcha hasta que se detuvo en el edificio de Andrés “en mi edificio”.

Cruzamos el vestíbulo y subimos en el ascensor.

—No creí que pudiera llegar hasta aquí —repuso, guiando mi mano a su ingle, donde sentí su miembro duro y apretado contra la tela del pantalón.

—Por mucho que disfruté lo de anoche, me muero por follarte.

La puerta del ascensor se abrió en su piso, y nos apresuramos a llegar hasta su apartamento.

Capítulo 33

Andrés

Grace se veía increíblemente tranquila mientras dormía, no quería molestarla. Nos quedamos despiertos la mayor parte de la noche. Después de bautizar nuestra cama, hablamos de nuestra experiencia en el zoológico, y también de nuestro futuro.

Agotada por el largo día, finalmente se quedó dormida. Yo di varias vueltas en la cama, pensando en ella y en la conversación que debía tener con mi hermano.

Me las arreglé para dormir un par de horas, pero al despertar no pude levantarme de la cama. Era un intento de retrasar la difícil conversación, así como un fuerte deseo de permanecer con Grace el mayor tiempo posible.

El reloj marcaba las siete, y ya no podía postergar más mi tarea. Aparentemente él estaba de vuelta en Sydney, Australia y ya eran las once de la noche allá. A regañadientes, me levanté de la cama con movimientos lentos y silenciosos para asegurarme de no despertarla.

Tomé una taza de café, mi personal de cocina siempre se aseguraba de tenerlo listo a primera hora de la mañana. Luego me dirigí a mi oficina, una pequeña habitación con ventanas imponentes situada justo al lado del pasillo en la base de las escaleras.

Al pensar en la difícil semana que habíamos pasado, recordé cómo la muerte de la madre de Grace, las unió de nuevo a ella y su hermana, eso me motivó a querer redescubrir la misma relación con mi hermano.

Esperaba que también quisiera sanar nuestra relación. Después de todo, la última vez que lo vi tuvimos una despedida a puñetazos. Sólo había una manera de averiguarlo. Exhalé bruscamente y presioné el botón de llamada, pero no hubo respuesta.

Presioné la tecla de llamada de nuevo.

—¿Qué carajo quieres? —respondió al séptimo timbrado.

—Hola hermano, sólo llamo para ver cómo estás.

—Mentira. Quieres que venda y no pienso hacerlo, así que déjame en paz —escupía veneno por teléfono.

—No te llamo para eso.

—Entonces, ¿qué es? ¿Necesitas un riñón?

—No, acabo de tener una epifanía y quiero suavizar las cosas con mi hermano favorito —dije, tratando de hacer que mi voz sonara ligera y juguetona.

—Soy tu único hermano.

—Exacto, y nuestros padres estarían devastados si pudieran ver cómo nos estamos llevando.

—Menos mal que no pueden vernos.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con la tía Elizabeth?

Joseph hizo una pausa, como si lo hubieran pillado desprevenido. Esperé pacientemente a que respondiera.

—No sé, hace tres o cuatro años. Algo así —admitió después de un suspiro.

—Exactamente. Siendo realistas, somos la única familia que cada uno tiene. Deberíamos intentar llevarnos mejor.

—Me llevaría bien contigo si dejaras de intentar vender mi empresa.

—No es tu empresa, yo soy el que hace todo el trabajo.

—Tengo el cincuenta por ciento.

—Bien por ti, tomando en cuenta lo que haces por el negocio —dije, tratando de contener la vieja y familiar ira que comenzaba a elevarse dentro de mí.

—Vete a la mierda. Adiós.

—No quiero hablar de la empresa. De todos modos, ya no es un problema. Sólo quería acercarme a ti y decirte que deberíamos tomar una copa alguna vez, y tratar de ser amables el uno con el otro.

—¿Qué quieres decir con que ya no es un problema?

Respiré profundamente. No sabía si era el momento de contarle.

¿Se lo digo ahora? ¿La cláusula es algo que debería mantener en secreto?

—¡Dime! —exigió.

—Cálmate.

—No puedo creerlo. ¿Me llamas de la nada y me dices que quieres ser mi amigo? ¿Y cómo es que vender la empresa ya no es un problema? ¿Estás drogado?

—No, no estoy drogado, no seas ridículo.

—¿Entonces por qué me llamaste?

—Porque estoy cansado de pelear con mi único hermano.

—¿Y este asunto de vender la empresa ya no importa? ¿Significa que has entrado en razón y no quieres deshacerte de la mega corporación con nuestro nombre? —inquirió, imitando una voz llorosa y condescendiente. Era realmente molesto.

—No, sigo con mis planes de venderla, ya no necesito tu permiso.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Porque voy a ser padre, y mi hijo tendrá derecho sobre la misma. Así que tu cincuenta por ciento de la empresa está a punto de convertirse en un tercio.

Joseph soltó una carcajada, el sonido era tan chillón e intolerable que tuve que alejar el teléfono de mi oído.

—¿Vas a ser padre? ¿Qué hiciste? ¿Le ofreciste a una de tus putas una gran cantidad de dinero a cambio de tener a tu bebé?

—No es necesario.

—Bueno, como sólo sales con acompañantes no hay forma de que de repente conozcas a alguien y te enamores.

—No es asunto tuyo.

—Así que es una acompañante —continuó riéndose

—No.

—Ah, entonces es otra mujer que finge no estar detrás de tu dinero. Seguro está contando los días hasta que pueda conseguir un gran acuerdo de divorcio.

—Confía en mí, no es así.

—Allá tú con lo que quieras creer.

Pensé en todo el tiempo que había pasado con Grace. Y desde mi punto de vista, no existía ninguna posibilidad de que estuviera detrás de mi dinero. De igual manera, no veía la necesidad de justificar mi creencia ante Joseph.

—No importa nada de eso en este momento. Te estoy llamando para tratar de suavizar las cosas —analicé los números de propiedad, y me di cuenta de que incluso podía vender la empresa antes de que naciera el bebé—. En realidad, te estoy dando la oportunidad de vender ahora. De esa manera, obtienes la mitad de las ganancias. Si esperas hasta que nazca el bebé, recibirás un tercio. Eso vale casi un billón y medio de dólares —hice una pausa para darle tiempo de procesar la información, y continué—. Tal vez después que la venta esté finalizada podamos dejar atrás el pasado y llevar una relación civilizada.

La línea se quedó en silencio por un momento, creí que había colgado, pero luego comenzó a toser varias veces. No sentí la necesidad de preguntarle si estaba bien. En vez de eso, esperé pacientemente a que admitiera la derrota total.

—Se pueden ir a la mierda tú y tu puta —gruñó lleno de ira.

—Te dije...

—Lo sé, lo sé, ella no es una puta.

—Gracias.

—Ella es sólo alguien que haría cualquier cosa por dinero.

—¿A quién le importa si sólo quiere mi dinero? Es irrelevante. El bebé es lo que importa.

—¿Qué pasó realmente? ¿Una aventura de una noche y olvidaste ponerte un condón?

—No olvidé nada —mi sangre estaba hirviendo y se me acababa la paciencia rápidamente.

—Entonces, ¿este bebé fue planeado?

—¡Sí, este bebé fue planeado! —grité, ya irritado.

—¿Todo para obligarme a vender?

—Sí, tú no venderías la empresa de ninguna manera. Así que tuve que buscar un bebé. Y ahora ya no importa tu opinión —me salieron las palabras de la boca sin pensar en nada más, sólo en aplastar a Joseph.

Me di la vuelta, buscando algo que tirar para drenar mi rabia, y me encontré cara a cara con Grace. Estaba parada en la puerta, con los ojos y la boca bien abiertos.

Estaba vestida con sus jeans y camiseta de anoche, pero seguía descalza.

—Grace —susurré, soltando el teléfono y dando un paso hacia ella.

—No, no, no, no —tartamudeó y huyó de mí.

—¿Hola? ¿Andrés? —la voz de Joseph se escuchaba lejana en el teléfono.

Capítulo 34

Grace

Tenía que salir de allí. Corrí por el pasillo, buscando mis zapatos, los había pateado la noche anterior en nuestro afán de desnudarnos.

¿Él planeó el bebé? ¿No se puso el condón ese día?

Estaba casi segura de que lo había visto hacerlo. Durante esas últimas semanas mi mente repetía una imagen de él colocándose. Pero supongo que fue un producto de mi imaginación buscando una respuesta.

Me embarazó intencionalmente.

Tomé el primer zapato y me lo puse. Al recoger el segundo, sentí su presencia detrás de mí. Negándome a mirarlo, busqué mi bolso en la entrada.

—Era mentira —su voz sonaba insegura.

No respondí. Sólo pensaba en agarrar mi bolso e irme. Ya se me ocurriría qué hacer después de eso, pero no había manera de que pudiera quedarme ahí. No con él. No después de lo que hizo.

Con el zapato izquierdo en la mano, alcance el bolso y lo sostuve contra mi cuerpo. Estaba a tres metros de la puerta y recorrí la distancia tan rápido como pude. Con un ligero temblor tomé la manija cromada y traté de abrirla, pero la mano de Andrés se interpuso con fuerza.

—Déjame abrir la puerta —ordené, mi voz parecía robótica, pero por dentro estaba luchando por mantener la compostura.

—Escúchame. Te lo puedo explicar todo. Por favor, Gracie, ven y siéntate.

—No.

Las cosas que había dicho por teléfono no dejaban de resonar en mi mente. Todo fue planeado. No le importábamos ni yo ni el bebé, no era más que un multimillonario malcriado que había encontrado la manera de obligar a su hermano a vender.

Me sentía tan estúpida.

—Abre la puerta.

—No puedes irte así. Escúchame.

—Escuché todo lo que necesitaba saber.

—No, no lo hiciste, escuchaste a un imbécil que le mintió a su hermano para ganar una discusión.

—¿Te refieres a ti ganando una discusión con tu hermano?

—Mírame.

Sus ojos se clavaron en mi cara, pero yo seguía esquivándolos.

—Abre la puerta, por favor.

—No podemos quedarnos aquí todo el día. Mírame.

—Definitivamente no quiero estar todo el día aquí, así que, abre la puerta.

—Mi hermano me irritó tanto que dije cosas que no quise decir y nada era cierto. No sé cuánto escuchaste, pero créeme, no era verdad. Estaba diciendo tonterías.

—Es curioso que sólo sea mentira porque lo escuché por casualidad. Pensaste que estaba durmiendo, y la verdad salió a la luz —solté la manija.

—No era la verdad. Yo te quiero. Amo a este bebé, aunque no fue planeado. Y sé que no estás detrás de mi dinero.

—No importa si me amas, no puedes tener una relación basada en una mentira. Intencionalmente me dejaste embarazada sin mi consentimiento. Ahora abre la maldita puerta.

Mi voz se fue elevando mientras hablaba hasta que soné histérica. Traté de calmarme respirando profundamente, sin embargo, en vez de tranquilizarme sólo conseguí sentirme mareada.

Todo lo que quería era estar sola y llorar. Hice lo que pude para contener mis emociones, pero estaba en un punto donde no podía lidiar con ellas, se me escapó una lágrima y rodó por mi mejilla.

—No puedo dejarte ir. No de esta manera. Estás enfadada y molesta, pero lo entenderás cuando te explique todo con calma.

—No me digas cómo me siento.

—Te diré cómo me siento yo entonces. Como un estúpido, un idiota. Desesperado por evitar que la única mujer que he amado me abandone.

Trató de tocar mi brazo, pero de alguna manera, encontré fuerza dentro de mí para evadirlo.

—Soy una estúpida por confiar en ti. Nunca dejé de preguntarte cómo fue que quedé embarazada. Creo que siempre supe la verdad, pero no quería aceptarlo. Esto es demasiado grande para superarlo, Andrés. No hay forma de que pueda olvidar lo que hiciste.

—Yo no hice nada. Lo juro, Grace, usé el condón. No tenía intención de embarazarte. Eso

sería algo horrible. Créeme, si hubiera querido embarazarse a alguien, le habría pagado.

—Y se supone que debo creer que todo fue una milagrosa coincidencia. Casualmente, ahora vas a tener al bebé que te va a permitir vender la empresa de la que deseas deshacerte con tanto desespero —el sarcasmo impregnaba mis palabras.

—¡Sí! Fue pura casualidad.

—Abre la puerta.

—No puedo dejarte salir de mi vida.

—No te preocupes, pondré tu nombre en el certificado de nacimiento y podrás vender tu preciosa empresa.

—No me importa nada de eso, quiero ser un padre para ese bebé.

—Trabajaremos en algún tipo de custodia compartida.

—No hables así, Grace. Te necesito.

—Yo necesito ordenar mis pensamientos. Ahora déjame ir.

Le di un golpe a la puerta con la palma de la mano. Mis ojos estaban llenos de lágrimas. Traté de parpadear, pero la acción sólo hizo que se escaparan y cayeran por mis mejillas.

Seguí golpeando la puerta. Ya me dolía la mano, pero no me detuve. Quería irme a otro lado, necesitaba estar lejos de él.

—Bien —se apartó—. Ve, aclara tu mente y vuelve cuando te des cuenta de que te estoy diciendo la verdad —su voz era tensa, y de derrota.

Abrí la puerta y salí. El tono con el que me habló, fue casi suficiente para hacerme dudar y querer entrar de nuevo, pero la frase “el bebé fue planeado” se repetía en mi mente y me impulsó a seguir caminando por el pasillo. Afortunadamente el ascensor estaba esperando, y entré en él sin mirar atrás.

En el momento en que se cerró, las lágrimas comenzaron a brotar sin control. Las limpiaba con el dorso de la mano, tratando al mismo tiempo de ponerme el otro zapato.

Cuando llegué al vestíbulo, me limpié las mejillas una vez más, en un intento inútil por parecer serena. Me apresuré a salir a la calle y abordé un taxi que estaba parado frente al edificio.

No tenía ni idea de qué hacer ni adónde ir.

—Sólo conduce —indiqué al taxista.

—Como ordene, señorita.

Viendo pasar los enormes edificios, intenté lidiar con mi situación interna y organizar mis pensamientos para decidir adónde ir. No conocía a nadie en Nueva York, y entonces apareció una persona en mi cabeza.

Kate.

Capítulo 35

Andrés

Me invadió un vacío doloroso cuando la vi entrar en el ascensor. Quería ir tras ella, contenerla físicamente y arrastrarla de vuelta a mi apartamento, pero sabía que eso no lograría nada. Sólo la enfurecería más.

¿Cómo pude ser tan estúpido? Joseph siempre me irritaba y me hacía perder el control de mí mismo. Me quedé mirando fijamente al final del pasillo durante varios minutos, con la esperanza de que cambiara de opinión. Cuando se hizo evidente que eso no pasaría, cerré la puerta.

Me acosté en el sofá, viendo hacia el techo. Maldito Joseph, todo lo que había hecho era causarme problemas. Sentía que en realidad lo odiaba. Nunca tuvo sentido tratar de reconstruir nuestra relación, porque no se puede rehacer algo que nunca existió. Mi única familia real eran Grace y el bebé.

Me resistí a mirar el reloj. Parecía haber pasado una eternidad, pero apenas acababa de irse. Ella necesitaba tiempo para pensar.

Decidí enviarle un mensaje de texto.

«Ya te echo de menos. Si necesitas dinero, házmelo saber.»

Después de pulsar enviar, me quedé mirando la pantalla, deseando que me respondiera, sin embargo, no llegó nada.

No me sorprendía.

Me recosté de nuevo en el sofá pensando en lo de anoche. ¿No le había demostrado cómo me sentía realmente? Después de la forma en que la hice temblar en mis brazos, no debería tener dudas de que éramos el uno para el otro.

Mi teléfono sonó y me sacudí, pero era sólo un mensaje de uno de mis vicepresidentes. El trabajo era lo último en lo que quería pensar.

En cambio, dejé que los recuerdos de Grace me llenaran la cabeza hasta que, sin darme cuenta, comencé a llorar, sentía mucha frustración y dolor por haberla cagado de esa manera. La última y única vez que había llorado así, fue en el funeral de mi madre.

Ella era todo en mi cabeza y su risa resonaba en mis oídos. Aunque fue en una triste circunstancia, debía reconocer que el tiempo que pasé en casa de su hermana fue el más feliz de mi vida. Toda la experiencia había sido una prueba más de que necesitaba alejarme de las presiones de Nueva York. Quería que mi hijo creciera sin la carga de ese estilo de vida.

Habíamos hablado sobre el mejor lugar para criar una familia durante la noche en el motel.

En ese momento pensamos en Vermont o Maine, pero ahora estaba pensando que Tennessee podría ser la mejor opción. Nevenka y sus hijos eran geniales, y sería bueno estar cerca de la familia.

Cuanto más pensaba en Grace y en el futuro, más me preocupaba.

¿Y si no vuelve?

La tentación era demasiado para resistirse, levanté mi teléfono y envié otro mensaje de texto.

«Entiendo que necesitas tiempo. Hablemos lo antes posible. Por favor.»

Dudé, con mi pulgar encima del botón de envío. En el mensaje sonaba necesitado. Y lo estaba, pero no quería apresurarme. Especialmente porque sólo tenía una hora de haberse marchado.

¿Era una hora demasiado pronto para intentar llamar?

¡A la mierda! Nada de lo que sentía importaba en ese momento, sólo la quería de vuelta. Presioné el botón y envié el mensaje.

Una vez más me quedé mirando la pantalla en vano. Dejé el teléfono a un lado, y muchos pensamientos siguieron bombardeando mi mente.

Debí haberla perseguido. Nunca debí dejarla salir del apartamento. Definitivamente no debí haber llamado a Joseph.

Pensé en una docena de cosas más que no debí haber hecho, pero por mucho que me castigara, nada cambiaría el hecho de que no quería hablar conmigo.

El teléfono yacía en el sofá, burlándose de mí con su pantalla negra. No había nuevos mensajes de texto ni llamadas perdidas.

No podía esperar más. Agarré el teléfono y la llamé. Mi corazón golpeaba con fuerza en mi pecho.

—Por favor, Grace, contesta.

Cayó al buzón de voz. Por alguna razón me tomó desprevenido. No sabía qué decir. Sacudí la cabeza como reorganizando los pensamientos, y apreté el botón para finalizar la llamada.

Lo volví a intentar una y otra vez. Sabía que necesitaba más tiempo para pensar.

¿Pero en qué estaba pensando? ¿Cuánto tiempo llevará eso? ¿Me perdonará o no?

Suspiré, y encendí el televisor para distraerme, pero se me hacía imposible prestarle atención, pasaba canal por canal mientras sólo pensaba en ella.

¿Adónde se habrá ido? ¿Estará a salvo?

Un terrible miedo invadió mi pecho. Ella no conocía la ciudad en absoluto, y no tenía ni idea de con cuánto dinero contaba, pero no debía ser mucho.

De alguna manera, me dejé llevar por una vieja película de la Segunda Guerra Mundial. Cuando terminó, me sentí aliviado por la hora que pasé distraído, enseguida comencé a saltar por el resto de los canales, buscando otra película que me causara el mismo efecto.

A mitad de otra película, comencé a sentirme muy nervioso otra vez y no sabía qué hacer. Grace todavía no había enviado mensajes ni llamado.

No me atrevía a ahogar mis penas con una botella. Lo último que quería era ser como Joseph. Pero tenía que hacer algo para pasar el resto del día.

Decidí subirme a mi Lamborghini e ir a dar una vuelta. En todos los semáforos con su luz roja, no hacía más que observar a todos lados en busca de Grace. Y apenas encendía el verde, apretaba el acelerador hasta el fondo.

No importaba que tan rápido fuera, no podía escapar del odio que me estaba consumiendo.

Capítulo 36

Grace

Estaba física y emocionalmente agotada. Me encontré con Kate en el hotel donde se hospedaba. Estuve tumbada en su cama todo el día. Apenas habíamos hablado. No necesitaba hacerlo. Lloré a mares hasta que finalmente me quedé dormida de puro agotamiento.

Ella se quedó conmigo todo el día. Incluso me hizo de comer, beber y masajé mis tensos hombros. No podía imaginar una mejor amiga. Gracias a Dios que estaba en Nueva York, si no, no sé adónde habría ido cuando salí huyendo de Andrés.

Le di unas palmaditas a su cama, invitándola a sentarse junto a mí. Inmediatamente se acomodó a mi lado, con la espalda apoyada en la cabecera acolchada, apuntando el control remoto a la TV silenciada, mirando sin pensar una demostración de cocina.

—Todavía no puedo creer que vinieras a Nueva York a verme, pero me alegro mucho de que lo hicieras.

—No te hagas ilusiones, en realidad estoy aquí para una reunión de trabajo importante — aclaró, sin apartar los ojos de la pantalla.

—¿Es por eso que tu cabello es de un color natural por primera vez?

—¿De verdad crees que te embarazó a propósito? —preguntó sin mirarme.

—Sí —dije rotundamente.

Hasta ese momento habíamos evitado cualquier conversación o pregunta profunda. Supongo que creía que ya estaba lo suficiente calmada como para hablar.

—¿Pero lo viste ponerse un condón?

—Eso creo —mi voz era vacilante.

Kate debió sentir que se asomaba una nueva ola de lágrimas y dejó de hacer preguntas.

—Gloria se declaró en bancarrota personal. Resulta que puso cada centavo de su propio dinero en la empresa y lo perdió todo. No me extraña que estuviera tan desesperada como para enviarte al vestíbulo del hotel con esa vestimenta.

—Ni siquiera me importa. Espero que sufra por lo que hizo.

—Bueno, hasta hoy había sido un sueño para ti haber estado en ese vestíbulo, y eso fue gracias a Shawna.

—Sí, y ahora sabemos que fue lo peor de todo. Me siento tan estúpida.

Una semana antes creía que no volvería a ver a Andrés y lo había aceptado. Sólo tenía que encontrar esa fortaleza nuevamente. Excepto que esta vez era un millón de veces más difícil por la semana tan mágica que tuvimos, incluso con la inesperada muerte de mi madre.

Realmente pensaba que estaríamos juntos para siempre.

—¿Qué trabajo te ofrecieron aquí? —le pregunté, abriendo otro tema de conversación, desesperada por olvidarme de él.

—Bueno, se suponía que tenía una entrevista de trabajo, pero probablemente no sea lo mejor.

—¿Por qué?

—Por muchas razones. No creo que Nueva York sea el lugar donde realmente quiero vivir. Además, tengo que convencer a Tyson de que venga conmigo, y un montón de cosas más.

—¿Todavía no se ha declarado?

—No —murmuró y se levantó de la cama.

Entendí la indirecta y dirigí la conversación hacia otro tema.

—Mi hermana ha sido increíble. Creo que me voy a mudar a Tennessee.

—¿Cómo está ella?

—Bien. Creo que sus hijos estarán mucho mejor sin mi madre allí. Especialmente Brandon. Nadie necesita escuchar que su género es inútil, mucho menos un niño.

—¿Decía eso de las mujeres?

—¡No, de los hombres! Siempre le decía eso. Y el pobre es un buen chico.

—Eso está bastante mal.

—Ahora sabes por qué me mudé y nunca quise volver.

No pude evitar recordar con cariño mi estancia en Tennessee con Nevenka y mis pequeños sobrinos. Mudarme allí era tan lógico que ni tenía que considerarlo. Ya estaba deseando llegar a su casa.

—¿Quieres un trago? ¿Agua? ¿Coca Cola? —abrió el minibar y escudriñó su contenido.

—Ojalá pudiera tomar un trago fuerte —refuté.

—Yo también.

—No te lo pierdas por mí. No hay nada que te impida beber.

—En realidad, lo hay.

—¿No te sientes bien?

Dudosa, se quedó de pie a un lado de la cama.

—En realidad —dijo tímidamente—. Estoy embarazada.

—¿Qué? No puede ser —me levanté de la cama. Caminé a su lado y la abracé, pero ella no estaba tan entusiasmada.

—Tengo poco tiempo todavía. Así que, nadie lo sabe.

—¿Qué piensa Tyson?

—Está confundido ya que siempre usamos condones.

—Conozco ese sentimiento —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Necesito decirte algo, algo que nunca le diré a nadie más y que nunca podrás repetir, pero tengo que desahogarme.

Kate agarró mis brazos y me miró de la manera más seria que puede existir.

—Por supuesto.

—Me siento mal. Cuando lo hice, obviamente no había pensado bien las cosas. Todo lo que realmente quería, era que Tyson me pidiera matrimonio.

—¿De qué estás hablando?

—Hice agujeros en todos los condones para quedarme embarazada y que Tyson tuviera que casarse conmigo.

Ella enterró su cabeza en mi hombro, pero mi mente estaba funcionando demasiado rápido como para consolarla.

—¿Qué quieres decir con que hiciste agujeros en los condones?

—Quiero decir, tomé un imperdible y les hice agujeros. Así es como me quedé embarazada.

—Oh, Dios mío. ¿Lo dices en serio, carajo? El condón que Andrés y yo usamos lo tomé de tu habitación.

Me alejé, luchando por tragarme la bilis en la parte posterior de mi garganta. Él decía la verdad y yo no le creí. Lo traté como a una mierda. Lo había arruinado todo.

—Es mi culpa que estés embarazada, no la de Andrés.

Corrí hacia mi bolso para buscar mi teléfono. Intenté encenderlo, pero la tenue barra roja titilaba en el centro de la pantalla. No tenía batería. No podía creerlo. Había notado que estaba baja durante mi trayecto en el taxi, pero cuando llegué al hotel me eché a llorar y olvidé enchufarlo.

Sin despedirme, salí de la habitación. Ni siquiera le reclamé a Kate el hecho de hacerle algo tan horrible a Tyson. Lo único que tenía en mente era llegar a Andrés lo más rápido posible.

¿Por qué no confié en él?

Eso iba a ser difícil de explicar. Después de su apoyo incondicional hacía mí y mi familia durante los días de duelo, y la visita al zoológico, en mi corazón sabía que debía confiar en él. Pero aun así no lo hice.

¿Qué es lo que me pasa?

Me salían muchas lágrimas sin darme cuenta, pero esta vez el motivo era distinto. Andrés nunca había hecho otra cosa que tratarme de la manera más asombrosa posible, y le agradecí llamándolo mentiroso y marchándome.

El ascensor era el más lento del mundo. Movía el pie con impaciencia, esperando que descendiera los doce pisos. Suspiré aliviada cuando finalmente vi las puertas abrirse.

Corrí hacia el frente tan rápido como pude. Había una tienda de regalos en la parte delantera del hotel y al pasar vi algo en la vitrina que me llamó la atención, deteniéndome en seco.

Dudé un momento antes de decidir si era algo por lo que valiera la pena perder el tiempo.

Capítulo 37

Andrés

Llegué a mitad de camino hacia Filadelfia en mi Lamborghini antes de dar la vuelta y volver a Nueva York. Necesitaba estar lo más cerca posible por si Grace regresaba. Aunque ni siquiera había llamado ni enviado un mensaje de texto.

Seguía conduciendo sin pensar por las calles de la ciudad, con la esperanza de poder verla.

De pronto, cuando crucé la 53 hasta la Avenida Lexington, ella estaba de pie al otro lado del camino llamando a un taxi y sosteniendo una bolsa de plástico con el logotipo de “I ♥ Nueva York”.

Abrí la ventana y grité tan duro como pude.

—¡Grace!

Di un brusco giro en U, y los neumáticos de los demás autos chirriaron todos a la vez mientras frenaban, evitando chocar entre sí. Estaba bloqueando el tráfico, y varias personas tocaban la bocina.

—¡Grace! —grite de nuevo.

Llevé mi auto lo más cerca posible a ella. Al verme dejó caer el brazo con el que llamaba al taxi, y corrió hacia mi ventana.

—Andrés, lo siento mucho.

Las palabras seguían saliendo de ella, pero las bocinas de otros los vehículos se hicieron incesantes y no podía oír lo que estaba intentando decirme.

—Sube —señalé con la cabeza el asiento del copiloto.

—¿En serio?

—Por supuesto.

Observé hipnotizado como rodeaba la parte delantera del auto. Sus jeans eran ajustados y no podía quitarle los ojos de encima.

Abrió la puerta y se dejó caer en el asiento. En el momento en que estuvo dentro de mi territorio, la jalé hacia mí y presioné mis labios contra los suyos. Ella me apretó contra su cuerpo, besándome con anhelo.

—Hey imbécil, mueve tu maldito auto —se escuchó la voz de un hombre a través de la

ventana abierta del auto.

La queja en el exterior se hizo más sólida. Ella empujó sus manos contra mi pecho y rompió nuestro beso.

—Tenemos que movernos —sugirió.

—¿Por qué?

—Porque estamos colapsando el tráfico.

—¿A quién le importa?

—A toda esa gente.

—Bien —arranqué.

—Justo iba a buscarte —admitió.

—Te he estado buscando.

—¿Estabas conduciendo por Nueva York buscándome?

—Sí. No sabía qué más hacer —quitó los ojos de la carretera un segundo para voltear a verla—. Te necesito, Gracie, haría cualquier cosa para encontrarte.

Cerré los ojos y respiré profundamente. Me concentré de nuevo en la carretera, deseoso de volver a casa tan pronto como el tráfico de la ciudad lo permitiera.

—Lo siento —susurró ella.

—Deja de disculparte.

—Tengo que disculparme. No importa cuántas veces te pida perdón, no será suficiente.

—¿Está todo bien entre nosotros? —me preparé para la respuesta.

—Mientras para ti esté bien.

—Entonces, disculparse es irrelevante. Todo lo que me importa es que estés aquí.

Se quedó en silencio, y mi mente comenzó a vagar mientras conducía.

¿Por qué cambió de opinión? ¿Realmente me cree cuando digo que no planeé dejarla embarazada?

Por fin, llegamos a mi estacionamiento. Ni siquiera había apagado el motor cuando Grace me colocó torpemente la bolsa de plástico en el regazo.

—Tengo algo para ti.

—Lo único que quiero es a ti.

Ella enfocó sus ojos en los míos, llenándome de calor. Sólo había una cosa que realmente quería en ese instante, y era sentirla en mis brazos.

—Gasté mis últimos diez dólares en él, así que ábrelo ya.

Su voz era de la familiar y juguetona Grace que conocía, pero con un toque de preocupación corriendo a través de ella.

—En ese caso —repuse, abriendo la bolsa.

Dentro había algo envuelto en papel de seda como para llenar un estadio. Arranqué capas hasta que finalmente la forma reveló lo que era, una taza.

Levanté una ceja y la miré, pero su atención estaba firme en mi obsequio. Rápidamente arranqué el resto del papel de seda y sostuve la taza por el mango.

Era de color rojo brillante con letras grandes y blancas que decían “El mejor papá del mundo”. Me gustaría fingir que no importaba ni significaba nada para mí, pero en realidad me había tocado mi fibra más sensible. Tragué con fuerza para contenerme.

—Lo siento —repitió.

—Deja de disculparte, no tienes nada por lo que disculparte.

—Esto es importante. Necesito contarte lo que pasó.

—Está bien, de acuerdo. ¿Qué pasó?

No me importaban las explicaciones en ese momento. O nunca.

—¿Recuerdas el condón que usamos la primera noche? Lo tomé de la habitación de Kate cuando estaba empacando —hizo una pausa—. Ella estuvo intentando, durante meses, que su novio le pidiera matrimonio. Quería casarse, pero él siempre evitaba el tema.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros? —pregunté confundido

—Pensó que si se quedaba embarazada, él tendría que casarse con ella. Así que hizo agujeros en los condones.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Incluyendo el que usamos?

—Sí.

—Ahora tenemos una explicación de lo que pasó.

—Estoy aliviada de haberme enterado. Sólo me lo dijo porque ahora está embarazada y me confesó lo que hizo.

—Y ya tienes la seguridad de que no planeé dejarte embarazada, aunque no puedo negar que me entristezca que lo hayas pensado.

Tomé su mano y el alivio me envolvió por completo. Una sonrisa se forma en sus labios.

—Realmente eres el mejor. Si hubieran tenido la taza del mejor novio del mundo, también te la habría comprado, pero tuve que conformarme con la de papá.

¿Novio? La palabra no cuadraba bien. Nunca había querido ser el novio de nadie, y especialmente no quería ser el de Grace.

—No quiero ser tu novio —declaré, pasando mi pulgar por su mejilla.

Una mirada de miedo transformó su hermoso rostro.

—Lo siento.

—Deja de decir esa palabra —rocé mis labios sobre el dorso de sus dedos—. Lo que quiero decir es que quiero ser tu esposo. Vamos, ahora mismo, y casémonos.

—¿Hablas en serio? —sus manos comenzaron a temblar, y todo su cuerpo se tensó en el asiento.

—Nunca he hablado más en serio sobre nada en mi vida.

—¿Ahora mismo?

—Sí. Podemos ir a una oficina de registro y encontrar a dos extraños que sean los testigos.

—Mira mi ropa. Nunca pensé que me casaría usando jeans. Especialmente los que huelen a zoológico.

—Es perfecto, lo hace más real.

—¿Es posible casarnos así?

—Haré que suceda. Lo que sea que tenga que hacer, lo haré por ti.

Arranqué el motor y salí del estacionamiento.

Capítulo 38

Grace

Mi corazón dio un vuelco cuando lo vi en la calle, y desde entonces el zumbido en mi pecho no disminuía. Aunque estuve con Kate todo el día, a su lado me sentí vacía y sola. Pero en cuanto lo vi a él, todo se iluminó en mí. No dudé ni un segundo cuando mencionó la idea de casarnos. No podría imaginar un mejor final para ese día. O, en tal caso, para mi vida.

—Gracias por hacer esto, Mike. Te lo agradezco mucho.

—Cualquier cosa por ti, amigo. Realmente te lo debo después de que me salvaste la Navidad del año pasado con tus juguetes —dijo el hombre, pasándole un papel a Andrés. Ambos estábamos de pie frente a su escritorio.

Con cabello canoso y gafas, Mike realmente parecía un verdadero juez. Al menos era como me los imaginaba. Andrés descubrió que para casarnos de inmediato teníamos que conseguir la firma de un juez, para evitar el período de espera de veinticuatro horas.

Tenía mucha prisa por completar el trámite, pero al menos lo convencí de parar en una boutique para conseguir algo más bonito que ponerme. Por mucho que me gustara la idea del matrimonio espontáneo, no me entusiasmaba tanto casarme con la ropa que llevaba puesta desde el día anterior.

Desafortunadamente, la tienda no tenía vestidos, sólo faldas. Elegí una de encaje negro, que era la más apropiada para casarse, junto con una blusa de seda rosa. No pasamos por ninguna joyería, así que ni siquiera teníamos anillos.

—Firma aquí, Andrés, y Grace, firma por acá. Luego Maggie —Mike, señaló las marcas con un bolígrafo plateado.

Maggie era su secretaria y accedió amablemente a ser nuestro testigo. Afortunadamente, sólo necesitábamos uno.

—Parece que deberíamos decir algo —sugirió Andrés.

—Di lo que quieras —respondió el juez.

Se dio vuelta hacia mí, y me agarró de ambas manos.

—Grace, eres la persona más increíble que he conocido. No exagero cuando digo que me salvaste, eres la mujer con la que siempre soñé. Prometo cuidarte y estar a tu lado a través de la enfermedad y la salud, y todo lo demás en lo que normalmente te comprometes con los votos matrimoniales. Sólo puedo decirte que te amo y que siempre te amaré —tenía la mandíbula apretada y se detuvo para tragar.

Sospeché que tenía algo más que decir, pero me adelanté a decir mis palabras.

—Yo también te amo. Nunca pensé que estaría aquí contigo. Fue una serie de acontecimientos bastante locos para llegar hasta a este momento, pero no puedo describir con palabras lo feliz que estoy. No puedo imaginar nada mejor que ser tu esposa y tener un hijo tuyo. Gracias por invitarme a pasar el resto de mi vida a tu lado.

Las lágrimas amenazaban con salir, y así como él, tuve que dejar de hablar para poder componerme.

Había millones de cosas que me hubiera gustado decirle en ese momento, pero de alguna manera no parecían suficientes. En su lugar, me acerqué a él y apoyé mi cabeza contra su pecho.

Andrés respondió inmediatamente, soltando mis manos y abrazándome. Lo miré y sus labios se posaron en los míos, reclamándome, amándome. Nuestro beso se hizo cada vez más intenso, y el juez se aclaró la garganta para recordarnos donde estábamos.

—Aún no han firmado —agregó Mike, riendo.

Separamos nuestros cuerpos sin dejar de mirarnos.

—¿Debería firmar primero? —preguntó Maggie.

—No es necesario —repuso Andrés, volviendo su atención a la licencia de matrimonio.

Se inclinó sobre el escritorio y firmó el papel. En el momento en que terminó, me entregó el bolígrafo y yo procedí a plasmar mi firma en la licencia.

Sin esperar a Maggie, dejé caer el bolígrafo sobre el escritorio y me lancé a sus brazos. Sabía que pasaríamos el resto de nuestras vidas juntos, pero en ese momento todo lo que podía sentir era una necesidad urgente de entregarme completamente a él.

Como si me hubiera leído la mente, sus labios estaban de nuevo en los míos. Era nuestro primer beso como pareja oficialmente casada. Presioné mi cuerpo contra el suyo y no pude evitar notar la rigidez en sus pantalones.

Sus manos bajaron por mi espalda hasta alcanzar mi trasero, y apretándolo me empujó contra su erección. Pareció haber olvidado totalmente que no estábamos solos.

Mike se aclaró la garganta en voz alta, pero lo ignoramos y seguimos amándonos.

—Andrés —replicó el juez después de aclararse la garganta por segunda vez.

—Danos la habitación por unos minutos, Mike.

—¿Mi oficina?

—Sí, la necesitamos.

—Pero es mi oficina.

—Me aseguraré de que la Navidad de este año sea extra especial.

—Sólo porque te quiero, amigo. Considéralo mi regalo de bodas.

Riendo, Mike se puso de pie y salió de la habitación. Maggie lo siguió, cerrando la puerta tras ella.

—Dios, te necesito —susurró, para luego morder mi cuello.

Sus manos calientes acariciaban mis muslos expuestos, y luego subieron hasta mi trasero. Mi cuerpo ardía de deseo y mi centro ya estaba húmedo y desesperado por él. Lo suficiente como para hacerme olvidar dónde estábamos. Sólo había una cosa que me importaba.

Impulsada por mi necesidad, empecé a frotar con mi mano el contorno de su pene erecto sobre sus pantalones. Pero en un rápido movimiento me tomó de la cintura y me giró, dejándome inclinada entre el escritorio y él.

Con una mano despejó la superficie del escritorio. Usando la misma mano, agarró mis bragas y las llevó lo más abajo posible de mis piernas. Lo ayudé usando mis pies para terminar de quitármelas.

Separé mis piernas quedando expuesta para él, deseando desesperadamente su toque, su pene dentro de mí, y esa liberación que tanto anhelaba.

—No hay prisa, Sra. Newbury —susurró suavemente contra mi nuca, erizándome toda la piel.

—Mi cuerpo no está de acuerdo —incredé, y me incliné más para él sobre el escritorio.

Capítulo 39

Andrés

—¿Es eso cierto? —dije, colocando una mano sobre su montículo. Estaba empapada—. Ya veo que no estás bromeando.

Repasaba en mi mente todas las cosas que quería hacerle, y me decidí por lo que más deseaba. Estaba a punto de arrodillarme cuando alguien golpeó la puerta.

—¿Quién es? —susurró Grace.

—No me importa quién sea, pueden irse a la mierda.

Los golpes continuaron y luego hablaron desde el otro lado.

—Lo siento, amigo, olvidé que tengo una reunión ahorita y necesito mi oficina —explicó Mike desde el otro lado de la puerta.

Grace se puso de pie tratando de ajustarse la falda, pero mi mano todavía estaba sobre su jugosa vagina, impidiéndole que se alejara.

—Ve a buscar otra sala de reuniones —exigí, demasiado emocionado por el contenido de mi mano como para sonar molesto.

—No puedo, todos los archivos están en esta oficina.

—¿En serio?

—Me temo que sí.

—Tenemos que irnos —dijo Grace, intentando quitar mi mano de su montículo.

—Bien —decepcionado, me aparté.

Estaba completamente húmeda, y tendría resistir por un rato más el impulso de saborearla. La tomé de la mano y caminamos a la puerta, mientras ella seguía intentando llevar la falda a su lugar.

Pasé por delante de Mike, y él se encogió de hombros. No me molesté en decir nada. Mi pene seguía duro y sólo había una cosa en la que podía pensar: Estar dentro de Grace.

A mitad del pasillo ella se frenó.

—Olvidé mis bragas en su oficina.

—Está bien, no las necesitas.

Pasamos por una escalera de incendios y sin pensarlo, la arrastré a ella.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A ninguna parte.

La apoyé contra la esquina del descanso de la escalera, intentó decir algo, pero la silencé con un beso tan hambriento que me quedé sin oxígeno. Deslicé mis manos sobre su cuerpo, haciendo una pausa en sus tetas y en la curva de su cintura. Odiaba toda esa tela entre nosotros y consideré brevemente desnudarla antes de decidir que no le gustaría estar ahí sin ropa.

—Te necesito ahora, no puedo esperar —dije, subiéndole la falda.

Bajé mis pantalones, y con un poco de impulso la agarré por sus muslos y la subí sobre mí cintura. Ella me rodeó con sus piernas y su vagina húmeda y resbaladiza quedó a la altura perfecta con mi pene. Lo empujé a través de sus pliegues hasta que mi punta encajó con su entrada.

—Así no es como pensé que iba a consumir mi matrimonio —murmuró.

—Probablemente tampoco fue la boda con la que siempre soñaste.

—No, pero fue la mejor boda ima...

Antes de que pudiera terminar su oración, hundí mi dura erección en ella.

Sus paredes me envolvían mientras sumergía cada una de mis pulgadas, una y otra vez. Un intenso hormigueo comenzó a recorrer todo mi cuerpo, forzándome a disminuir la intensidad. Ella se aferraba a mí, gimiendo, y haciendo que la amara más y más cada segundo.

Ni siquiera sabía que podría amarla más.

A través de mi camiseta, me clavaba sus dientes en el hombro. Ella estaba a punto de acabar, pero yo no estaba listo para que ese momento terminara. Pasé mi mano sobre su cabello, la agarré de la parte posterior de su cabeza y la incliné hacia un lado, exponiendo su cuello para mí. Puse mi boca justo en el centro y lo chupé fuerte.

Sus gemidos incrementaron y sus paredes se tensaron alrededor de mi miembro. El calor ardiente amenazaba con burbujear desde mi interior.

Liberé su cuello y la llevé hacia atrás, para presionarla contra la pared. Moví su cuerpo de arriba y abajo sobre mi miembro, que crecía más y más a medida que mi cuerpo se llenaba de hormigueos nuevamente y mi corazón latía con un ritmo acelerado.

—Oh Dios, voy a acabar —giró la cabeza y gritó, el sonido resonó en todas las direcciones.

Sentía sus espasmos alrededor de mi pene. Mi orgasmo explotó violentamente y me tambaleé a la pared para apoyarme.

—No te detengas —gimió, su voz temblaba suplicando por más.

Con su espalda contra la pared, continué penetrándola. Mi pene palpitaba y se sentía mejor que nunca en toda mi vida. Mi cuerpo entero y mi alma se sentían en plenitud.

Grace cayó en mis brazos y nos quedamos inmóviles en nuestro lugar contra la pared fría. Después de varios minutos rompí el silencio.

—Vámonos a casa, Sra. Newbury.

—Mi casa —dijo riendo.

—Sí, tú casa.

—Nuestro hogar.

—Absolutamente —afirmé, y la besé con toda la dulzura que me inspiraba.

Finalmente, tenía la familia que siempre había soñado, la que nunca pensé que tendría. Era una pena que Joseph no quería formar parte de nuestras vidas, pero Grace era todo lo que necesitaba.

Desenredamos nuestros cuerpos y nos dirigimos al auto, agarrados de la mano.

Epílogo

Grace

Un año después

—Hola cariño, ¿ya terminaste tu siesta? —saqué a Bethany de su cuna.

—¿Está despierta? —Andrés, asomó su cabeza por la puerta.

—Sí, ha dormido una siesta extra larga hoy.

Bethany, nuestra pequeña de cuatro meses de edad, extendía su manito en dirección a la jirafa gigante que se encontraba al lado de su cuna. Su habitación era como estar en el Serengeti. Leones, elefantes, jirafas y cualquier cantidad de animales africanos, cubrían las paredes, por no hablar de los animales de peluche. Incluyendo la jirafa de dos metros de altura a la que habíamos bautizado como Jerry.

Andrés entró a la habitación y me dio una palmadita en el trasero antes de quitarme a la bebé de los brazos.

—¿Necesitas que te cambie el pañal, princesa? —le preguntó y besó su frente.

La llevó hasta el cambiador donde le quitó sus lindos pantalones cortos, y luego el pañal. Le pasé las toallitas húmedas y un pañal limpio y observé cómo la cambiaba, y volvía a colocarle sus pantaloncitos.

Un mes después de la conversación telefónica, Joseph accedió a vender su parte de Newbury Toys. Probablemente porque sus abogados después de revisar el papeleo se dieron cuenta de que la cláusula estaba blindada. Si hubiera esperado hasta que el bebé naciera, habría reducido su porcentaje de propiedad y le habría costado casi mil millones de dólares.

Andrés inmediatamente comenzó el procedimiento de venta de Newbury Toys a Sun Toys, y la negociación se completó justo antes de que naciera nuestra pequeña. Lo que significó su plena libertad, no había tenido que trabajar ni un segundo desde que llegó Bethany. Estaba en todo momento con nosotras, disfrutando de cada día.

—Vamos a buscar a la tía Nevenka. Apuesto a que nos está esperando —levanté a la bebé del cambiador.

Extendió sus bracitos nuevamente y sus dedos se enredaron en mi cabello.

—Oh, no hagas eso, cariño. Eso le hace daño a mamá —dije, tratando de liberar mi cabello de su agarre.

—Nunca le haces eso a papá, ¿verdad, cariño? —repuso con tono de orgullo.

—Tal vez papá debería dejarse crecer el cabello y veremos si te gusta tirar de él o no. ¿Verdad, cariño?

Ella gorjeó en respuesta y sopló burbujas de su pequeña boca, como desafiando a su padre a dejarse crecer su cabello. Él se giró hacia la puerta riéndose e ignorándonos a ambas.

No podía esperar a que creciera un poco más y aprendiera a hablar, nos divertiríamos mucho jugando con ella. Con la bebé en brazos, lo seguí a través de la casa hasta la puerta trasera. La decoración era similar a la del apartamento de Nueva York, muy sencilla. Pero esta sólo tenía siete dormitorios.

Durante mi embarazo, Nevenka nos confesó que ella y sus hijos nunca habían estado en una playa. Andrés inmediatamente insistió en que todosuviéramos un viaje, así que nos reunimos y fuimos a conocer Myrtle Beach. Se divertieron tanto que nunca quisieron irse. Ninguno de nosotros lo hizo. Todos decidimos que la playa era el lugar al que pertenecíamos.

Nevenka no había empezado a construir su nueva casa. En vez de eso, los seis condujimos por la costa buscando propiedades. Ese día, encontramos dos casas de playa a cuatro puertas de distancia, y nos enamoramos.

Andrés compró las propiedades en el acto.

Una era azul brillante con una terraza blanca alrededor de toda la casa. Esa la escogió mi hermana. Nuestra casa era moderna, con un exterior totalmente blanco y de paredes de cristal con vista al mar.

Nos veíamos todo el tiempo, pero las pocas casas entre nosotros nos daban esa sensación de que no estábamos uno encima del otro. Y la otra gran ventaja era, que a futuro tendríamos muchas niñeras cuando mis sobrinos fueran un poco mayores.

—Espera, olvidé las bebidas —Andrés se regresó a la cocina.

Me miró sonriendo, y como siempre, desde que nos conocimos, mi interior se derritió un poco.

—Está bien, tengo que ponerle protector solar y un sombrero de todos modos —pensé en voz alta.

Abrí el armario del vestíbulo, saqué la cesta de mimbre llena de artículos de playa. Le puse un sombrero rosa a Bethany y empecé a cubrirla con protector solar.

Tenía más que suerte de haber encontrado a Andrés. No podía imaginar mi vida sin él o mi pequeña hija. Y también tenía a Nevenka de vuelta en mi vida gracias a él. Nunca habría regresado a Tennessee si no hubiera estado embarazada, sin trabajo y sin ningún otro lugar a donde ir.

Mi hermana y yo ahora éramos inseparables.

Se sintió aliviada al salir de ese pequeño pueblo. Cuando nos mudamos, Andrés la convenció de que retomara sus estudios, algo con lo que siempre había soñado. Al principio, ella no quería porque significaba que no sólo estaría viviendo en la casa que le había regalado, sino que también dependería completamente de él, pero éste insistió.

Ahora estaba terminando su GED y ya había sido aceptada para estudiar educación el año entrante. Estaba increíblemente orgullosa de ella.

Andrés todavía tenía envidia de mi relación con mi hermana, y deseaba tener al menos una relación civilizada con su hermano, pero ya estaba resignado a su situación.

—Bien, vamos a la playa —apareció con una bolsa negra de la nevera colgada sobre su hombro.

Él mantenía abierta la puerta trasera y yo la atravesé con Bethany en brazos. La vista al mar era impresionante. No importaba cuanto tiempo llevara allí viviendo, nunca dejaba de sorprenderme.

Caminamos a través de la pasarela y bajamos los escalones hasta la playa. Nos reuniríamos con Nevenka y sus hijos frente a su casa a las cuatro de la tarde para nuestra diversión regular del sábado en la playa. Seguimos nuestro habitual recorrido tomados de la mano.

Kate y Tyson se casaron dos meses después de que naciera su bebé, Joshua. No fui a la boda. Apenas había hablado con ella en el último año. No porque no la hubiera perdonado por lo que nos hizo, a mí y a Tyson, ni porque viviera en el otro lado del país, sino porque ahora era muy amiga de Gloria.

Gloria perdió su casa y su auto después del colapso de Mini Motivations y terminó durmiendo en el sofá de Kate por un tiempo, durante el cual se convirtieron en buenas amigas.

Ella era la persona que Andrés más odiaba en el mundo. De hecho, era probablemente la única. Él nunca le perdonaría la forma en que me vistió descaradamente y me envió a tratar de recaudar dinero para su empresa. Aunque así fue como nos conocimos.

Continuamente se le ocurrieron nuevas ideas de negocios, y enviaba a Kate a ponerse en contacto conmigo para que convenciera a Andrés de que invirtiera en ellas. El infierno se congelaría antes de que él le diera un centavo. Así se tratara de la mejor idea para un negocio en la historia del universo, nunca le daría nada.

Empecé a darme cuenta de que cuando Kate llamaba por teléfono, no lo hacía para ver cómo me iba, sino para tratar de conseguir fondos para otra de las ideas de Gloria. Me dolía que la persona que se suponía que era mi mejor amiga sólo me usara cuando necesitaba algo, pero yo tenía que seguir adelante. Pero un día le dije que dejara de llamarme y bloqueé su número. Por mí se podrían ir a la mierda ella y Gloria.

Tenía a mi hermana, que era mucho mejor.

—¿Dónde están los niños? —preguntó él, mientras nos acercábamos a la casa de Nevenka. Normalmente estaban corriendo por ahí jugando o en el agua, pero no se veían por ningún lado.

Nevenka estaba frente a nosotros, con su vestido blanco moviéndose con la brisa. Un hombre hablaba con ella de espaldas a nosotros, y me pregunté brevemente si se trataba de algún novio. Pero enseguida descarté la idea, sabía que había dejado de lado el tema de los hombres mientras terminaba sus estudios.

A medida que nos acercábamos más, Andrés disminuía su paso.

—¿Qué pasa? —pregunte, mirándolo.

Su cara era inexpresiva.

El hombre se dio la vuelta y caminó hacia nosotros. Cuanto más se acercaba, pude notar que su línea de la mandíbula y sus ojos eran notablemente similares a los de Andrés.

—Hermano —saludó, extendiendo la mano derecha.

—Joseph —respondió, con voz rígida.

Le di un discreto empujón y extendió su mano también. Joseph tiró de él y lo abrazó dándole palmadas en la espalda.

Me alejé poco a poco observando la escena y Nevenka se acercó a mi lado.

—He localizado a Joseph, y estuve trabajando en él durante meses para reconciliarlo con su hermano.

Mi corazón se estremeció y mi amor por mi hermana se multiplicó por diez.

—¿Cómo lo lograste?

—Quería recompensarlo de alguna manera por todas las cosas que ha hecho por mí y por mis hijos. Sé tan bien como tú, la envidia que siente por nuestra relación. Así que pensé que lo menos que podía hacer era intentarlo.

Andrés y Joseph caminaron hacia la orilla mientras hablaban. Las dos los miramos en silencio, ambas deseando que su plan funcionara.

Colocamos la manta en la arena y nos sentamos a jugar con la bebé, pero con mi atención puesta en los dos hombres. Al poco tiempo se reían y hablaban animadamente, y yo dejé de aguantar la respiración. Se voltearon y caminaron en nuestra dirección.

—Hola, soy Joseph —dijo, acercándose su mano—. Gracias por todo lo que has hecho por mi hermano. Y por mí. Nos has salvado a los dos de nosotros mismos.

Me sorprendieron sus palabras y no sabía qué decir.

—Ven, conoce a tu sobrina.

Andrés le presentó a Bethany, y ambos se sentaron en la manta a acompañarnos. Actuaban como si nunca se hubieran separado.

Consciente del cuadro que tenía frente a mí, no podía creer que existiera tal felicidad en mi vida. Sin duda alguna, era lo que siempre había soñado, una familia maravillosa y unida, llena de perdón y amor.